FONDO
ARCINIEGAS
2040

ARQUITECTURA
DE
BOGOTA

1924

EDITORIAL MINERVA

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
FONDO
GERMAN Y GABRIELA ARCINIEGAS

ARQUITECTURA DE BOGOTA

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
FONDO
GERMAN Y GABRIELA ARCINIEGAS

ARQUITECTURA DE BOGOTA

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
FONDO
GERMAN Y GABRIELA ARCINIEGAS

POR

ALFREDO ORTEGA

1924

EDITORIAL MINERVA
97-G, carrera 6a. - Teléfono 14-77

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

BIBLIOTECA NACIONAL
BOGOTA
5736

ARQUITECTURA
DE
BOGOTA

POR

ALFREDO ORTEGA

EDITORIAL MINERVA
Bogotá, carrera 6a. - Teléfono 14-77

23 MAR. 1977
A23505

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

ARCINIEGAS
2040
g 1

Arquitectura de Bogotá

Bogotá, la antigua ciudad, situada sobre la cordillera andina, a miles de kilómetros del Océano y alejada del contacto con otros centros modernos de civilización, debería conservar su aspecto propio, característico de la época en que fue fundada y se desarrolló bajo el impulso del gobierno español; y así sucedió durante muchos años, pero a la llegada de la primera locomotora de vapor que penetró en sus barrios bajos y turbó la tranquilidad que gozaba hasta fines del siglo pasado; cuando los grandes dinamos que trasformaron la energía hidráulica en fuerza para las máquinas de sus talleres y fábricas, y en luz para las viviendas; cuando por sus estrechas y mal pavimentadas calles circularon los primeros vehículos de esencia; y surcó su atmósfera el avión atrevido, comenzó una éra de reformas que, a manera de epidemia grave, contagió a todos sus habitantes y ha trasformado irremediablemente su carácter pintoresco, propio de las viejas ciudades que diariamente van desapareciendo y vivieron como envueltas en misteriosas leyendas y tradiciones históricas.

Hoy se han convertido sus casas en una mezcla híbrida de estilos, que lejos de embellecerla, como se ha pretendido, más bien la afean por el chocante contraste que presentan. En efecto: en una callejuela tortuosa, oscurecida por los aleros salientes y grandes balcones volados, bajo los cuales se ven ventanas de marcos de hierro o de madera, que protegen las macetas de flores, se levanta un edificio airoso, cuya fachada aplasta las casas vecinas y pide su traslación a un barrio moderno, de amplias y bien pavimentadas avenidas, en donde encuadre con otras construcciones análogas. Pero no es solamente la parte sentimental y artística la que ha sufrido con esa trasformación: por con-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

veniencia y utilidad públicas debieran respetarse las añejas calles de Santa Fé, impropias bajo todo aspecto a las necesidades de la vida moderna, que se hace más complicada cada día, debido a los adelantos de la ciencia y de la industria.

La ola reformadora acabará muy en breve su labor, y entonces habrá desaparecido hasta el último vestigio del estilo que se ha convenido en llamar colonial y del cual queremos ocuparnos en estas líneas, procurando hacer, al mismo tiempo, una breve reseña histórica de los edificios principales de Bogotá, que, ilustrada, permitirá formar mejor idea de ese estilo de manifestaciones severas y líneas sencillas, de que no quedará pronto ni el recuerdo.

Aun cuando la arquitectura indígena no llegó a ejercer influencia ninguna en las construcciones que hicieron los españoles en nuestro territorio, como ocurrió en México y el Perú, hemos investigado lo que acerca de ella dicen los historiadores y cronistas, y deducimos que los aborígenes desconocían el uso de la sillería y del ladrillo. Sus modestas construcciones debieron formarse con madera, cañizos, barro y paja para los muros y la cubierta. Los templos y palacios tenían mejor aspecto, según se deduce de lo que relatan los antiguos historiadores.

El cronista sevillano Juan de Castellanos (1522-1606), que vino a este Continente como soldado de caballería y acompañó a Quesada en la conquista del Nuevo Reino de Granada en el año de 1536, describe así el albergue donde se alojaba el Monarca o Señor de Bogotá:

«.....la cerca,
en espacioso llano situada,
bien gruesa y espaciosa, más de cañas
por orden singular entretejidas,
tan juntas y tupidas que de sólo
fuego podia ser damnificada.
Sería de tres tapias de altura
á trechos gruesos mástiles en ella;
un toldo por lo alto que tenia
un ancho cinco varas y de luengo
todo lo que el cercado rodeaba
que serian dos mil varas de tela
tan gruesa y tan tupida que del agua
y de rayos de sol era defensa.
Dentro se contenian grandes cosas

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

vistosas y de buena compostura
guarnidas las paredes de carrizos
muy limpios unos de otros enlazados
con hilos diferentes en colores». (1)

Las casas particulares eran circulares y tenían techumbre pajiza en forma cónica, «labrado en su interior con cañas hábilmente entretejidas, y sosteniéndose por paredes formadas con maderos verticalmente enterrados en el suelo, unidos y cubiertos de barro mezclado de paja seca para mantener su adherencia. Sus alojamientos eran espaciosos, bien ventilados y distribuídos convenientemente hasta para guardar el grano y los frutos de sus sementeras; tenían puertas construídas con cañas entretejidas con cerraduras de madera en forma dentada. La forma circular de las casas llamadas *tygttuas*, la tomaron de la luna llena, época de la mayor veneración de este astro; el interior de sus habitaciones principales era revestido de cañizos atados con cordeles de fique teñidos de varios colores, formando diseños caprichosos». (4)

El aspecto general era agradable, y según dicen los capitanes de la Conquista Lebrija y San Martín «aunque de paja, la población de Bacatá podría pasar por una de las más bellas de las que se habían encontrado en las Indias»; y agrega el cronista Castellanos:

«Ya por aquella parte descubrían
grandes y espaciosísimas llanadas
y en ellas grandiosas poblaciones,
soberbios y vistosos edificios
mayormente las cercas de señores
con tánta magestad autorizadas
que parecían, viéndolas de lejos
todas inexpugnables fortalezas
y por este respecto nuestra gente
Valle de los Alcázares le puso». (1)

Se levantaban además elevados mástiles con gavias, pintados de rojo con *bija* o achote, que contribuían a darle un aspecto muy pintoresco a la comarca.

La nación chibcha estaba constituída por varios pequeños Estados gobernados por sus respectivos jefes, los cuales se hacían la guerra unos a otros con el fin de aumentar sus dominios y de sujetar a vasallaje a los más débiles, conforme lo usaban también en Europa los señores feudales en la Edad Media. No eran pueblos bárbaros y de-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

generados los que hallaron aquí los invasores europeos cuando pusieron su pie en el territorio en el año de 1537.

«Existía, pues, en ella una nación importante, cuya civilización ha sido reconocida por un régimen político regular, por sus gobiernos hereditarios, por su ejército formado de soldados aguerridos y subordinados a una disciplina permanente en las fronteras enemigas; por su cosmogonía, con una filosofía espiritualista semejante a la de otros pueblos del Asia oriental, por sus templos y altares y, lo que es más, por un sistema de numeración y cómputo aproximado del tiempo, y por la regularidad de sus trabajos agrícolas en relación con los meteoros atmosféricos y con las fases lunares. Detenida esta civilización en una éra atrasada, correspondiente al principio de la edad de Bronce, pero sin poseer este elemento preparador de mejores tiempos, los pueblos que formaron esta nación tuvieron que sucumbir bajo la acción de la civilización del hierro conquistador». (4)

Aun cuando la piedra de sillería, la roca calcárea y las arenas abundaban en la región, lo mismo que las arcillas plásticas, los aborígenes desconocían el empleo de esos materiales de construcción, y solamente aprovechaban esta última para la elaboración de sus ídolos y vasos sagrados que colocaban en los sepulcros y adoratorios. Bajo este aspecto estaban en condición inferior a la de los Incas, Mayas y Aztecas, que dejaron obras monumentales en piedra labrada, que causan la admiración de los arquéologos, en el Perú, Méxijo, Centro-América, Bolivia y otras comarcas.

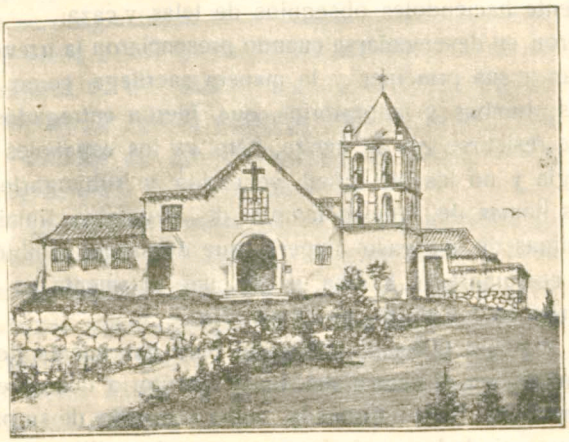
En el Valle de Leiva y lugares circunvecinos, halló el señor Manuel Vélez, en 1847, 29 columnas cilíndricas de piedra, muy bien labradas, clavadas en tierra, en dos filas, a regular distancia unas de otras, que parecían ruinas de un templo o palacio, pero no existe sobre el origen de esa obra leyenda ni tradición ninguna que permita suponer que la nación Chibcha principiara ya a emplear la piedra en sus construcciones. El ilustre doctor Liborio Zerda (5) conjetura que esas ruinas fueron el principio del templo que quiso levantar el Cacique Carancha, pretendido hijo del sol y de una doncella de Gachetá.

Puede suceder que pertenecieran a la época prehistórica y desconocida, como las estatuas y adoratorios de San Agustín, en el sur de Colombia, que describen Codazzi, Cuervo Márquez y el doctor Preuss, del Museo Antropológico de Berlín, las cuales no pueden considerarse como obra de los chibchas.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Fundación de Bogotá

El Conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada organizó una expedición de más de ochocientos hombres y ochenta caballos que salió del puerto de Santamarta en 1536 a descubrir las cabeceras del río grande de la Magdalena. Los expedicionarios, después de sufrir cruelmente por espacio de ocho meses, durante los cuales recorrieron cerca de ciento cincuenta leguas, fueron detenidos por el crudo invierno que hizo brotar el descontento de la tropa. Sinembargo, Quesada, lejos de desanimarse por los reveses sufridos, ordenó que continuara la marcha y que se hicieran exploraciones para descubrir alguna salida a tierra, pues se encontraban rodeados de ciénagas, pantanos y lagunas cuyas orillas se ocultaban por el bosque virgen. Los capitanes Cardoso y Albarracín, tuvieron la suerte de hallar una senda en la cual observa-



La Iglesia de Monserrate

(*Fig. I*)

ron las huellas de pies humanos, precioso hilo que les permitió salir de aquel laberinto de agua, no sin pasar mayores trabajos y penalidades, pues al cabo de trece meses de jornada, al revistar Quesada a su gente, halló que se componía de 166 hombres y de 66 caballos macilentos. La mayor parte había perecido a causa de las fiebres y de las llagas ocasionadas por las plagas del camino, y por las fieras del bosque, los saurios del río, el hambre y otros infortunios.

En febrero de 1537, se prepararon los expedicionarios a invadir la región que tenían a la vista y que estaba ocupada por cerca de un millón doscientos mil habitantes en una extensión de 203 miriámetros

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

cuadrados. Era la época en que el poderoso señor de Bacatá y el Zipa Thisquesuzha, con un ejército de 70,000 hombres, abrían campaña contra su poderoso rival, el Zaque de Unzha. Debido a la intervención del Sumo Sacerdote de Iraca, o Suamós, se pactó una tregua entre los dos soberanos y no se verificó el combate.

Muy pronto circuló entre los naturales la noticia de que un grupo de extranjeros que devoraban gente y venían acompañados de monstruos de dos cabezas y seis brazos, que manejaban el rayo y el trueno, y que vestían trajes raros, invadían las planicies ocupadas por los Chibchas. Supersticiosas y fanáticas como han sido siempre las razas inferiores, supusieron que aquellos hombres atrevidos eran hijos del Sol y que venían como enviados de su dios, Bochica, para castigar las faltas que hubieran cometido. Y si al principio les lanzaron gritos y flechas, muy pronto les tuvieron confianza y les recibieron amigablemente haciéndoles obsequios de telas y caza.

No tardaron en desengañarse cuando presenciaron la irreverencia con que trataban a sus príncipes y la manera sacrílega como profanaron sus templos, tumbas y adoratorios, que fueron entregados al pillaje. Trataron de resistirse por la fuerza, pero ya los españoles habían cobrado energía y no les fue difícil vencerlos y subyugarlos en corto tiempo. Las llamas del famoso templo de Sugamuxi iluminaron más tarde las ruinas de ese vasto imperio que de pronto cambió de dioses y religión, costumbres e idioma, y del cual solamente ha quedado el vago recuerdo en los anales de la historia.

Antes de regresar Quesada a España para dar cuenta del resultado de su conquista, en el centro del nuevo territorio descubierto, al que puso el nombre de Nueva Granada, como recuerdo de su patria, resolvió fundar una ciudad que sirviera como centro militar y residencia de sus compañeros, los cuales quedaron bajo el mando de su hermano Hernando.

Se eligió al efecto el hermoso sitio de Thibzaquiyo, que era el lugar de recreo de los Zipas, al pie de los elevados cerros de la cordillera, y desde donde se dominaba la hermosa sabana del Valle de los Alcázares, hoy Sabana de Bogotá.

Se construyeron doce casas y una pequeña iglesia, en memoria de las doce tribus de los hebreos, y la fundación se inauguró solemnemente el 6 de agosto de 1538, día en que el Padre Las Casas celebró la primera ceremonia del nuevo rito, desconocido de los aborígenes. También se hicieron fiestas de carreras de caballos, danzas y juego de cañas en las orillas del riachuelo Fucha que corría al sur de la ciudad

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

futura. Más tarde, el 29 de abril del año siguiente, cuando en nombre del Rey Carlos V se hizo de nuevo la fundación de la ciudad, a la que se puso el nombre de Santa Fe, se eligieron regidores, dos Alcaldes y el Alguacil Mayor.

Se hubiera extraviado la expedición de Quesada al través de las selvas o de los inmensos ríos que desaguan en el Magdalena, o se hubiera demorado unos pocos días en los aprestos de su salida de Santamarta, habría quedado aquél eclipsado por el Conquistador Belalcázar, teniente de Pizarro, quien, desde 1533, se vino desde el Perú, de victoria en victoria, en busca del Dorado de Cundinamarca y llegó a la Sabana cuando ya Quesada había hecho la primera fundación de Bogotá.

Pero la sorpresa que tuvieron los dos jefes españoles fue muy grande al saber que por el lado de Oriente, se presentaba una nueva expedición, que se dirigía hacia el territorio conquistado. Era el alemán Fredeman que venía desde Venezuela, de donde salió en 1536 con 400 hombres, y después de tres años y medio de marcha, llegaba a los confines de la altiplanicie con 30 hombres de caballería y 133 soldados de infantería, después de recorrer una de las zonas más escarpadas, ásperas y peligrosas de la cordillera.

Los tres conquistadores concurrieron con sus ejércitos y capellanes a la nueva inauguración de Bogotá, hecha en abril de 1539.

La fama de las riquezas encontradas hizo afluír al Nuevo Reino gran número de familias españolas que se establecieron en Santa Fe, entre las cuales llegaron seis mujeres cuyos nombres conserva la Historia. Una de las primeras damas de campanillas fue doña María de Orrego, esposa del Capitán Antonio Soriano de Olaya, rico conquistador dueño de la encomienda de Bogotá.

El 27 de julio de 1540, el Emperador Carlos V concedió a la nueva fundación el honroso título de ciudad, y ocho años después se le asignaban armas y divisas para sus estandartes, banderas, escudos y sellos, según el blasón que hoy conserva y que grabado en piedra aún se ve en la clave de viejos arcos de edificios coloniales.

El 27 de agosto de 1565 el Rey de España le concedió el título de *ciudad muy noble y muy leal* y se la consideraba como cabeza y centro del reino, a pesar de la rivalidad de la ciudad de Mariquita que también fundó Quesada en 1550 y que trataba de disputarle la supremacía, como asiento del Gobierno.

Con el fin de poner término al regimen autoritario de los Conquistadores, se estableció el 7 de abril de 1550 la Real Audiencia, primer

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

tribunal civil que presidió don Miguel Díez de Armendáriz, con dos Oidores, un Fiscal, el Escribano y un Portero. El edificio se levantó en el año de 1557, en el sitio que ocupa hoy el Capitolio Nacional, hacia el costado suroeste de la Plaza de Bolívar. Era de dos plantas, y de acuerdo con el uso de la época tenía grabadas en piedra, en el dintel de la puerta principal, en caracteres dorados, las siguientes palabras que en su obra *Epigrafia Bogotana* trae Posada:

«Aecc domus, edit, amat, punit, conservat, honorat, nequitiam, pacem, crimina, jura, probos».

El Museo Nacional guarda el escudo de la Real Audiencia que fue recibido solemnemente en Santafé en cumplimiento a la Real Cédula fechada en Valladolid el 17 de julio de 1549.

Respecto del Gobierno eclesiástico sabemos que se erigió a Santafé en Obispado en 1556 y que fue nombrado primer Obispo Fray Juan de los Barrios. Más tarde, en 1563, se elevó a la categoría de Arzobispo por el Papa Pío IV. El señor Barrios procedió a demoler la iglesia pajiza que había en esa época ya construir el templo metropolitano de Santafé, que se derrumbó en 1569, día anterior al señalado para bendecirlo. El Deán, bajo la dirección del maestro arquitecto Juan de Vergara, emprendió la reconstrucción de la obra en 1572, la que continuó con interés el nuevo Arzobispo, Fray Luis de Zapata. El templo descansaba sobre doce columnas de orden toscano y quedó inconcluso, con cubierta pajiza, sin sacristía ni dependencias, más de dos siglos, hasta el año de 1785, en que, a causa de un fuerte temblor de tierra, se derrumbó la única torre que tenía y se agrietaron los muros, por lo cual, como veremos adelante, se reconstruyó nuevamente.

Desde 1543 habían llegado a la ciudad, traídos por el Gobernador Luis Alonso de Lugo, algunos maestros de carpintería y albañilería, que encontraron ocupación en las obras que se hacían, de las cuales, algunas, como la del templo y monasterio de la Concepción (1583), conservan aún su forma primitiva. En el techo del presbiterio de esta iglesia se aprovecharon los restos del palacio de don Juan Díaz Jaramillo, que una torrencial avenida del río Bogotá destruyó con la población de Tocaima en 1581. «Los techos.... eran un ejemplar típico de los techos mudéjares, pues los materiales y artificios fueron traídos de la propia Sevilla; todavía se pueden admirar los geométricos y complicados dibujos de los artesonados, en el techo del presbiterio de la Concepción» (10).

«Santafé había mejorado considerablemente en los últimos años del

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

siglo XVI y primeros del siglo XVII en lo moral y en lo material; los habitantes adquirían más y más cultura y pulimento, la Catedral prestaba servicio diario al Coro metropolitano, y servía de tumba, desde 1597, al fundador de la ciudad; ésta contaba entre sus edificios religiosos, al norte de la entonces Plaza Mayor, a Santo Domingo, San Francisco, La Veracruz, el Humilladero y Las Nieves; al sur a San Agustín, Santa Bárbara y la humilde capilla de Belén; y al occidente, la parroquial de San Victorino y el templo y monasterio de monjas de La Concepción, primero de mujeres que hubo en Bogotá. La beneficencia sostenía el Hospital de San Pedro» (8).

También estaban en construcción por aquel tiempo la hermita de Egipto (1556), el primer puente sobre el río San Agustín, y otras obras importantes.

La instrucción pública se hallaba a cargo de la poderosa institución de la Orden de Santo Domingo, que prestó ayuda a la Corona de España en la obra colonizadora y cuyos monjes «desde 1563, habían fundado cátedras de Gramática y Filosofía, y diez años después empezaron a enseñar Artes y Teología. Al principiar el siglo XVII recibieron un cuantioso legado que les permitió darle mayor impulso a la educación» (7).

Además, su Convento, que fue uno de los mejores edificios hechos durante la Colonia, recibió la biblioteca que perteneció a Jiménez de Quesada y se fundó, en el terreno anexo, el Colegio de Santo Tomás, donde está hoy el Ministerio de Obras Públicas.

En 1690 se terminó la construcción de la iglesia de Las Aguas y el edificio anexo, fundados por el presbítero Juan de Cetrina y Topete con auxilio de la piadosa dama doña María Arias de Ugarte. En su interior se encuentran los primorosos retablos de madera tallada y dorada del altar mayor, hechos en el estilo decorativo que tánta boga tenía entonces en Italia, de donde pasó a España y fue importado entre nosotros.

SIGLO XVII.—A principios de este siglo llegaron a Santafé algunos Padres jesuítas con el propósito de fundar la casa de su orden, de conformidad con el permiso que les concedió Felipe III, el 30 de diciembre de 1602. La empresa fue encomendada al Padre Martín de Funes, con quien vino el Padre Coluccini, de origen italiano, el cual, como arquitecto, se hizo cargo de levantar la obra del Colegio y del templo. La fundación se inició el 18 de octubre de 1605, de conformidad con los planos que se trajeron de Roma, y fue de las mejores

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

fábricas de ladrillo y piedra ejecutadas en la Colonia, como lo demuestra el hecho de que ese grandioso edificio conserva todavía su primitivo aspecto y no ha sufrido reformas.

El interior de la iglesia fue decorado por el hermano Luisinch y contiene algunas estatuas de madera, hechas por el escultor Laboria, que se consideran como las mejores que en estilo religioso guarda Bogotá. En magnificencia solamente podría igualarle la iglesia y el claustro de la Orden rival de Santo Domingo, que se terminaron en ese mismo siglo (1619-1678) pero que sufrieron tánto con los terremotos y un incendio.

De esa época es también el coro de nogal con embutidos de madera blanca, que hizo construír el Arzobispo señor Lobo Guerrero en 1608, para el servicio de la antigua catedral, obra que trabajó Luis Márquez de Escobar por 6,000 castellanos de oro fino, que el mismo prelado pagó de su peculio.

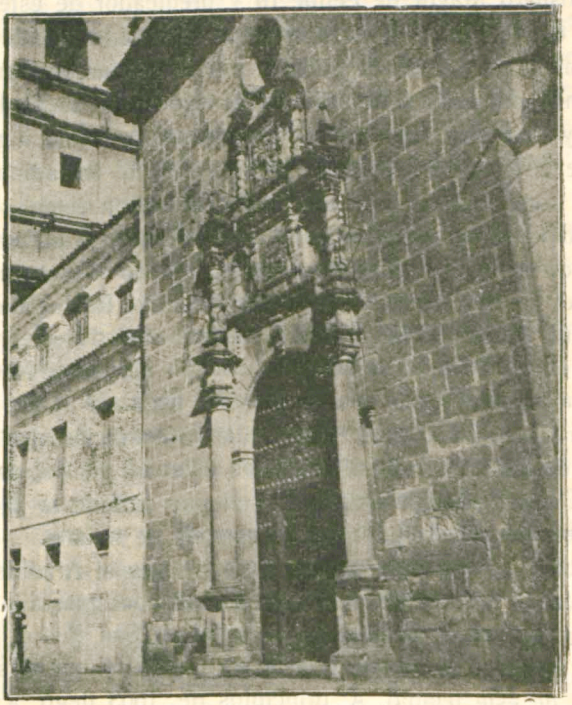
La mayor parte de las iglesias y capillas que tiene la ciudad fue edificada a principios de 1600, hecho que llamó la atención del Gobierno de España, en donde se suscitó una controversia acerca de si sería conveniente suprimir en el Nuevo Reino el número de Ordenes regulares que se juzgaba excesivo, pues todos los ricos que no tenían hijos querian fundar nuevos conventos o aumentar las rentas de los existentes. A solicitud del Rey Felipe III, el Papa Paulo V expidió una Breve de 20 de diciembre de 1611, en la cual dispuso que en las Indias se suprimieran los conventos que tuvieran menos de ocho religiosos.

El arte de labrar la piedra había alcanzado ya un desarrollo notable, como lo prueba la hermosa portada de la Capilla del Sagrario (fig. 2), que en 28 de octubre de 1660 hizo construír don Gabriel Gómez de Sandoval, que se concluyó 40 años después y es un bello ejemplar del estilo ornamental, plateresco, que estaba muy en boga.

La Corte de España no descuidó la instrucción pública en sus nuevas colonias de América y ordenó que en Santafé, lo mismo que se había hecho en Méjico y el Perú, se diera educación en el Seminario de San Bartolomé a los hijos de los caciques e indios principales. Por tanto, la Audiencia, compró en 1576 una casa para colegio, pero el plantel no subsistió y se agregó después al Seminario de San Bartolomé, que estaba a cargo de los jesuítas. Además, los dominicanos tenían ya fundado el colegio de Santo Tomás de Aquino, hecho con la donación de $ 150,000 que hizo para ese efecto el presbítero Gaspar Núñez.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Corresponde al Arzobispo Fray Luis de Zapata de Cárdenas (1573), de la Orden de franciscanos, el mérito de haber fundado en la ciudad el primer seminario, que se denominó San Luis y ocupó primeramente la casa del Arcediano don Salvador López Garrido, situada en la manzana en donde hoy está el Colegio de San Bartolomé. Como hubiese fallecido el prelado, tocó la Sede vacante al Arzobispo don Bartolomé Lobo Guerrero, natural de Andalucía, quien recibió una Real Cédula que le encargaba cumplir lo dispuesto en una anterior, de fe-



Capilla del Sagrario

(Fig. 2)

cha 23 de enero de 1585, referente al establecimiento del plantel de educación que había erigido el Arzobispo Zapata. Al efecto, le fueron comprados al Licenciado Francisco de Porras Mejía, acaudalado caballero que había venido a establecerse en la ciudad a fines del siglo XVI, los solares y espaciosa casa de que era dueño en 1604, por la cantidad de $ 8,000, y en ese edificio se renovó la fundación del seminario, al que se le dio el nombre de San Bartolomé, a cambio del de San Luis que antes tuviera. La Corte concedió al establecimiento

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

cuatro becas para hijos de personas importantes del Nuevo Reino. Tan pronto como se terminó el edificio para casa de los jesuítas, se trasladó allí el Seminario y en el antiguo local se fundó años después, por iniciativa del progresista Fiscal señor Moreno y Escandón y con aprobación del Virrey Guirior, una biblioteca pública con los libros que dejaron los jesuítas, después de su primera expulsión del país, en 1767, por orden de Carlos III.

Además, el dominicano Fray Cristóbal de Torres, natural de Burgos (1573) Limosnero Mayor de Felipe III y predicador de éste y de Felipe VI, fue elegido en 1634 Arzobispo de Santafé, a donde llegó en el año siguiente. Obtuvo del Rey licencia para fundar un plantel de educación, donde pudieran enseñarse cursos superiores de Teología, Jurisprudencia y Medicina. La obra se levantó en el mismo lugar que hoy ocupa y se concluyó en 1653. El colegio se dio en administración a los padres dominicanos, pero más tarde, quisieron éstos reunirle a la Universidad tomística fundada por Gaspar Núñez, a lo cual se opuso el señor Torres, y para impedir la unión, revocó la donación hecha a los dominicanos, secularizó el instituto y nombró Rector al doctor Cristóbal Araque Ponce de León. Las Constituciones de este plantel, que desde esa época lleva el nombre de Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, establecían que para vestir beca era indispensable que el postulante acreditara nobleza hereditaria, condición que no impidió que siglos después, los nobles educados en aquel plantel, contribuyeran a fundar la igualdad republicana, y salieran durante la Revolución a regar con su sangre los patíbulos y campos de batalla.

En cuanto a beneficencia pública se sabe que el Arzobispo Barrios fundó, en casas que fueron de su propiedad, contiguas a la iglesia Catedral, un asilo con el nombre de Hospital de San Pedro, y bendijo el cementerio anexo a la misma iglesia en el terreno que más tarde ocupó el atrio de este templo. A principios de 1603 llegó a Santafé un miembro de la Orden de Hospitalarios con licencia real para tomar posesión del hospital, pero a ello se opuso el Arzobispo Lobo Guerrero como patrono que era de la casa. En 1635, por disposición de Felipe III, los frailes de San Juan de Dios se encargaron de la dirección del hospital y lo trasladaron al lugar que hoy ocupa.

En ese mismo tiempo, el Presidente Martín de Saavedra y Guzmán, del hábito de Calatrava y Barón de Prado, que había reemplazado al Marqués de Sofraga en la presidencia del Nuevo Reino, obtuvo licencia real para fundar un Hospicio para niños expósitos y divorcio, el cual se estableció en el local contiguo a la Catedral, y más tarde, en

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

1647, fue trasladado a inmediaciones de la Plaza de San Victorino. En el siglo siguiente, se instaló en el local que le asignó el Virrey Flórez, según veremos adelante. Debe advertirse que el Rey prestaba apoyo a las fundaciones de beneficencia y encargaba a sus representantes en América que procuraran inclinar a las personas devotas a que ejercitaran la caridad en esas obras de utilidad pública, que eran más importantes que las de los conventos a que daban preferencia.

Y era tánta la piedad de los buenos santafereños, que hasta en sus casas particulares, aparte de los ricos retablos de madera tallada y dorada en donde daban adoración al santo de su diaria devoción, tenían sobre el adintelado de la puerta principal una pequeña hornacina para la estatua o imagen de su patrono celestial, la cual iluminaban por la noche con un candil. Aún pueden verse algunos nichos en las fachadas de viejas mansiones de antaño.

Con excepción de unos pocos puentes de cal y canto que se construyeron por entonces sobre los riachuelos de San Agustín y San Francisco y que más tarde se derrumbaron, del arreglo de una parte de la calzada de Occidente y construcción del Puentegrande sobre el río Bogotá, del establecimiento de una carnicería pública, de la iniciación de los trabajos de la Casa de Moneda, del establecimiento de una fuente pública en la Plaza principal y del arreglo y mejora de algunas calles, y de la construcción del atrio de la Catedral, no figura ninguna otra obra de importancia de carácter civil hecha por esos tiempos.

A fines de ese siglo el Rey cedió a la ciudad, por cédula de 19 de agosto de 1695, la propiedad de las aguas del Distrito que desde entonces está a cargo del Municipio, antes Ayuntamiento.

SIGLO XVIII.—Por cédula de 27 de mayo de 1717 resolvió el Rey erigir el Nuevo Reino en Virreinato, con lo cual dio mayor amplitud al gobierno y lo desligó de la jurisdicción que sobre éste tenía el Virreinato del Perú. Correspondió el primer cargo de Virrey al señor don Antonio de la Pedrasa y Guerrero. Hubo 18 Virreyes que gobernaron con una interrupción temporal durante un siglo, pues el último, que fue don Juan Samano, salió en fuga en 1819, a la llegada, a la ciudad, de las tropas victoriosas, que el 7 de agosto de ese mismo año, dejaron en Boyacá derrumbado el poderío español en el Nuevo Reino.

A principios de ese siglo se construyeron las iglesias de La Peña, en las faldas del cerro de Guadalupe, la de San Juan de Dios (1723) y el hospital anexo, obra esta última que fundó el médico y Prior de la Orden de Hospitalarios y cronista bogotano, Fray Pedro Pablo de

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Villamor; además se hizo la casa arzobispal, que más tarde se reconstruyó, por orden del Arzobispo señor Arbeláez. Igualmente se fundaron el Colegio de San Buenaventura, en el convento de franciscanos y el de La Enseñanza, que fue el primer plantel de educación para la mujer, instituído en 1770 por la noble dama doña Clemencia Caicedo, esposa del Oidor don Joaquín Aróstegui y Escoto.

En esa época funcionaba ya regularmente la Casa de Moneda, establecimiento que se había querido fundar desde 1559, pero que por falta de maquinaria adecuada no había podido instalarse sino hasta 1622, de acuerdo con lo que estipuló el Rey con el Capitán Alonso Turrillo de Yebra y más tarde con otros particulares. En 1750 y 51, expidió Fernando VI cédulas por las cuales reintegró a la Corona el privilegio de acuñar moneda y así, pues, en 1753, tomó posesión de la Casa establecida en Santafé el Superintendente, don Miguel de Santisteban y el Contador, don Isidro Cabrera. Correspondió al Virrey Alfonso Pizarro, Marqués de Villar, reorganizar los trabajos y al Virrey Solís, su sucesor, restaurar el edificio que era amplio y ocupaba casi media manzana. Allí había capilla, juzgados y cárcel, con sus empleados y obreros respectivos, quienes gozaban de fuero especial. En el centro del claustro principal se veía, hasta hace poco tiempo en que fue demolida, una fuente de piedra que llevaba esta inscripción:

SIENDO VIRREY EL EXMO. SEÑOR D. JOSEPH DE
SOLÍS FOLCH DE CARDONA, HIJO TERCERO DE
LOS EXCMOS. SEÑORES DUQUES DE MONTE
LLANO Y PRIMER SUPERINTENDENTE
DE ESTA REAL CASA DE MONEDA
EL SEÑOR TENIENTE CORONEL
D. MIGUEL DE SANTISTEVAN.

Y sobre el friso y el arquitrabe de la puerta principal de entrada existen leyendas de esa época grabadas, cerca del escudo de España, que fue destruído por los patriotas en 1813.

En cuanto a obras públicas de importancia se pueden citar: la instalación de acueductos públicos con las aguas de los riachuelos que nacen al Oriente de la ciudad, los empedrados de las calles y plazas, y la construcción de algunos puentes de cal y canto.

Consta ya que por el año de 1738, funcionaba en la ciudad una imprenta a cargo de los jesuítas, en la cual se imprimió el primer libro que conserva hoy la Biblioteca Nacional.

Algunos edificios sufrieron con los incendios y terremotos ocurridos

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

en esa época, entre otros, el Convento de Santo Domingo, que «tenía una enhiesta torre con sus cuatro grandes campanas, una de ellas regalo de Carlos V, que se oía a más de una legua a la redonda» (7), el Palacio de los Virreyes, que guardaba documentos interesantísimos de la historia colonial fue destruído en 1786, así como la cúpula de la iglesia de San Carlos, que más tarde se reconstruyó y se le dio la forma cónica que tiene.

En 1760 se principió la construcción del templo de La Tercera, que se concluyó veinte años después y es de las obras mejor ornamentadas en su interior, como que fue hecha por el maestro tallador Pedro Caballero, quien agotó en ella su fortuna, su inteligencia y una buena cantidad de paciencia. Los retablos, púlpito, galerías, confesionarios, alfarjes y marcos de los cuadros, son de nogal tallado. Acerca de ella ha dicho un artista distinguido:

«El principal lujo de esta iglesia consiste en la desnudez en que exhibe, limpias y esbeltas, las bellas formas de sus elegantes y atrevidos relieves; rica filigrana, bordado hecho con verdadero primor de mano, tallado en la fina madera. Frondosas vegetaciones fantásticas, a manera de florecidas madreselvas, envuelven las elegantes columnas salomónicas y cuelgan sus exuberantes ramazones desde la base hasta los arquitraves, frisos y las cornizas de los altares»..... (Lázaro M. Girón).

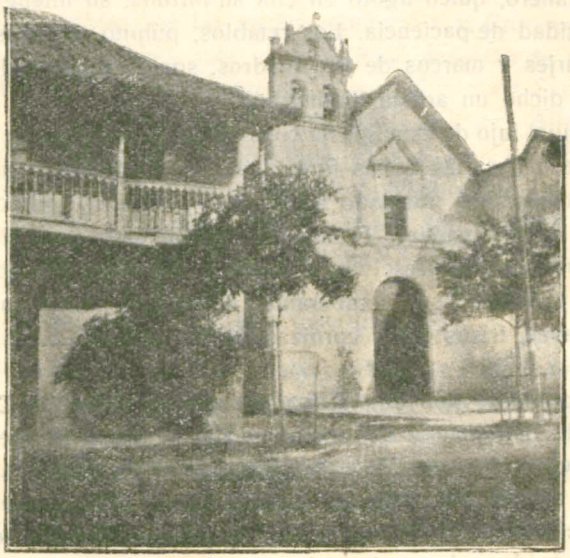
Bajo el gobierno del Virrey don Manuel de Guirrior, Caballero de la Orden de San Juan, y por iniciativa del ilustre y progresista Fiscal señor Francisco Antonio Moreno y Escandón, hijo de la ciudad de Mariquita, se adoptó para asilo de mujeres pobres el local que hoy se conoce con el nombre del Hospicio (fig. 3), y sobre esa obra se expresaba así el distinguido gobernante en la relación que hizo a su sucesor, fechada en 1776:

«El recogimiento de los pobres que vagan por las ciudades ha sido siempre no sólo acto de caridad que dictan la religión y la naturaleza, para socorro de la humanidad desvalida, sino también un cuidado propio del Gobierno para separar los muchos holgazanes que con el disfraz de mendigos cometen excesos y gravan la República. Careciendo esta capital de hospicio donde abrigarlos, se dispuso con motivo de la ocupación de temporalidades aplicar un edificio al intento, para lo que por el señor mi antecesor se expidieron las providencias; y a mi llegada puse en práctica el recogimiento de pobres, promoviendo sucesivamente lo necesario para el de mujeres, que se ha verificado trasladando los primeros a edificio más capaz y de mejores proporciones, a

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

donde ambos sexos se ejerciten útilmente en labores que en parte sirvan para su vestido y subsistencia, teniendo fondos comunes y sus respectivos mayordomos y administradores, que las manejan con subordinación al señor Fiscal Protector, a quien S. M. ha nombrado por el juez conservador de dichas casas, tomándolas bajo su real patronato, por real cédula expedida en San Ildefonso a 20 de agosto de 1774, en que aprueba la aplicación de una parte del producto de las salinas de Zipaquirá, que administra el mismo Protector, a beneficio de los indios pobres».

Los reglamentos y *constituciones* del asilo, que elaboró el señor Mo-



Capilla del Hospicio.

(Fig. 3)

reno, debían mandarse a la aprobación del Rey, junto con el informe del importe de las rentas, vestuario, alimentos y empleados. Fue muy recomendada esta obra por el señor Guirrior, quien juzgaba muy acertadamente que con ella «se conseguiría algún progreso en la industria de manufacturas ordinarias, purgándose la ciudad de mucha gente ociosa y mal entretenida».

En ese tiempo la ciudad tenía 16,233 almas, y 3,246 vecinos con 1,770 casas, según consta en la misma relación de mando.

Más tarde, el Arzobispo Virrey informaba que estaban asilados doscientos veintidós entre hombres y mujeres y que además se le había incorporado la inclusa, con cuarenta y siete niños. Que la renta que

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

tenían era de $ 6,000 anuales, insuficiente para atender el establecimiento debidamente pero que, como había él destinado sus rentas decimales a la reedificación de los edificios públicos y casas particulares que sufrieron con los temblores del año de 85, no podía atender a la extirpación de la mendicidad.

Durante el gobierno del señor Ezpeleta, se principió y concluyó un local anexo, que se destinó para hombres, con ayuda de la caridad pública y de algunos arbitrios, entre los cuales fueron $ 8,000 que existían en poder de un vecino, correspondientes a la renta que el Arzobispo Virrey había destinado a la reparación de los quebrantos sufridos con el terremoto. Este último se aplicó en calidad de reintegro, mientras se consultaba el caso con su Ilustrísima. Pero no sólo desaprobó el señor Caballero lo hecho por el Virrey, sino que reclamó la suma por medio de un apoderado. Se había dado orden de hacer la devolución, cuando llegó la noticia del fallecimiento del Arzobispo, y en este estado, se solicitó del Rey que si tenía poder para ello, aplicase dicha cantidad a los hospicios, pero la Corte obligó al reintegro de los $ 8,000.

El primitivo local había sido el noviciado de los Jesuítas, «edificio que se principió a construír en 1660, en la calle ancha de Las Nieves, con dinero que regalaron don Lucas Fernández de Piedrahita, después Obispo e historiador, D. B. de Rojas y el Jesuíta Verganzo y Gamboa. La iglesia se terminó en la fecha que se grabó sobre su única puerta: 1757». (Ibáñez, *Crónicas).*

El tramo construído en la época del señor Ezpeleta, da sobre la calle 18. Tiene esculpidos en piedra, en el pórtico de entrada, el escudo de armas de España en el tímpano de la parte alta, y el de la ciudad de Bogotá, sobre la puerta que da al primer piso. En los tiempos de la República, el edificio se ha ensanchado por la carrera 8.ª, y actualmente, para mejorarle y formarle renta, se adquirió la casa adyacente, sobre la carrera 7.ª por la suma de $ 28,000 oro.

Está en él establecida la inclusa, a cargo de la Junta General de Beneficencia y bajo la dirección de las Hermanas de la Caridad. Las rentas, en 1917, llegaron a $ 51.119.62. El personal que ha sostenido el establecimiento fue de 1,140 asilados, así: 440 en la casa y 700 en el campo. Los mendigos e indigentes se asilan en otros locales especiales, distantes de éste y a cargo de la misma Junta.

Cuando era Capellán del Hospicio el lamentado doctor Carlos Umaña, promovió la mejora de la Capilla y encargó los trabajos al maes-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

tro Acevedo Bernal, quien dejó de mano por algún tiempo los pinceles, para dedicarse transitoriamente a la arquitectura. La fachada actual de la pequeña iglesia es obra suya y se inauguró en 1910.

A fines del siglo XVII se denominaba ya la ciudad Santafé de Bogotá, para distinguirla de otras del mismo nombre de Santafé que había en las colonias hispanas. Los edificios principales eran de carácter religioso y habían sido fomentados en su mayor parte por la piedad de sus habitantes.

La iglesia de la Capuchina (Fig. 4)

El Presidente don Antonio Manso Maldonado, que se encargó del mando en 1724, decía en la relación de su gobierno:

«Es así, señor, que la piedad de los fieles de estas partes es excesiva; ha enriquecido a los monasterios y religiones con varias limosnas, obras pías que fundan en sus iglesias, capellanías que dotan para que sirvan los religiosos, habiendo habido muchas personas que hallándose sin herederos forzosos en una pequeña casa, solar o hacendilla que dejan, fundan una capellanía que sirva tal a tal convento».

Y concluía haciendo un llamamiento para que el brazo del Rey borrara una de las causas de pobreza de los colonos, en uno de los más ricos dominios que poseía la Monarquía.

Todavía, a fines del siglo XVIII, edificaban un convento más las comunidades españolas, atraídas por la fama de riqueza de estas regiones.

Iglesia de la Capuchina (fig. 4). «Desde 1776 había llegado a Santafé un fraile capuchino que en el mundo se había llamado Conde del Asalto y Marqués de Casa González, y que llevaba con la cogulla de su orden

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

el humide nombre de Padre Pamplona. Apoyado por el Arzobispo Alvarado y Castillo, quien donó $ 6.000 para la fundación de los capuchinos, obtuvo el Padre Pamplona, por medio del Virrey, las licencias para fundar Hospicio de su orden en Bogotá. Fray Félix de Gayanes, Presidente interino del nuevo Hospicio, y Fray Domingo de Bocairente, su Secretario, llegaron a Santa Fe en 1778 a preparar lo necesario para recibir la comunidad que conducía el Padre Pamplona. Se les dio posesión de la casa e iglesia de San Felipe Neri, contiguas a la vieja Catedral, donde se alojaron diez y nueve capuchinos en octubre del año citado. Siendo inadecuado el local, buscaron con licencia del Ayuntamiento sitio para edificar iglesia y hospicio. Don Pedro de Ugarte, Regidor, les hizo donación de unos solares, y de casas de tapia y teja, situados en el extremo occidental de la ciudad, en el barrio de San Victorino. Allí principiaron a labrar el templo de capuchinos, hoy parroquial, el 18 de mayo de 1783, día en que bendijo y colocó la primera piedra de la iglesia el Arzobispo Caballero y Góngora, acompañado de los Oidores, los Cabildos, civil y eclesiástico, y las comunidades regulares». (Ibáñez, *Crónicas*).

El 1.º de enero de 1792, murió el señor Ugarte y se le sepultó en el Panteón de la Capuchina, iglesia que había sido consagrada el 9 de octubre de 1791 por el Arzobispo Martínez Compañón. La obra del templo y del convento fue dirigida por un arquitecto capuchino cuyo nombre se ignora, y se reformó por Fray Domingo de Petrés. El extremo sur de la fachada, según Ibáñez, estaba formado hace pocos años por una torre de mediana altura, la que se destruyó para coronarla con una elegante espadaña, que termina en frontón, en el tímpano del cual se puso un reloj para servicio público.

A principios de 1918, un rayo cayó sobre la veleta y destruyó la pilastrica que la sostenía, en el frontispicio.

En la época de la Revolución, sirvió el convento de prisión para algunos sacerdotes republicanos, entre otros al amigo de Nariño, el Canónigo Magistral doctor Andrés Rosillo, quien tuvo que salir oculto para el Socorro, el 8 de noviembre de 1809 y regresó preso a la ciudad el 21 de enero del año siguiente. El 21 de julio de 1810, a las once de la mañana, fue sacado en triunfo de la prisión, ovacionado por el pueblo soberano. Formó parte de la Junta Suprema y le tocó acompañar y conducir con otras personas notables a la Virreina en su camino para la prisión, en el monasterio de la Enseñanza. Salió en 1817 desterrado por Morillo para España, en donde estuvo preso en Valladolid, hasta

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

1820, en que fue puesto en libertad a causa de la Revolución de Riego, y regresó a Bogotá, donde murió en septiembre de 1835.

La comunidad de capuchinos emigró el 9 de agosto de 1819, y en el local abandonado dispuso el Libertador que se estableciera un colegio para educar niños pobres, hijos de patriotas inmolados en la guerra. Más tarde, en 1832, el Vicepresidente doctor Márquez, expidió un decreto por el cual fundó el Colegio de La Merced, para señoritas; se le destinaron los bienes donados por don Pedro de Ugarte y su esposa, y, además, se le agregaron los que pertenecían a los conventos suprimidos de Las Aguas y de San Francisco en Guaduas.

La Ley de 16 de abril de 1838, aplicó en propiedad, en favor del colegio mencionado, el edificio, huertas y solares que pertenecían al extinguido convento, dispuso que el colegio de ordenados que antes había allí, se refundiera en el de San Bartolomé y ratificó el Decreto de 5 de marzo de 1832, que destinó para iglesia parroquial de San Victorino la de la Capuchina y la sacristía anexa.

Para conmemorar el primer Centenario de la Independencia, se construyó un amplio atrio frente a la iglesia, en el cual se empleó cemento de fabricación nacional, y se levantó un pequeño monumento que dirigió el señor Julián Lombana, sobre la esquina noreste del solar anexo. En medio de un frontón Médicis se destaca un medallón con el busto en relieve del doctor Rosillo, y debajo tiene una lápida de mármol que lleva esta inscripción:

«*De este edificio donde estaba preso por su amor a la Libertad, salió en brazos del pueblo el dia 21 de julio de 1810, el Canónigo Magistral doctor Andrés Rosillo, para ir a ocupar asiento en la Junta Suprema de Gobierno. Los vecinos del barrio de San Victorino erigen este monumento para perpetuar la memoria del histórico hecho. — Julio 21 de 1910*».

Abrigamos vivos deseos de que antes de poco tiempo se construya en ese sitio, amplio y hermoso, que tiene tres frentes, uno de los cuales da sobre la Plazuela de Camilo Torres, de donde arranca la Avenida de Boyacá, un local apropiado para colegio de señoritas, que corresponda mejor al objeto que se propuso el Libertador, que el frío, oscuro e inadecuado convento destinado al Colegio de La Merced.

En agosto de 1792, se empezaron los trabajos del Coliseo, obra que costeó el señor Tomás Ramírez en la creencia de que invertiría poco dinero y en la que gastó más de $ 40,000, con lo cual quedó arruinado. No obstante la oposición del Arzobispo, quien deseaba adquirir

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

el edificio para poner allí un beaterio, fue concluído al año siguiente con el apoyo y estímulo que le dio el Virrey Ezpeleta. Un testigo ocular refiere así cómo era el local interiormente: «La sala regular pero oscura, tiene varios órdenes de palcos, con barandas de balaustres; el patio es vasto, pero desprovisto de asientos; está dispuesto en talud y los espectadores se mantienen de pie..... el público silba las piezas cuando las halla buenas» (D'Orbigny. 1841).

Jardín en la calle 15, donde se construye el edificio de la Gobernación *(Fig. 5)*

Así permaneció el edificio, hasta el año 1886, en que se reedificó y es hoy el elegante y actual Teatro de Colón, según se verá adelante.

La necesidad de proveer la casa de Gobierno de Cundinamarca de oficinas cómodas y adecuadas, más que el vano deseo de modernizar la ciudad, obligó a demoler el pintoresco rincón, anexo a la vieja torre de San Francisco, cuyas paredes, un tanto agrietadas por la acción del tiempo, se sostenían merced a la acción de grandes y pesados bastiones de cal y canto (fig. 5). Una reja metálica y la hermosa portada de piedra labrada, con remate de faroles que nunca tuvieron luz, servían de protección al pequeño jardín que allí dentro se había levantado. La hiedra y el jaramango, cubrían con la pompa de su follaje las heridas que hiciera la intemperie en las carcomidas aristas de los muros. En el centro, sobre elegante pedestal de arenisca, se levantaba un busto de mármol del señor don José Ignacio Gutiérrez Vergara, distinguido Gobernador que ocupó ese puesto en 1868.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Desde 1862, se había instalado allí la Gobernación, en el edificio que perteneció al extinguido convento fundado en 1550 con permiso de la Corte de España.

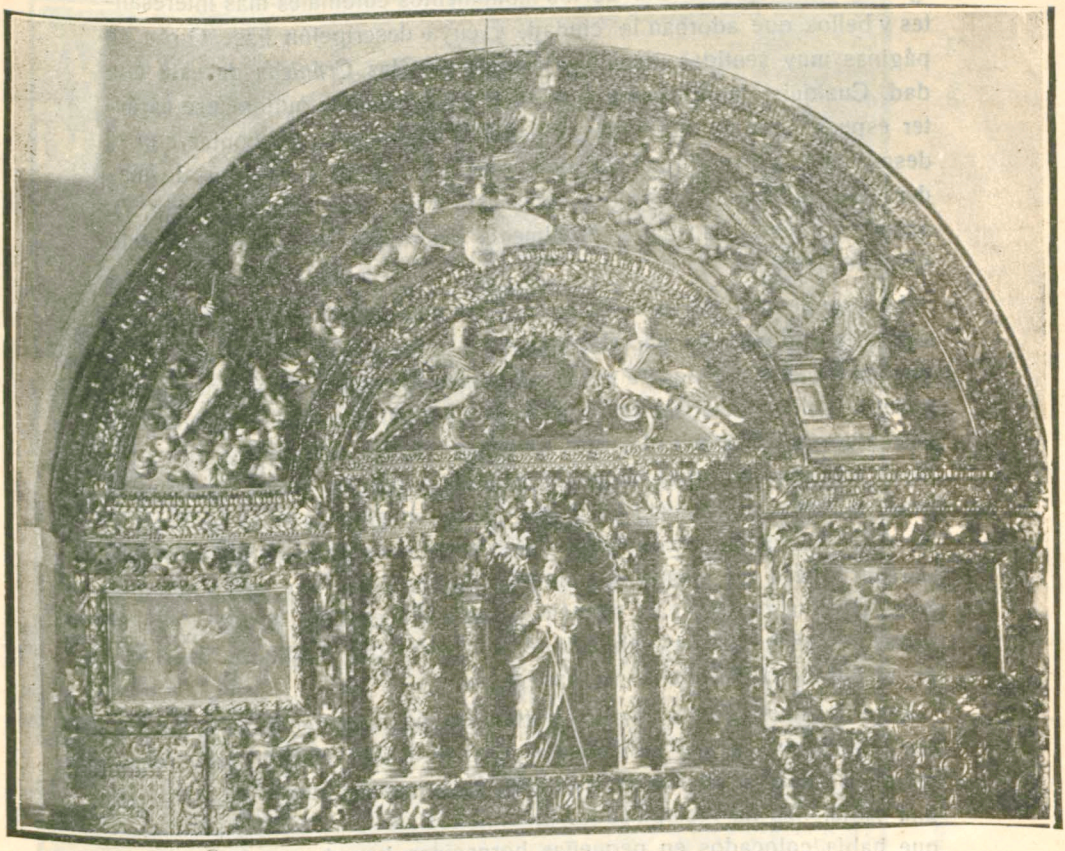
«El convento de San Francisco, con el título de la Purificación de Nuestra Señora, se erigió el mismo día que el de Santo Domingo, en el camino de Tunja, después ángulo sudoeste de la plazuela de Las Nieves, en casa conocida hasta el presente con el nombre de Casa de los Virreyes.... Trasladáronse, por orden del Cabildo, al sur de la ciudad, a orillas del riachuelo Manzanares, después San Agustín, al mismo lugar que ocupó más tarde esta Orden monástica, por haberla dejado los frailes carmelitas, sitio que perteneció primitivamente a Isabel Romero, una de las primeras mujeres españolas que llegaron a Santa Fe. Poco después Fray Juan de los Barrios y Toledo, religioso franciscano, Obispo de Santa Marta, y luégo primer Arzobispo del Reino, llegado a Bogotá en 1554, descontento del sitio que ocupaba el convento de sus hermanos de religión, compró, con el fin de trasladarlo allí, las casas de tapia y teja que había construído el Capitán Juan Muñoz de Collantes, compañero de Belalcázar, en la acera occidental de la recién fundada plaza de mercado, en el lugar que ocupan hoy el templo de San Francisco y el palacio de Gobierno del Departamento» (Ibáñez, *Crónicas).*

El templo se iba arruinando con los temblores del año de 1785 y fue reconstruído por el ingeniero Domingo Esquiaqui; según otros, por Fray Domingo de Petrés. Se consagró el 25 de marzo de 1794 por el Arzobispo señor Jaime Martínez Compañón.

Con motivo de los temblores de agosto de 1917, el edificio de la Gobernación sufrió serios daños y fue necesario demolerlo para construír en su lugar una obra moderna, que actualmente se está ejecutando, debido a la iniciativa que tomó el doctor Rafael Escallón, Gobernador que fue de Cundinamarca, y de conformidad con los planos que hizo el arquitecto francés señor Gaston Lelarge.

En varias ocasiones, con el pretexto de ensanchar la Plazuela de Santander, se ha pretendido demoler la torre y una de las naves laterales del templo. El Ministerio de Obras Públicas quiso que se conservara la torre y ordenó al arquitecto señor Lelarge que estudiara un proyecto de modificaciones, el cual fue elaborado por este distinguido artista. En la base del torreón, según este estudio, se abre una portada que conserva el mismo estilo de arquitectura del templo, y permitirá el tránsito de peatones; la nave oriental se demuele para estable-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia



Retablo de Nuestra Señora en la Capilla de San Francisco (*Fig. 6*)

cer un andén en su lugar y poder ensanchar la zona por donde circulan los vehículos de ruedas.

Se enardeció la opinión de aquellos que, juzgándose competentes, creen que la belleza de una ciudad consiste en contemplar un ancho camellón, recto, lleno de polvo en verano y de lodo en invierno; y el deseo de ensanchar la plazuela y dar otro frente al edificio de la Gobernación, se alegó para procurar la demolición de la torre y del templo, con el propósito de reconstruírlo en otro sitio, en sentido transversal del que tiene.

Además, con los últimos temblores, reaparecieron en la torre las grietas que causaron los movimientos sísmicos de los años de 1826 y 27, y se tomó ese pretexto para excomulgar la construcción y pedir que fuera derribada sin consideración ninguna.

Afortunadamente, la Comunidad de R. R. P. P. Franciscanos tuvo el buen acierto de no aceptar la oferta de $ 50.000 oro que le hizo la Gobernación, y prefirió conservar la

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

iglesia, como que es uno de los monumentos coloniales más interesantes y bellos que adornan la ciudad, y cuya descripción hace Girón en páginas muy sentidas, que inserta Ibáñez en las *Crónicas* de esta ciudad. Cualquier modificación que se le introduzca, le quitará ese carácter especial que guarda y que constituye su belleza, sin contar con el desperfecto que sufrirían sus bellos altares (fig. 6) y retablos de madera tallada, uno de ellos obra del artista Fray Gregorio Guiral (fig. 7), que al removerse, quedarían totalmente destruídas, con grave perjuicio del arte nacional.

La arquitectura colonial, al huír de la pica demoledora que la persigue de continuo, se ha refugiado en la parte alta de la ciudad, donde pueden verse aún calles de estilo pintoresco, estrechas y sinuosas (fig. 8), siempre solitarias, sobre las cuales se levantan enormes caserones, de estructura tosca y pesada. Sus balcones, de un desteñido color verdoso, permanecen continuamente cerrados, como en muda contemplación, sin que una maceta de flores ponga en ellos la nota de color y de vida. Algún viejo y polvoso ramo bendito, colgado de los barrotes, parece indicar que una mano piadosa, talvez yerta hoy, le colocó allí, hace ya muchos años. El silencio de la calle está en armonía con el aspecto monacal de las habitaciones contiguas, que meditan o duermen, en una tranquilidad dulce y apacible.

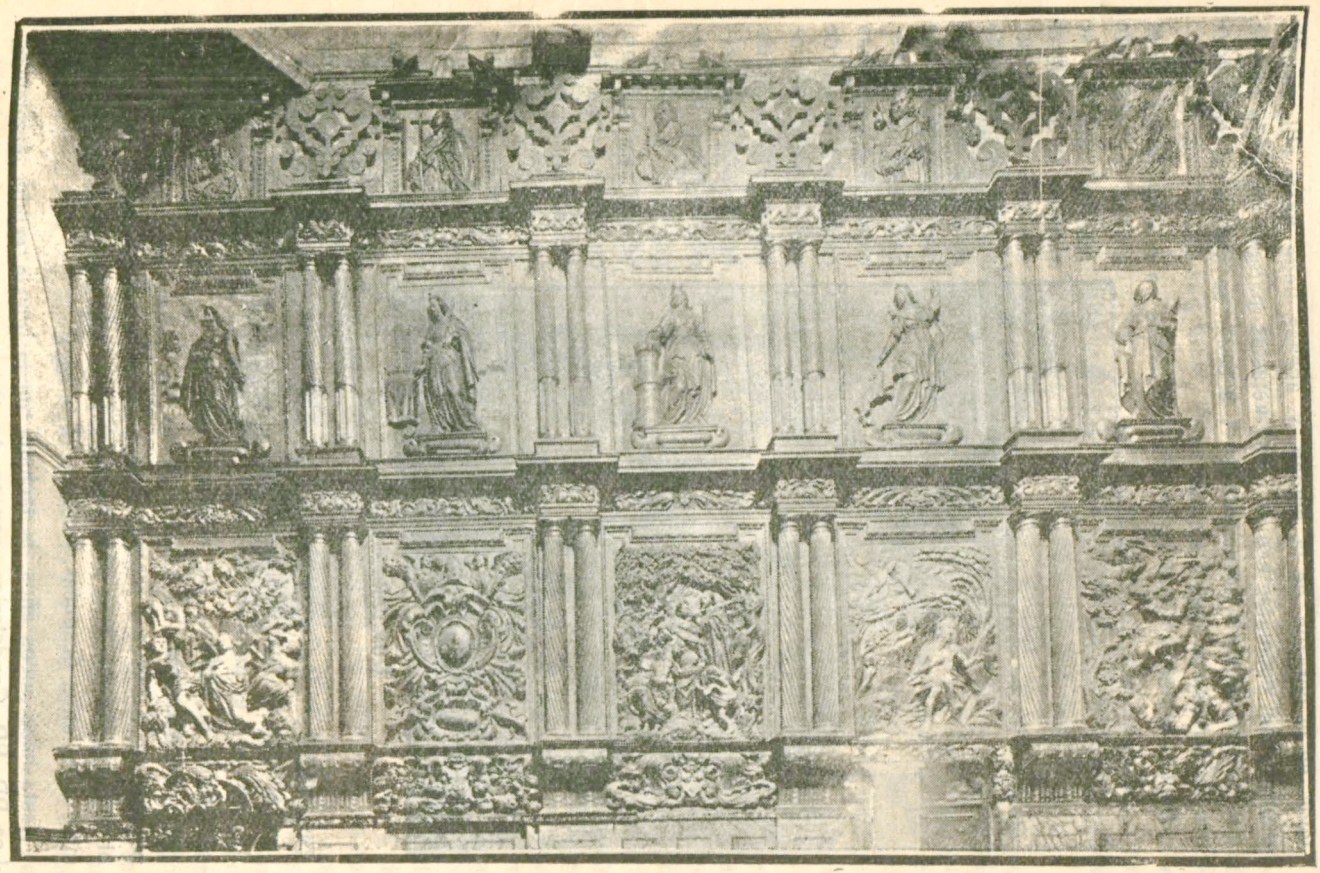
Bajo el dintel de los amplios portalones, no aparecen esculpidos los escudos de armas que indicaban la estirpe de sus moradores y rememoraban hazañas de los antepasados. Un prosaico número, pintado en una tabla, los ha reemplazado. Los santos de la devoción particular, que había colocados en pequeñas hornacinas, han desaparecido de sus nichos, que conservan aún la polea que sostenía el farolillo de vidrios o el candil, que durante la noche, alumbraba la sagrada imagen.

Tras de cortinajes espesos, que tamizan la luz que entra a esas viviendas, o al través de las polvosas vidrieras de las ventanillas, de cuadrada reja, se adivina el rostro apergaminado de alguna buena anciana que, con la cabeza atada con pañuelo negro, permanece intranquila en espera de su consorte, algún viejecito de antigua capa española y chistera, que ha salido hasta el próximo convento o ha pasado un momento a rezar al templo vecino.

Hilos misteriosos que sostienen postes escuetos, son las únicas comunicaciones que ligan el barrio con el centro de la ciudad y le llevan el progreso.

El estrépito de la vida moderna, con sus mil ruidos extraños, bulle

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia



Altar Mayor de la iglesia de San Francisco

(Fig. 7)

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

lejos, en el corazón de la ciudad, y apenas llega hasta allí, amortiguado y sin encontrar eco en esas vetustas paredes de tierra pisada, que ya principian a desmoronarse y a ceder su sitio a las edificaciones modernas, de mejor calidad.

En el interior solitario de esas viejas casas, en muchas de las cuales suelen hallarse aún tesoros ocultos, se pasean al atardecer sombras errabundas, se oye incierto ruido de pasos que se pierden en el cuarto de San Alejo, bajo la escalera, y en veces, han caído pedruscos de procedencia desconocida. Las noticias de estos acontecimientos extraños llegan a la ciudad, de tiempo en tiempo, despiertan la curiosidad pública por un momento, y después vuelven esas mansiones a quedar olvidadas.

Una calle colonial *(Fig. 8)*

En la extremidad de una calle de esas, se encuentra el antiguo templo de la Candelaria (fig. 9), erigido desde el año de 1654:

«También se fundó el Hospicio y el Colegio de recoletos de San Agustín con el nombre de Nuestra Señora de la Candelaria. Apenas construído el edificio, fue mandado demoler por la autoridad civil en 1681, sin duda por no haber llenado los frailes las condiciones impuestas en la rígida y complicada legislación de la época. En 1684 obtuvieron licencia real para reedificarlo y emprendida la obra, se terminó siete años después». (Ibáñez, *Crónicas*).

Hasta hace pocos años, la fachada de la iglesia estaba inconclusa. Los RR. PP. Candelarios, con ayuda de donaciones de los fieles, em-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

prendieron la reforma y terminación de la obra, bajo la dirección del Hermano Antonio. En efecto: levantaron otra torre, cambiaron las cúpulas piramidales por otras, de forma bombeada, que rematan en linternas, tapiaron los nichos, retiraron la verja de metal que rodeaba el atrio, enlucieron el frente, corrigieron el perfil de algunas líneas y suprimieron muchas cornisas superpuestas, con lo que modernizaron el estilo de la fachada y le dieron mejor aspecto del que tuviera.

La iglesia de la Candelaria y el Seminario
(Fig. 9)

La arquitectura exterior es de un estilo de decadencia que tuvo mucho auge en su época y de la cual trataremos adelante con mayor detenimiento.

Allí dentro se ven grandes altares, de madera tallada y dorada, formados por entablamentos superpuestos, sostenidos por columnas en espiral, ventrudas y acanaladas, o de formas extrañas que parecen haberse tomado de alguna pagoda india. En medio de las columnas, en sus nichos, vestidos con telas de colores, se ven imágenes de santos con rostros coloreados, en que resplandecen los ojos de vidrio; llevan cabelleras de pelo postizo y en las manos conservan las insignias del martirio a que fueron sometidos o los distintivos a que, durante su vida, se hicieron acreedores. En los basamentos, de formas atrevidas, aparecen mascarones de ángeles mofletudos que asoman por en medio de ramazones de flores extrañas y viñas, pintadas en lacas brillantes que hacen contraste con la profusión de arabescos dorados.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Los cuadros de las imágenes, en anchos marcos, rompen las líneas de arquitectura y se prodigan en abundancia. Dentro de ese conjunto interior, que se halla envuelto en una media tinta, producen un efecto inarmónico las pinturas modernas de la bóveda principal que ejecutó un artista en nuestros días. El templo, con sus dos torres, el frontón central, las tres bóvedas interiores, tiene la forma de una pequeña basílica.

El cielo del coro mayor, es un rico alfarje, compuesto de casetones y rosetones de madera esculpida y dorada separados por molduras esmaltadas de azul.

Para un templo en construcción no recomendaríamos ese estilo de arquitectura arcaico, pero en cambio, quisiéramos que se conservaran los pocos modelos que han quedado de la época colonial, los cuales tienden a desaparecer por completo de las iglesias y capillas, merced a un aire insano de formas, que, en los últimos tiempos, ha soplado de manera inusitada.

Anexo a la iglesia de la Candelaria, queda el edificio en donde está hoy instalado el Seminario Conciliar que, en septiembre de 1840, fundó el señor Arzobispo Mosquera, según los sistemas adoptados en el de San Sulpicio. A solicitud del Prelado, el Congreso, por Ley de 28 de abril del año ya citado, separó el Colegio Seminario Conciliar, de la arquidiócesis de Bogotá, del nacional de San Bartolomé, determinó las rentas que le debían corresponder y dispuso se le asignara al nuevo plantel un edificio de los pertenecientes a la República. Los estatutos debían someterse a la aprobación del Poder Ejecutivo, que debía dar su aquiescencia para el nombramiento del Rector.

Por iniciativa del Ilustrísimo señor Arzobispo Herrera, la Arquidiócesis reconstruirá el local que actualmente ocupa el Seminario y edificará una casa de Ejercicios espirituales en el espacioso terreno anexo, de conformidad con los planos elaborados por el R. P. Arnaud, arquitecto francés, perteneciente a la comunidad de Hermanos Cristianos.

Y, ya que en el grabado, sobre la cumbre del cerro, aparece la ermita de Guadalupe, que destruyó el terremoto de agosto de 1917, recordaremos que la primitiva capilla se fundó en 1656.

«El 8 de septiembre de dicho año fue llevada en procesión solemne, presidida por la Audiencia y los Cabildos eclesiástico y secular, la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe a la humilde capilla que se acababa de construír en la cumbre del cerro de este nombre, la que se arruinó en el terremoto de 1743» (Ibáñez, *Crónicas*).

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

La suerte de esta ermita se halla ligada a la historia de los temblores que han ocurrido en la ciudad en diferentes épocas, y por tanto haremos un recuento de los más importantes, ya que ellos han influído en la arquitectura colonial y justifican los pesados muros y gruesos bastiones que los antepasados hicieron para dar mayor seguridad a sus construcciones.

Según refiere Vargas Jurado, ocurrieron varios temblores de tierra en 1743, en los días 13 y 14 de abril, 15 de junio, 18 de octubre, que fue el más fuerte, y 6 de noviembre. Refiriéndose al del mes de octubre, dice así en su diario:

«El 18 de octubre de este año de 743, a los tres cuartos para las 11 del día, hubo un gran terremoto, ruido y ladridos de perros; el cielo oscurecido, con llovizna; se dañaron los más templos, pues la torre de la catedral se ve fajada, las del Sagrario, sin pirámides; Santo Domingo, un claustro del patio de la cocina nueva, y el camarín de Nuestra Señora, nuevo y los bastiones que había en el altozano cayeron con la Señora que estaba sobre la puerta de la iglesia. En San Francisco, la torre estaba nueva: en San Agustín, la torre nueva, y en la Compañía, la media naranja nueva, como se ve. En Santa.... nueva; lo mismo en el Hospital, que era hermosa: y la de Santa Inés, que la apearon; la del humilladero, nueva, y la de Egipto también, como también Monserrate. Sólo Guadalupe del todo cayó, sin daño de la Señora, que la bajaron ilesa, que confieso no haber visto procesión igual, pues las luces desde Egipto llegaban a la Catedral. En todos estos trabajos no peligró persona y hubo confesiones de 30 y 40 años, muchas penitencias, y en una que hizo el doctor Hurtado, murió. Votóse por patrón y de guarda al señor Francisco de Borja, a los 100 años, que también lo habían votado, por otro igual terremoto, que fue el año de 1625. Y por este terremoto de ahora, quedó establecido el Rosario que sale de Santo Domingo los viernes en la noche. Las monjas de la Concepción y Santa Clara quitaron los moños. Palacio se hizo andrajos y otras muchas casas, por lo cual la Audiencia se hacía en bienes de difuntos: Tribunal de Cuentas, en la casa de esquina junto a la Catedral; Cabildo, en el edificio de abajo; sólo por componer el Palacio esta cuenta de 14,000 patacones».

La ermita se reconstruyó en 1760 y volvió a arruinarse con los temblores de 1785 de que habla Caballero, así:

«1785.—El día 12 de julio de este año de 1785, a las ocho menos cinco minutos de la mañana, hubo un gran terremoto en esta ciudad y

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

sus contornos. Se cayó el templo de Santo Domingo, quedando bajo sus ruinas mucha gente y algunos pocos que se escaparon entre los confesionarios y debajo de los escaños. Unos forasteros que habían venido a promesa a Nuestra Señora de la Salud quedaron muertos. Antes de la misa de la promesa de la dicha, cuando salía la misa, tiraron a descubrir a Nuestra Señora y no se pudo, y fue menester que un religioso se subiera al altar y la descubriera, pues se reventó el cordón del velo, prodigio raro, porque estándose diciendo la misa cayó la iglesia pero se favorecieron los padres. Cayó la ermita de Guadalupe enteramente; los religiosos de la Candelaria fueron a traer la imagen de Nuestra Señora y lo poco que quedó. Una pilastra del capitel del campanario de la capilla de Nuestro Amo, cayó y mató a un hombre y a una mujer. Todos los templos se vencieron y las casas, muy raras no padecieron. Se cayeron los templos de los pueblos de Chía, Cajicá, Engativá, y que quasi no hubo templo que no padeciese ruina. La tierra se abrió en grandes bocas por la Sabana; se aseguró que un hombre que iba a caballo, se abrió la tierra y se consumió».

Reconstruída nuevamente, cayó con el terremoto de 17 de junio de 1826 y fue hasta el 13 de diciembre de 1858, cuando el señor Arzobispo Herrán, bendijo la primera piedra de la nueva capilla, que, por iniciativa del Presbítero Fernando Mejía, se levantó en la cumbre del cerro. Doce años duró la obra, que ejecutó el arquitecto Schlecht, de acuerdo con los planos de Reed. La fachada debía tener dos torres, una de las cuales serviría de observatorio astronómico, a 3,100 metros de elevación sobre el nivel del mar, pero no se alcanzó a realizar todo el proyecto.

En la actualidad se trata de erigir en la cumbre, para reemplazar la ermita caída en 1917, una monumental imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que sin duda destruirá otro terremoto futuro, pues parece que los movimientos sísmicos sacuden con especial violencia los estratos de este cerro, que buzan casi verticalmente y no presentan terreno sólido para edificar fábrica ni monumento alguno sobre ellos.

SIGLO XIX.—A principios de este siglo se levantó el Observatorio astronómico, que fue el primero que se edificó en Sur América. Se debe a la generosidad y patriotismo del doctor José Celestino Mutis, médico que fue del Virrey Messia de la Zerda, matemático y astrónomo que enseñó con apoyo del Gobierno las doctrinas de Newton y de Copérnico desconocidas entonces en la Colonia, regentó en el Colegio del Rosario varias cátedras, fue un distinguido naturalista que organi-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

zó con el apoyo de Carlos III y de acuerdo con el Arzobispo Caballero, la Expedición Botánica y el Jardín Botánico, descubrió la quina y otras plantas desconocidas, fue amigo de Humboldt, de Linneo y de Caldas, y perteneció a varias Sociedades científicas europeas, coleccionó para su obra denominada *La Flora de Bogotá* cerca de 20,000 plantas, con 5,000 láminas, varios muestrarios de minerales, maderas, pieles, etc,, que arrebató el pacificador Morillo en 1818.

La formación de los planos y la edificación de la obra fueron confiados al arquitecto Fray Domingo de Petrez, quien dio comienzo a los trabajos el 24 de mayo de 1803 y los concluyó en agosto del siguiente año. La dirección del Observatorio quedó encomendada al sabio Caldas, quien describe así el edificio:

«Su figura es la de una torre octágona de 13 pies de rey de lado, y 56 de altura. El diámetro, quitado el grueso de los muros, es de 27 pies. Tiene tres cuerpos: el primero de 14.5 pies de elevación, se compone de pilastrones toscanos pareados en los ángulos sobre un zócalo que corre por todo el edificio. En los columnarios hay ventanas rectangulares, y en el que mira al Oriente está la puerta. La bóveda, sostenida por este cuerpo, forma el piso del salón principal. El segundo de 26.5 pies es un orden dórico en pilastras angulares como el primero. Dentro de ellas están las ventanas muy rasgadas, circulares por arriba, con recuadros y guardalluvias que las adornan. La bóveda superior es hemisférica, perforada en el centro y sostiene el último piso al descubierto. Un ático fingido corona todo el edificio, y sirve al mismo tiempo de antepecho. El agujero de la segunda bóveda da paso a un rayo de luz que va a pintar la imagen del sol sobre el pavimento del salón en que se ha tirado una línea meridiana, y forma un gnomon de 37 pies y siete pulgadas de elevación. En el lado del octágono que mira al Sudoeste está la escalera en espiral, que da ascenso a la sala principal, y a la azotea superior. A la escalera la cubre una bóveda que forma el piso de otra sala a 60.5 pies de altura, la más elevada del Observatorio, y cerrada por otra de 72.5 pies de elevación, con una ranura de Norte a Sur. Aquí se ha colocado el cuadrante astronómico para alturas meridianas».

El Rey dotó el nuevo establecimiento de algunos instrumentos, que se agregaron a los que el Director había conseguido para las observaciones astronómicas. El edificio costó $ 13,815 que se pagaron de la mortuoria del ilustre sabio Mutis, que había fallecido el 11 de septiembre de 1808. En sus salas celebraron los patriotas juntas secretas

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

antes de los sucesos de 1810, y durante la República sirvió en una ocasión de prisión de estado para encerrar al General Mosquera después de lo ocurrido el 23 de mayo de 1867, y en verdad, que el edificio con su pesada y fría arquitectura, sus gárgolas de piedra tallada y su elevada torre, asemeja una fortaleza medioeval. En 1886 se quitó la elevada pared que lo rodeaba y se sustituyó por una elegante verja metálica y una portada de piedra de buen gusto. Más tarde, a principios de 1906, se enlucieron los muros con mortero de cemento, se imitaron hiladas de sillería, se construyó una cúpula metálica giratoria para el anteojo ecuatorial y se formó un pequeño jardín, con lo cual se modernizó el aspecto anticuado que tenía. El Gobierno de la República le ha prestado en distintas épocas apoyo al establecimiento y le ha dotado de algunos instrumentos de que carecía. Durante mucho tiempo estuvo como Director el modesto y sabio profesor don Julio Garavito, a quien el Congreso ha rendido un merecido homenaje por medio de una ley que dispone que se publiquen por cuenta de la Nación todas las obras y estudios elaborados por nuestro compatriota.

El temblor de 1785 arruinó completamente la vieja catedral y se hizo necesario reedificarla por completo. Los planos fueron elaborados por el capuchino Domingo de Petrez, natural de Valencia, que alcanzó a vivir en Bogotá diez y nueve años y prestó grandes servicios en el ramo de la arquitectura, como que además dirigió los trabajos del Observatorio, la Casa de la Botánica, la iglesia de La Enseñanza, la sacristía y enfermería de mujeres del Hospital de San Juan de Dios y el Colegio de San Agustín. Reconstruyó las iglesias de San Francisco y Santo Domingo, reformó la Capuchina, dirigió las obras de los templos de Zipaquirá y Chiquinquirá, así como otras de carácter particular. Trabajaba con desprendimiento y falleció en esta ciudad el 19 de diciembre de 1811. La sacristía de la Catedral conserva un retrato de este ilustre capuchino que contribuyó al progreso material de la capital del Virreinato.

Los trabajos empezaron el 11 de febrero de 1807, bajo la entusiasta dirección del canónigo señor Caycedo y Flórez, más tarde primer Arzobispo de Colombia, después de regresar del destierro a donde fue conducido por sus ideas patrióticas. La obra se concluyó en 1823 (fig. 10), y se consagró el 19 de abril de ese año.

La muerte de Petrez privó a la ciudad de tener un edificio de un estilo completamente puro, pues si el primer cuerpo, inferior, de la fachada, revela en sus grandes líneas que fue obra de un aventajado

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

discípulo de Vitrubio y de Palladio, no ocurre lo mismo con el segundo cuerpo superpuesto, ya no de piedra de sillería, sino de adobe y ladrillo con revoque de cal y arena, que fue ejecutado defectuosamente bajo la dirección del maestro de albañilería Nicolás León, capitán de patriotas, el cual había practicado al lado del arquitecto capuchino. Por desgracia otro temblor de tierra que se hizo sentir cuatro años después, obligó a descargar las altas torres para reedificarlas de nuevo y darles menor altura de la que tuvieran y sin que pudiera el pseudo artífice interpretar la idea concebida en el primitivo proyecto.

La iglesia de La Catedral *(Fig. 10)*

La planta, de estilo clásico, ha sufrido reformas que la han modificado, como son: la construcción del coro de los canónigos en el ábside, a donde se transladó en 1890, retirándolo de la entrada, según es de uso en las catedrales españolas; y la construcción de un intercolumnio, que sostiene el coro alto para la orquesta.

Como se sabe, la basílica constantina, que fue el primer tipo de los monumentos cristianos, estaba constituída por un gran recinto en el cual el tribunal ocupaba el fondo. Una gran nave se extendía hasta la puerta principal, y a cada lado de ésta había una o más hileras de columnas que formaban naves laterales y soportaban las arcadas. La nave central era más elevada y ancha que las laterales. En el hemiciclo o ábside destinado al tribunal, estaban los asientos de los jueces y abogados. El Obispo (vigilante) ocupaba el centro, en un sitial elevado (cátedra). Dos ábsides laterales denominados *secretarium* o *dia-*

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

conicum y *prothesis* u *oblatorium*, servían de sacristía y de lugar de preparación para el sagrado sacrificio. En las naves laterales había galerías altas (triforium) destinadas, como las bajas, para los fieles. La nave principal tenía entrada por un conjunto de columnas y arcadas denominado *narthex*, que estaba cerrado con tapicerías, el cual se convirtió más tarde en un porche exterior, y daba sobre el atrio, en donde permanecían los catecúmenos. Las ventanas eran cintradas y los cielos, en forma de bóvedas de arista. Esta disposición se modificó por el estilo latino que suprimió el triforium, introdujo las capillas absidales y la cripta subterránea, hizo girar las naves laterales al rededor del coro y dispuso que las bóvedas se sostuvieran por doce columnas. El renacimiento introdujo con Brunelleschi la cúpula doble sobre el tabernáculo, con lo cual se modificó la planta de la basílica.

La catedral de Bogotá que se reputa como de la segunda y más floreciente época del renacimiento, está formada de tres naves, de igual altura, que están separadas por doce columnas y se hallan cortadas por otra nave transversal, que forma los brazos de la cruz latina y termina en ábsides planos. El diámetro del tambor de la cúpula es de 9.80 m., la altura de las columnas de 8.55 y el diámetro de 1.13 m. Los capiteles, de orden compuesto, son de yeso ricamente dorados, aun cuando la talla es algo acartonada. Sobre éstos se levantan los apoyos de la arquería, formados por un paralelepípedo que reproduce las molduras del entablamento interior del templo. * Existen, además, la sacristía, el archivo, las oficinas del culto y trece capillas laterales formadas en los huecos que dejan los bastiones que soportan el empuje de las bóvedas, cuyo origen se remonta hasta la época de los Conquistadores, los cuales fundaron algunas de ellas.

El Arzobispo señor Herrera ha hecho restaurar el templo y al efecto se estucó y doró de nuevo, se pavimentó con lápidas de mármol

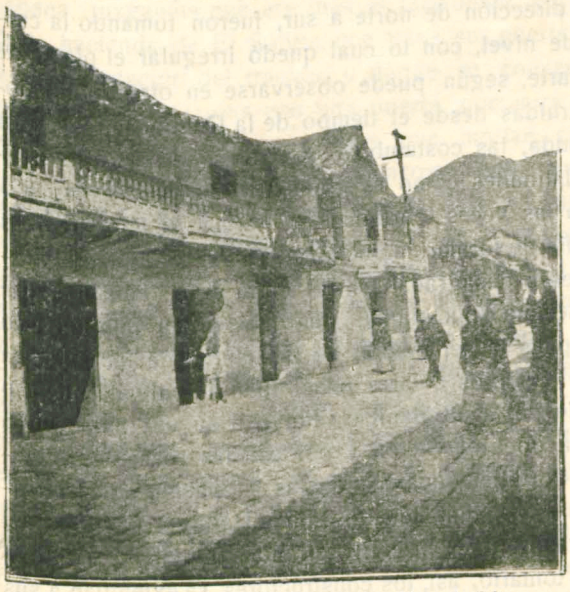
---

* Esta disposición, que realmente afea la proporción de la columna, ha sido criticada entre nosotros, como que no fue usada por los romanos, pero debemos observar que no es defecto propio de muchos templos de Colombia, pues en España, desde la época en que surgió el Renacimiento, se empleó esa modificación, como aparece en la catedral de Granada, empezada en el año de 1529 por el arquitecto Diego de Siloe. Debió ser inspirada en la arquitectura árabe, que emplea sobre la columna, un apoyo alto como sostén de los arcos peraltados, según se ve en los patios de la Alhambra, de los Alcázares y de los demás edificios que aún quedan de esa época. Esta misma disposición se observa en algunos monumentos del estilo latino, como ocurre en el mausoleo de Santa Constanza en Roma, construído durante el reinado que siguió al de Constantino. En efecto: sobre una serie de columnas apareadas, se levanta un macizo de entablamento, que sostiene la arquería sobre la cual descansa la cúpula central. En el estilo bizantino también aparecen sobre los capiteles grandes abacos trapezoidales y frisos, como intermediarios entre la columna y el arco. Para mayor información véanse las ilustraciones de las obras «Historia del Arte», por J. Pijoan, y «Vademecum del Constructor», por M. Jalvo.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

blanco. Se levantó un magnífico altar mayor, rico y costoso. En las pechinas de la cúpula cuatro de los mejores artistas nacionales dejaron su nombre inscrito al pie de los cuadros de los evangelistas. Las pinturas modernas y los monumentos funerarios que encierra, hacen que la catedral, elevada recientemente a la categoría de Basílica menor, sea uno de los templos más suntuosos de la República.

«A mediados de 1801 llegaron a la capital del Virreynato el sabio Humboldt, honra de la raza germánica, y Amadeo de Bompland, distinguido francés, quienes recorrían el rico y desconocido territorio de la América tropical. Mendinueta los presentó al sabio Mutis, y éste, exento de egoísmo, los introdujo a la Expedición Botánica y les señaló dos mil dibujos concluídos». (Ibáñez, *Crónicas)*. Estos trabajos los llevó a España el ejército expedicionario de Morillo, en donde se guardan aún, y apenas se los dejó consultar al naturalista Triana por gestión diplomática.



Casa que habitó el Barón de Humboldt
(Fig. 11)

En el curioso diario del señor J. M. Caballero, publicado en el volumen I de la Biblioteca de Historia Nacional, año de 1902, encontramos lo siguiente:

«1801.—Julio 6.—Entró en Santa Fe el Barón francés; trajo una lira, la que tocaba muy bien, instrumento que aquí no se había visto. Se infiere era emisario».

«1802.—Noviembre.—El día 27, a las doce menos cinco minutos, entró el Brigadier francés, Barón de Unvele (sic).—Diciembre.—El 17 se fue el Brigadier francés».

La casa en que residieron Humboldt y Bompland (figura 11), quedaba en la calle 12, número 288, al oriente del Puente de San Victorino, y ha sufrido reformas de poca monta. Actualmente sirve de casa

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

de huéspedes, y es un modelo auténtico de la pesada arquitectura colonial que está llamado a desaparecer muy pronto, pues las edificaciones modernas principian a rodearlo por todos lados.

PLANO DE BOGOTÁ.—Colocada la ciudad al pie de las faldas de la serranía, que en forma de anfiteatro la protege del lado oriental, las calles y carreras, que en principio se trazaron a modo de tablero de ajedrez, se resintieron en algunas partes de los excesos de pendiente e insensiblemente, con el desarrollo y ensanche, principalmente de sus carreras, que van en dirección de norte a sur, fueron tomando la curvatura de las líneas de nivel, con lo cual quedó irregular el plano de la ciudad. Por otra parte, según puede observarse en otras poblaciones importantes construídas desde el tiempo de la Conquista, como en Tunja, Cartagena, Honda, las costumbres guerreras de la época impusieron algunas modalidades como el empleo de calles no tiradas a cordel, escalonadas, a las veces cortadas en forma de T por otras transversales, con el fin de formar encrucijadas en donde debían aguardar al enemigo sorpresas desagradables. La altura de los edificios, que por lo general eran de una sola planta, guardaba mejor relación con la anchura de la vía, pues la separación de los muros de fachada era mayor que aquella y los rayos solares penetraban durante más tiempo a las viviendas. El frío de la altiplanicie influyó a su vez para que a los techos se les diera poca elevación, y por eso las casas de las ciudades situadas en la Cordillera aparecen bajas y apachurradas, mientras que las construídas en clima tórrido, como Cartago, Cartagena y Santa Marta, son elevadas y airosas. El terreno abundaba y no costaba más trabajo que tomarlo, así, los constructores, se extendían a sus anchas, más bien sobre la superficie que hacia las alturas.

Por orden del Virrey Ezpeleta, en 1791 levantó el ingeniero Domingo Esquiaqui el plano de Bogotá, y en esa época era ya extensa la ciudad, pues contaba con 21,464 moradores, sin incluír los transeúntes, ni los vagos y los mendigos. Estaba dividida en noventa y cinco manzanas y contaba con treinta y un templos, ocho conventos de regulares, y cinco de mujeres; dos colegios; una Universidad regia y pontificia; algunos seminarios; dos hospicios, un hospital, casa de moneda, teatro, Observatorio astronómico, algunas avenidas y casas de campo, agradablemente situadas. Hacía falta «el cementerio, de bella arquitectura, al ejemplo de Lima y otras ciudades, para no inhumar los cadáveres en el suelo del templo, de lo cual resultan graves males» (*Memoria descriptiva del pais de Santa Fe de Bogotá.* J. M. Salazar).

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

CEMENTERIOS.—El Rey de España Carlos III ordenó, en el año de 1787, que se suspendiera la costumbre de enterrar a los muertos en las iglesias y conventos, como era práctica general en esa época, y por tanto el Virrey Ezpeleta dispuso que se construyera un cementerio en la capital, en el lugar señalado por el ingeniero Esquiaqui, en el plano que hizo de la ciudad. Aun cuando los historiadores y cronistas aseveran que el sitio elegido quedaba abajo de la plaza de San Victorino, más o menos en frente de la estación del Ferrocarril de la Sabana, juzgamos que era más al Occidente, en Paiba, en el terreno de la hacienda de El Salitre que tiene su puerta de entrada en frente de la estación del tranvía, y donde se conserva un recinto circular, rodeado de tapias con una puerta que mira al Poniente. En ese lugar se enterraba a los pobres que morían en el hospital de San Juan de Dios, pues las personas acomodadas continuaron con la costumbre de inhumar sus deudos en las iglesias, por parecerles impropio el cementerio nuevo, que carecía de bóvedas y de techumbre. Aun cuando se dictaron nuevas providencias sobre el particular, tanto por el Rey Carlos IV en 1804, como por el Congreso colombiano en 1825, y por el mismo Libertador en 1827, no se logró poner fin a la vieja costumbre, hasta el año de 1837 en que el Congreso dispuso castigar con fuertes multas a los que sepultaran cadáveres en las iglesias y con la suspensión a los sacerdotes que permitieran tal cosa, y no obstante esas prohibiciones, en junio de 1838 se enterró en la iglesia de la Candelaria a don Ventura Ahumada, Alcalde que fue de la ciudad en los primeros tiempos de la Independencia y que contribuyó a mejorar las calles y a establecer un servicio de policía para el aseo y ornato de ella.

Los planos del nuevo cementerio que se construyó al Noroeste de la ciudad, sobre el camino de Engativá, se hicieron por el señor Pío Domínguez. La capilla la ejecutó el señor Nicolás León que había trabajado en la Catedral como sucesor del arquitecto Petrez, y fue costeada por el Arzobispo señor Caycedo y Flórez, en 1839.

Diariamente el cementerio ha sido enriquecido con monumentos funerarios muy variados y se ha ensanchado de acuerdo con las necesidades de la población.

La portada fue modificada por el señor Lombana, quien le quitó el aspecto pobre que antes presentaba, y supo darle mayor interés al conjunto arquitectónico, según aparece en la actualidad.

MERCADOS.—Leyendo algunas crónicas antiguas, parece que la pla-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

zuela de San Francisco, hoy de Santander, sirvió durante alguna época de plaza de mercado; y que éste, después se trasladó a la Plaza Grande, hoy de Bolívar. Así lo hace ver el grabado de una vista tomada en 1850 (figura 12) que concuerda con la relación que hicieron algunos viajeros que visitaron la ciudad por ese tiempo. Era aquello un conjunto abigarrado que se reunía los viernes de cada semana y en donde se mezclaban todas las clases sociales, del campo y de la ciudad, desde la elegante dama que salía a verificar sus compras hasta el indio de los páramos fríos, envuelto en su chircate, o el calentano socorrano, de poncho de vistosos colores «un cuadro caprichoso al que dan grande originalidad sacerdotes y monjes de diferentes órdenes, quienes mezclados a los grupos de mujeres, conversan familiarmente con éstas» (Lemoyne).

Los productos abundantes de nuestros climas, tórrido y templado, estaban bajo el abrigo de grandes toldas de lienzo, como las que aún se ven en los lugares que carecen de mercado cubierto.

Por ese tiempo, el señor Juan M. Arrubla compró a las monjas del extinguido convento de la Concepción los solares espaciosos que rodeaban esa parte de la ciudad, abrió la calle de La Ropa, hoy carrera 10, y celebró un contrato con el Distrito, el 18 de octubre de 1861, sobre construcción del mercado cubierto, obra que estaba muy adelantada en 1864, como lo hace ver la placa de mármol que existe aún sobre la calle 11.

Por muchos años prestó este local servicio a la ciudad y permitió establecer un mercado diario. En 1898, el Municipio pensó en reedificar el edificio, y al efecto abrió un concurso entre los arquitectos para la presentación de un proyecto que reemplazara el antiguo mercado. Por motivo de la guerra que estalló en el año siguiente, no pudo principiarse, la obra de acuerdo con las bases del concurso y por los planos que hizo el señor Murat Romero, arquitecto español, que había llegado por entonces a la ciudad y fue favorecido entre nueve concursantes. Más tarde, la Municipalidad comisionó al señor Lombana para que elaborara un proyecto de mercado, que fue desechado por defectuoso, pues no se había tenido en cuenta el desnivel del terreno. El señor Lelarge, arquitecto francés, fue entonces comisionado para hacer un nuevo estudio de mercado y al efecto presentó un bello proyecto que, con todos los trabajos anteriores, de que se ha hablado, se perdió en la noche del incendio de la casa municipal que ocurrió en 1900.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Más tarde, debido al interés del ingeniero señor Joaquín Fonseca, Director de Obras Públicas del Municipio, se demolió la galería occidental de la plaza y se construyó una nueva, de dos plantas, de acuerdo con los planos que había elaborado y que, sin causa justificativa, objetó el Concejo.

Posteriormente, por los planos del señor de La Cruz, se continuaron los trabajos en la galería oriental, los cuales están bastantea delantados y permiten juzgar que el conjunto quedará muy defectuoso, pues aquéllos son diferentes del proyecto de Fonseca.

Mercado en la Plaza de Bolívar en 1850

(Fig. 12)

MERCADO DE CARNES.—Los ingenieros Sres. Alejandro Manrique y Zoilo Cuéllar, elaboraron un proyecto de Plaza de Mercado de carnes, que fue aprobado y se ejecutó sobre la calle 10 y la carrera 11. Es un edificio elevado y bien apropiado para el fin a que está destinado. Tiene cuatro pabellones con cubierta metálica, soportada por columnas de fundición, bajo la cual se hallan las mesas de expendio, hechas de mármol y hierro. En el centro, hay un cuerpo de dos pisos para el veterinario y la administración de la plaza. Tiene servicio de aguas y escusados.

MERCADO DE LAS NIEVES (fig. 13).—Hace ya algún tiempo, allá por el año de 1892, se pensó en construír un segundo mercado cubierto, que diera facilidades a los habitantes de los lejanos barrios del sur de la ciudad y descongestionara un tánto la plaza de La Concepción, insuficiente para el numeroso público que concurría en los días de mayores ventas. El Gobierno llegó hasta obtener en compra un lote de terreno por los lados de la carrilera del Ferrocarril del Norte, en donde se construyó después el parque Vaccinogeno.

Más tarde, en 1902, el Gerente del extinguido Banco denominado El Fondo Agrario, señor Eduardo Gerlein, organizó la empresa del mer-

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
FONDO
GERMAN Y GABRIELA ARCINIEGAS

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

cado, y, al efecto, celebró con la Municipalidad de Bogotá el contrato de 7 de marzo de 1904, que corre publicado en el *Registro Municipal,* número 950.

Obtuvo así un privilegio para explotar la obra durante 45 años, que principiarían a contarse desde la fecha en que fuera dada al servicio público. Vencido el término del privilegio, vendería el mercado al Municipio, con el cincuenta por ciento de descuento del precio del avalúo, pero si éste no lo compraba, continuaría prorrogando el plazo por períodos de cinco en cinco años, hasta completar 55 más de usufructo, con derecho a vender la empresa con un descuento cada vez mayor hasta que, al finalizar el último período, pasaría el mercado a poder de la Municipalidad, libre de gravamen y sin indemnización de ninguna clase.

El nuevo edificio se levantó en un lote espacioso situado sobre la calle 20, de propiedad del Cabildo, entre las carreras 9 y 10. Los trabajos comenzaron el 1.º de agosto de 1905 tan pronto como fueron aprobados por las dos partes contratantes los planos y estudios de la obra, que elaboró el autor de estas líneas, en su carácter de ingeniero director. Como maestro de albañilería quedó encargado el señor José Amigó, empresario catalán.

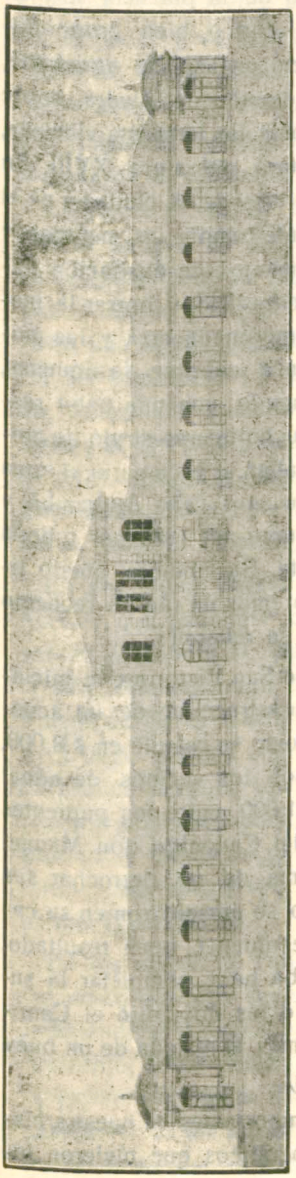
La disposición que se le dio al mercado es bien sencilla: se compone de tres pabellones paralelos de tiendas y puestos separados entre sí por galerías y calles espaciosas, los cuales se hallan comunicados por pasillos cubiertos, transversales. En cuanto fue posible se procuró disimular la forma irregular del terreno, defecto que es muy común en el barrio de Las Nieves y que poco preocupó a los arquitectos que levantaron otras construcciones en aquella parte de la ciudad, que están a falsa escuadra con las calles respectivas y producen un efecto deplorable.

En la fachada se trató de buscar algún efecto arquitectónico dentro de los límites que imponía un presupuesto moderado: embebidas en el lienzo de muralla de ladrillo prensado, que reposa sobre un zócalo de piedra labrada, hay una serie de pilastras que soportan un entablamento y un ático, corridos a lo largo de todo el edificio. En los extremos de la fachada principal hay frontones circulares, y en el centro de la misma, con el fin de quitar la monotonía de la línea horizontal, se levanta para la administración un tramo de dos pisos coronado con un frontón circular y un vaso.

Por espacio de veinticuatro meses estuvieron los trabajos estableci-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

dos y durante ese tiempo se levantó hasta la altura de la cubierta el pabellón sur, se dejó el central bastante adelantado, se hicieron los drenajes y alcantarillado de las calles interiores. Por desgracia, la Compañía se vio envuelta en dificultades financieras que le impidieron terminar la obra, y los trabajos quedaron suspendidos más de dos años. En 1910 la Municipalidad, para solucionar ese estado de cosas, resolvió entrar en posesión del lote y comprar a la empresa los materiales por la cantidad de $ 15,000 en que fueron avaluados.



Plaza de Mercado de Las Nieves (*Fig. 13*)

Debido al interés que tomó la Sociedad de Embeliecimiento, se logró la ayuda pecuniaria de una Casa bancaria de la ciudad, la cual dio en calidad de préstamo la suma que fue necesaria para concluír el mercado. Los trabajos comenzaron de nuevo bajo la dirección de la Oficina de Ingeniería del Municipio, y se terminaron de acuerdo con los planos aprobados. Para la administración de los producidos se formó una junta de caballeros nombrados por la Casa bancaria y el Municipio.

Las entradas por alquileres se han calculado en $ 1,000 por mes, o sean 12,000 al año, suficientes para atender a la administración de la plaza y cubrir los intereses y el fondo de amortización del empréstito.

MERCADO DE CHAPINERO.—En este barrio también se ha hecho un pequeño pabellón cubierto que sirve de mercado el día jueves de la semana y se piensa ensanchar en la actualidad.

En 1850, ya estaban en ruinas el Palacio de los Virreyes y el Tribunal de Justicia, destruidos por un incendio, así como otros edificios, que ocupaban el costado Sur de la Plaza principal, en donde más tarde se levantó el Capitolio.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

La última obra del estilo que pudiéramos llamar colonial, se inauguró el 22 de agosto de 1803 y duró en servicio cerca de un siglo. La ejecutó Fray Domingo de Petrez junto con la cañería que de ella depende, hecha en atenores de barro cocido para conducir las aguas desde el riachuelo del Arzobispo hasta el centro de la plazuela hoy de Nariño. Vamos a referirnos a ese viejo pilón dórico, bien proporcionado, que presentaba hasta la altura del caveto un aspecto agradable, aun cuando su coronamiento era un estéril montón de piedra, sobre el cual se erguían un farol y cuatro vasos rotos de terracota vidriada, motivo ornamental muy usado en la arquitectura del siglo XVIII. En uno de sus frentes, ostentaba el escudo de armas de la ciudad y en el opuesto, había una lápida memorativa que interrumpía las metopas y triglifos y conservaba las huellas que en momentos de exaltación patriótica dejara el ardor bélico al respetar la cifra JHS y borrar la inscripción. El basamento casi destruído, la desmoronada taza y los muros agrietados por el tiempo que principiaban a cubrirse de líquenes, hicieron que se apresurara su demolición, cuando con una hábil restauración hubiera podido conservarse. Por mucho tiempo sirvió de animado fondo a grupos de fontaneras que llevaban al vecindario el agua de la fuente, en cántaros rojos, que recogían con caña de bambú y embudo de cuerno. La instalación del acueducto en 1888 por tubería de hierro en la ciudad hizo ya inútil la fuente. Su nombre quedó ligado a la historia de Bogotá, por lo cual haremos un rápido recuento de algunos hechos importantes que con ella se refieren:

«Careciendo de aguas potables el barrio de San Victorino, la iniciativa particular de los vecinos promovió la construcción de un acueducto, obra de grande utilidad pública, cuyo costo se calculó en $ 8,000, que debía reunirse por suscripción entre todos los vecinos de aquel cuartel. Habíanse recaudada poco más de $ 1,000 entre los pudientes del barrio, sin haber llamado a las puertas del Canónigo don Manuel de Andrade (alias «El Buey»), quien tenía fama de no derrochar sus dineros, que no eran escasos. En último caso se presentaron en su casa los recaudadores, con poca confianza de obtener buen resultado. Preguntóles el Canónigo cuánto dinero faltaba para completar la suma presupuesta y dijéronle que $ 7,000.—«Yo los doy, dijo el Canónigo, porque es bueno que sepan que pesa más la majada de un buey que la de mil golondrinas» (Ibáñez, *Crónicas).*

El pequeño monumento presenció hechos importantes de nuestra historia, entre otros, los primeros retozos democráticos que tuvieron lu-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

gar en 9 de enero de 1813, entre las tropas del Presidente Nariño y las del Congreso, a órdenes del Brigadier Antonio Baraya.

Más tarde, en 1814, las fuerzas, del Congreso a órdenes de Bolívar, llegaron en 7 de diciembre a la hacienda de Techo, a unos ocho kilómetros al Occidente de la ciudad y como el dictador Alvarez ejercía el poder y se denegaba a que Cundinamarca quedara sometida al Gobierno de la Unión, atacaron por el Sur y ocuparon el barrio de Santa Bárbara. El combate se generalizó al siguiente día y los sitiados quedaron reducidos a la Plaza Mayor. El doce, capitularon y se sometieron al Gobierno federal.

«Algunos incidentes de esta lucha civil, que por segunda vez manchó de sangre las calles y plazas de la ciudad, merecen consignarse en la Historia de la capital. El Coronel francés Manuel Serviez dirigió el ataque por San Victorino, y dueño de la plaza de este nombre, quitó una lápida que allí había puesto Nariño para perpetuar la memoria del combate del 9 de enero de 1813. El Coronel Fernando Carabaño, venezolano y mártir de la patria en 1816, atacó la ciudad por el Norte; el Coronel Salvador Cancino, bogotano, fusilado en Cartagena en 1816, dirigió la artillería en el paseo de la Agua Nueva, y Bolívar, personalmente, mandó las fuerzas que tomaron el barrio de Santa Bárbara» (Ibáñez, *Crónicas).*

En esa fuente abrevó en 4 de mayo de 1816, parte del Ejército de Serviez que pasó por Bogotá, huyendo de las tropas españolas que venían picándole la retaguardia. «Entraron cerca de 400 hombres por la Alameda, siguieron por la calle de Honda y Carnicería, a salir al Puente de Santa Catalina y tomaron el camino de Une para Cáqueza». El 5 llegó Serviez con la infantería y en medio de los dos primeros batallones llevaban la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, que pasaron con gran precipitación, directamente de San Diego a Santa Bárbara y siguieron para Cáqueza, en donde los españoles la recuperaron y trajeron después a la ciudad, con cerca de doscientos prisioneros» (Caballero).

En los muros de calicanto de esta fuente se estrellaron los ecos de las descargas que segaron la vida de tántos próceres y mártires de la Independencia, fusilados en la época del terror, en el puente de San Victorino, en la Huerta de Jaime, en la plazuela de San Francisco, en la extremidad de la Alameda y contra el mismo pilón, donde arcabucearon, el 13 de agosto de 1816, al doctor José Ayala, y en los siguientes días al Teniente Coronel don José Antonio Vélez, al Capitán

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

José María Ordóñez, a los señores Juan A. Monsalve y Manuel Cifuentes, al Capitán español Francisco Aguilar, al negro Bernabé González y a varios otros mártires.

Presenció el 25 de octubre de 1816 la ridícula escena que tuvo lugar en la plazuela de que habla Caballero, así: «En este mismo día se hizo una hoguera en la plaza y a las once vinieron todos los inquisidores y en medio de ellos traían un carro lleno de todos los papeles así manuscritos como todos los impresos que habían salido en tiempo de la Patria, como fueron sermones, gacetas, bagatelas, boletines y demás.... En la punta de una vara traían el retrato de un colegial, que era el del doctor don Frutos Gutiérrez, colegial de San Bartolomé, y lo echaron en la hoguera, junto con todos los papeles, y mientras se hizo este sacrificio tocaron las campanas a descomunión».

Eliminados brutal y estúpidamente por las tropas españolas los altos exponentes de cultura, no satisfechas de su labor cruel, desatentas al llanto de las viudas y de los huérfanos que sumieron en hondo dolor, se entregaron a un pillaje vergonzoso.

Veamos lo que sobre el particular informaba el Virrey don Francisco de Montalvo, en su *Relación* de fecha 30 de enero de 1818, hecha a su sucesor don Juan Sámano:

«Estas provincias recibieron un golpe mortal con la revolución pasada y la guerra civil, que no cesó entre los mismos rebeldes, ni aun con la llegada del Ejército expedicionario. Este ha sido preciso y muy justo que haya subsistido a costa del país. Mas después de reducido a la obediencia de S. M., ha tenido contribuciones exorbitantes impuestas por el General Morillo: 30,000 pesos a la del Chocó, según consta del número 4; 20,000 a la de Antioquia, como verá V. E. por el número 5; otro tanto a la del Socorro y Popayán, según aviso de sus Gobernadores, que corren agregados a expedientes, fuéra de muchos donativos de caballos y dinero para vestuarios y de las multas pecuniarias a diferentes individuos ricos de Santa Fe y otras partes, de que están llenas las gacetas de aquella capital; todo lo cual ha pasado a la Tesorería del Ejército expedicionario, con más el producto de las rentas provinciales, que se han mandado subir.... A esto se agregan las ejecuciones de más de 7,000 individuos de las principales familias del Virreinato, que han sido pasadas por las armas por sentencia del Consejo permanente a órdenes del General Morillo, unos delincuentes y otros no tánto, los cuales quizás hubiera convenido más al servicio del Rey deportarlos para siempre de su país, a donde

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

no pudieran perjudicar, después de haber hecho algunos ejemplares en cabezas principales de la revolución. El concurso de las causas referidas infaliblemente ha de producir el descontento y desesperación en los pueblos, y de las consecuencias de este descontento es de las que no me toca responder. Lo haré sí en cualquier caso de mis acciones, pero nunca de las resultas del estado de encono en que dejan el Virreinato».

El 20 de noviembre de 1818 «se fue el General Morillo para el Norte: llevó un lucido cuerpo de caballería y 20 negros montados de guardia de honor, muy bien vestidos y sobre 1,500 reclutas. En todo el tiempo que Morillo estuvo en esta capital salieron para el Norte once mil cargas de diferentes cosas, como víveres, pertrechos, vestidos, plata y otras cosas, y así acabó con bestias y cuanto pudo» (Caballero. *En la Independencia).*

No sería raro que parte del desfile que llevaba los trabajos de la Comisión botánica, pasara por en frente de la pila, en camino hacia la Alameda, construída ya desde la época del Virrey Ezpeleta, para dar a la capital del Reino una entrada que le correspondiera y sirviera de honesto recreo y desahogo al público.

Saltando casi un siglo de vida de la República, llegamos al año de 1907, en que fue demolido el pilón y se sustituyó con una elegante fuente de bronce, que duró allí tres años, y se trasladó después a la plaza de Las Cruces. En su reemplazo se erigió, para rememorar el Centenario de 1810, la estatua de bronce del Precursor de la Independencia, hecha en París por Fourquet. Parece que el escultor francés hubiera querido interpretar ese momento en que, el ilustre bogotano, que se encontraba preso en la ciudad de Pasto, se presentó en frente del pueblo amotinado, que deseaba asesinarlo.

«Esto duró hasta un día en que, a tiempo que le servían la comida, sonaron gritos: «La cabeza del insurgente, del bandido Nariño!» Este salió al balcón y arrojando a la plaza el cuchillo con que se servía, gritó: «Aquí tenéis a Nariño: quien quiera su cabeza, venga a cortarla!» (Quijano Otero).

El artista no estuvo muy feliz en su interpretación. La estatua tiene una actitud dura, demasiado teatral. Parece que quisiera emprenderlas contra el Gobierno español a moquete limpio. El ingenio bogotano ha inventado una leyenda acerca de las estatuas últimamente inauguradas en las plazas y jardines públicos: Caldas, busca la cartera que ha perdido. Nariño, exclama con ímpetu, al mismo tiempo que levanta la solapa de su casacón: Yo no tengo la Cartera de Caldas!

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Llegamos ya a una época en que los muros de los edificios se salpicaron con la sangre de los próceres que inmoló la Revolución. Es indudable que la emancipación fue apresurada por la política que adoptaron el pacificador Morillo y sus tenientes, quienes a golpes de sable rompieron los lazos que unían a España con sus colonias. Por la rápida enumeración que hemos hecho podrá verse que la Corona prestó especial atención a su labor política y administrativa en América: fomentaba la instrucción pública y fundaba universidades; propendía por el adelanto material, social y moral de sus colonos; dictaba disposiciones humanitarias y equitativas que arrancan desde la época de Carlos V, a fin de proteger la raza indígena contra la rapacidad de los conquistadores; apoyaba los estudios científicos y daba su aprobación a las medidas que adoptaban sus gobernadores para abrir bibliotecas, establecer imprentas, organizar expediciones científicas que estudiaran las ciencias naturales, propuestas por distinguidos mandatarios, como el Virrey Ezpeleta, de ideas avanzadas, quien pidió la supresión de los monopolios y que se fomentaran las industrias fabriles. No habría habido causa mayor que indujese a los patriotas a sacudir el yugo y libertarse de él.

Es cierto que ya en 1780 se había producido el descontento de algunos pueblos con el aumento de los impuestos y la imposición de otros nuevos, que los lanzó a la insurrección, pero es indudable que la idea de libertarse de la Madre Patria sólo bullía en la mente de algunos intelectuales que más tarde, en 1794, iniciaban la revolución, encabezados por Nariño.

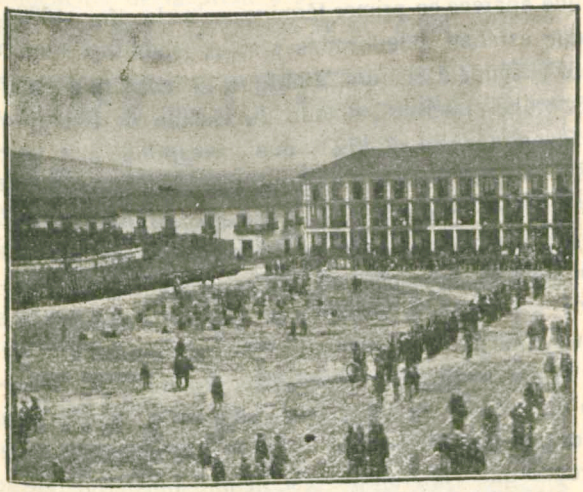
Los patriotas de 1810, modestos en sus aspiraciones, pedían solamente la igualdad; que se les diera mayor participación en el Gobierno y que éste fuera independiente, pero con sujeción a España. Dos años después, proclamaban la República democrática, pero las disenciones internas que ya habían surgido por adoptar la forma más conveniente; los gastos que era necesario hacer para sostener un Gobierno que estaba en manos inexpertas; la natural desorganización de las rentas; el temor y la vacilación de la mayoría, habrían sido suficientes motivos para hacer desistir a la intelectualidad directiva de empresa tan arriesgada como era la de asumir por sí solos la responsabilidad en la dirección propia de los ramos del Gobierno. La obra de exterminio que contra el parecer del Virrey Montalvo, residente en Santamarta, implantaron los sargentones, vencedores en Bailen y Saragoza, hizo apercibir a los colonos a la defensa común, y fue así como el

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

7 de agosto de 1819 se inició en Boyacá la serie de grandes triunfos que aseguraron definitivamente la independencia de cinco naciones, gracias a la firme y tenaz voluntad del Libertador y de sus colaboradores, que lucharon durante catorce años contra el poderío español hasta vencerlo.

Cerramos aquí el paréntesis que hemos abierto y continuaremos con la historia de la arquitectura durante la República.

Organizado el Gobierno por el Vicepresidente Santander, mientras el Libertador continuaba la campaña por el Norte, el 17 de diciembre de 1819, quedó constituída la República de Colombia y se dispuso quitarle a Bogotá la adición de Santafé. El progreso de la ciudad parece que se detiene, después de la magna lucha de la Independencia y por el estado general de pobreza que sobrevino. Algunos años después, el Sr. Juan M. Arrubla adquirió la casa que había servido de seminario y que fundó el Arzobispo Lobo Guerrero en 1605, la arregló convenientemente y la vendió al Gobierno, en 1828, para que sirviera de Palacio, pues el antiguo, que estaba situado en la Plaza principal, había sufrido con los temblores de esa época. Bolívar pudo habitarlo cuando regresó al país, después de la campaña del Perú. *



Galerías de la Plaza de Bolívar en 1860
(Fig. 14)

El señor Arrubla era, más que arquitecto, un acaudalado comerciante que compraba fincas raíces para reedificarlas y venderlas. Así es que su nombre figura entre las obras más importantes que se hicieron en la primera mitad del siglo pasado, como la plaza de mercado, los cimientos del Capitolio, la construcción de los portales o galerías (fig. 14) que se incendiaron en 1900, edificó también el edificio para la Sociedad

* La historia de todos estos edificios y de otros más, de la época colonial, puede verse detalladamente en «Narraciones» de Posada.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

de Educación Primaria, en el solar contiguo al Observatorio, en donde se levantó más tarde el Teatro Municipal; hizo algunas reparaciones en el Palacio viejo y en la Quinta de Bolívar y propuso al Concejo la construcción de un acueducto público. Durante ese tiempo no hubo en la ciudad sino maestros de obras que no supieron conservar la buena escuela española de construír, según lo hizo notar más tarde Reed.

Retirado el mercado de la Plaza principal, ésta adquirió un aspecto decente, como se ve en la figura 15, que nos muestra los edificios coloniales que la circundaban por aquella parte y que corresponden a diferentes épocas. En efecto; en la clave del arco de la portada de la Capilla del Sagrario, que aparece en primer término, se ve la cifra «1689». Sus dos espadañas que estaban deterioradas por los temblores, fueron reparadas en 1904 por el señor Alejandro Manrique. La casa que sigue lleva bajo sus dos frontones laterales, al lado del escudo de España y en letras de oro, la leyenda «Año de 1793» que corresponde a la época en que fue reedificada dicha casa por Esquiaqui. Los portales se aprovecharon más tarde para almacenes, y el extremo sur se reedificó hace poco. En el fondo, a manera de fortaleza medioeval, aparece la soberbia construcción hecha desde 1605 por el Padre Coluccini que sirve de colegio de los Jesuítas, desde 1888, en que volvieron al país después de su tercera expulsión que ocurrió en 1861. Los cimientos del Capitolio se estaban principiando a hacer sobre las ruinas de lo que había sido el primitivo Palacio de los Virreyes que deterioró un terremoto ocurrido en 1875 y destruyó totalmente un incendio en el año siguiente. Aun cuando los Virreyes que vinieron por ese tiempo, quisieron que se reconstruyera nuevamente el edificio, como lo demuestra el hecho de que tanto Esquiaqui como Cabrer, fueron comisionados para elaborar los proyectos correspondientes, que se mandaron a la aprobación del Rey, los albores de la Revolución impidieron que la obra se realizara. Para suplir la falta de este edificio, el Gobierno colonial tomó en arrendamiento una casa particular, situada en la Plaza, en frente de la Catedral, cuya historia se halla ligada a los últimos acontecimientos del Virreinato y primeros de la República. (Véanse «Narraciones» de Posada).

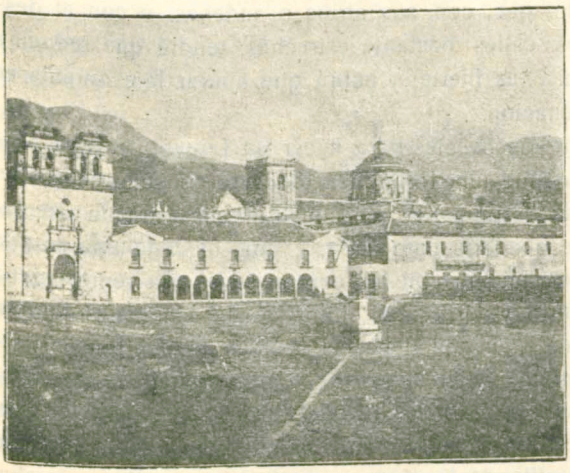
Fue solamente hasta 1846, durante la progresista administración del General Mosquera, cuando se pensó en levantar, para casa de Gobierno, un edificio digno de la misión a que se le destinaba, y por ese motivo nos extenderemos un tanto sobre su historia.

Arranca ésta del 17 de marzo de 1846, fecha en que el Congreso,

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

por medio de una ley, dispuso que se llevara a cabo la construcción de un edificio destinado para despacho de los altos poderes nacionales, y apropió para tal efecto la partida anual de $ 20,000, junto con el valor de los bienes raíces nacionales existentes en la capital, que, a juicio del Poder Ejecutivo, fuera necesario vender, para atender a los gastos que exigiera la obra.

El Gobierno contrató entonces los servicios del arquitecto dinamarqués señor Tomás Reed, natural de Santa Cruz, quien vino a Bogotá a encargarse de la elaboración del proyecto del edificio referido. La colocación de la primera piedra tuvo lugar el 20 de julio de 1847, según aparece en la *Gaceta de la Nueva Granada*, número 902, y a la ceremonia concurrieron el Presidente de la República, General Tomás C. de Mosquera, iniciador de la obra; el Arzobispo, señor Manuel J. Mosquera; los Secretarios de Estado: señores Alejandro Osorio, de Gobierno; M. M. Mallarino, de Relaciones Exteriores; Joaquín M. Barriga, de Guerra, y Florentino González, de Hacienda; el Gobernador de la Provincia; los miembros de la Corte de Justicia; las autoridades administrativas y militares, y varios particulares. La nueva obra quedó emplazada en el sitio que ocupaban el Palacio viejo y la Audiencia, en el costado sur de la plaza principal, hoy de Bolívar. Los cimientos fueron contratados con el señor Juan Manuel Arrubla, y se terminaron en junio de 1851, con un costo de $ 236,000.



Plaza de Bolívar en 1860 (*Fig. 15*)

Para formarnos cabal idea de las razones que el arquitecto tuvo en cuenta para concebir su proyecto, reproducimos el informe que rindió por aquellos tiempos al Gobierno, con una parte del que expuso el señor Rafael Pombo, al dirigirse en 20 de febrero de 1882 al Ministerio de Fomento, y que a modo de introducción le sirve. Dice así:

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

«Tengo ahora el honor de invitar al señor Secretario de Fomento a que, retrocediendo hasta el año de 1847, acompañemos a nuestro campechano amigo el señor don Tomás Reed a trazar su Capitolio con arreglo a los principios de maestros y de hombres de cultivadísimo gusto que dejo arriba extractados. Como ni el señor Secretario ni yo somos facultativos en el arte, le cederemos la palabra:

«Me piden un capitolio, un palacio republicano que proporcione decente alojamiento a todos los altos poderes nacionales: al Congreso, con sus dos Cámaras, a la Corte Suprema, más el Tribunal del Distrito de Cundinamarca, el Registrador y los Escribanos, al Presidente de la República y su familia, y a los cuatro departamentos o Secretarías del Poder Ejecutivo, con sus dependencias. No cuento sino con un cuadro de 108 metros de lado, que, con sus atrios o andenes, y con el desahogo que exigen tres calles bastante estrechas, tendré que reducir a unos 96. El compromiso es fuerte, y habrá que apurar la economía en la distribución y ordenación.

«Tampoco hay recursos fiscales para hacer un Louvre, y sería censurable y aun ridículo que una República modesta consumiese sus tesoros, como la Francia de Luis XIV, en construír una obra de ostentación y regalo, que se quedaría empezada, y que, ni concluída, podría competir en lujo de ornamento con las europeas. Ni ella representaría bien a un pueblo sobrio y viril, a los hijos de la estoica Colombia, libertadora de un mundo; ni conviene cebarlos en lo superfluo cuando todavía carecen de mucho de lo necesario. La sobriedad, la severidad republicana, la entereza de carácter de que tánto ha menester un pueblo reducido y modesto para luchar con los poderosos, estas cualidades determinarán el estilo de la obra, y por fortuna se alían estrechamente con la dignidad y majestad que debe respirar el primer templo civil de una nación.

«El centro, lo más importante del edificio, corresponde al Congreso, suprema representación del pueblo soberano. Para las inauguraciones presidenciales y demás grandes ceremonias en que interviene el Cuerpo Legislativo, preciso es que su local sea muy accesible y quede a la vista del delegante; pero como sólo dos o tres meses por año dura reunido, bueno será que aquél no embarace para el fácil acceso y trajín perpetuo de las demás oficinas. Estas varias condiciones no se llenarán sino poniendo delante del Congreso o recinto central un grande atrio o un patio que lateralmente dé entrada a los restantes departamentos.

«El palacio del total Gobierno de una República es, en lo civil, *la*

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

casa de todos; ésta debe ser *la expresión* de mi obra. Nada pues de aislada cárcel, ni de hosca fortificación, ni de alegre teatro; nada tampoco de iglesia, toda vez que no tratamos de fábrica religiosa. Queda abierto ese atrio o ese patio, como una inmensa puerta por donde entre, con derecho de amo en su casa, toda la República.

«Sin embargo, la solidez y resistencia exigen que ligue las dos alas; y el pueblo soberano manda, al mismo tiempo, que haya policía, y que se tenga buen cuidado de sus fincas. Pongamos pues allí una hermosa columnata, más imponente y fuerte cuanto más densa; como los estribos redondos facilitan la circulación, de preferencia a los rectilíneos, por las siete calles de aire y de luz de unas tres o cuatro filas de a seis columnas, más sus tres calles longitudinales, se entrará y circulará libremente; y cubriendo este pórtico, añadiremos a la casa principal de Bogotá aquella comodidad que suele abundar en las capitales, y que hace aquí notable falta, la de verdaderos pórticos cubiertos. De noche cierra las entradas una séptupla verja levadiza, como cerraban el pronaos del templo de Júpiter Olímpico en el Peloponeso.

«Habrá un solo piso alto, ya veremos por qué; y por lo menos dos escaleras en ese costado del edificio. Para ahorrar pasos y encontrones, tengo que ponerlas tan próximas a la plaza cuanto sea posible y a uno y otro lado del pórtico; pero como queda tan cerca de la plaza, este precioso medio de ascensión, o de escape en caso de motín, y como una escalera es el miembro más expuesto y frágil, las cubriré completamente con un par de robustos macizos, que me harán, al mismo tiempo, el gran servicio de rematar fuertemente las dos alas en donde el muro se interrumpe, y los servicios de resguardar la columnata y de resistir el empuje de sus dovelas. Item, si me conviniere un segundo cuerpo sobre la columnata, lo resguardarán también, o ayudarán a cargarlo.

«Ahora que digo motín, los motines pueden pasar a mayores, y aquí no hay mucha policía y cuidado de los bienes públicos, y la piedra y el plomo suelen zumbar en América, y aun en Europa, contra los palacios. Para mejor resguardo de mi columnata, en la cual el menor descalabro sería irreparable, y para que al menos los proyectiles del Este y del Oeste no la ofendan, avanzaré un tánto los macizos o machones, y así también podrán ser más robustos, sin perjuicio de la amplitud de unas escaleras de doble tramo, cada tramo con su puerta en frente. En el cuarto bajo de éstas se guardarán de día las verjas levadizas.

«Hay un desnivel considerable de Norte a Sur y mucho mayor de Este a Oeste. Alejemos del tumulto todo lo posible a la familia del Presidente; situemos su mansión detrás del Congreso, con la entrada al

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
FONDO
GERMAN Y GABRIELA ARCINIEGAS

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

centro de la fachada meridional, y aprovechemos el desnivel para servidumbre y caballerizas, y aun para la cuadra de su guardia armada, por si la necesitare; con lo cual, añadiendo bajo el nivel general un piso, tenemos mucho espacio ahorrado. Gracias a este desnivel, aseguraré buena luz y ventilacion, con grandes puertas y rejas, a criados, soldados y caballos.

«La venerable Corte Suprema exige a su turno lejanía del bullicio y tranquilidad para sus sentidos como para su conciencia. Aquí las sitúo higiénicamente en los altos de frente al muro ciego de Santa Ciara, y en sus bajos respectivos las Escribanías o Notarías; y aún queda espacio para el Tribunal de Cundinamarca.

«Dando el resto del costado occidental, y casi todo el de Oriente, y las dos alas del frente principal a las cuatro Secretarías de Estado, aquí tienen ustedes la planta de su Capitolio, perfectamente simétrica, en patios agradablemente graduados y con perfecta correspondencia o comunidad en todos sus ejes, de patios, piezas, intercolumnios, entrepilastras, vanos y macizos, puertas y ventanas. En la disposición vertical, la misma correspondencia.

«Para acomodar a tánto servidor de la patria, me ha convenido, como ustedes lo ven, sacar dos antecuerpos centrales, al Este el uno y al Oeste el otro, que ofrecerán a la vista variedad menuda (no de menudencias) por sus costados. A Su Excelencia el Presidente le hago en el centro un pórtico elegante, pero que no me debilite el muro; y sobre sus columnas, y quizá por entre ellas, un espléndido balcón en lo alto, en donde respire aire más fresco y puro que el de sus reducidos patios, y embalsame a sus amigos con la fragancia del arbolado y jardines de enfrente, que trazaremos más tarde.

«Para mayor variedad, y en uso de la racional libertad del arquitecto en materia de plantas, al Norte o Plaza de Bolívar no saco antecuerpo fuéra del corto saliente de los dos guardianes de la columnata y escaleras. Le confiero una distinción de más importancia. El hospitalario Templo del Derecho muestra allí el corazón hasta el fondo, y abre sus dos brazos como para llamar y estrechar a su pueblo, al través de la aérea y luminosa columnata y de la fuente que en las horas del sol refrescará el ambiente del patio. Así el exterior, a la vez que mostrará no interrumpida la preciosa horizontal dominante, no enmarcará, sino que revelará, *como es debido*, la gran configuración interior: y ya saboreo con delicia el efecto que hará aquello cuando cada nuevo Presidente, rodeado del Congreso y de sus amigos, se presente al pueblo que colme la plaza y le haga oír su voz con un saludo o con

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

el discurso inaugural, desde la orilla del pórtico, cortesía de rigor en la República modelo. Y saboreo con encanto la mágica iluminación de toda esa gloriosa ensenada y de ese clásico bosque de piedra en las noches de fiesta patriótica; y escucho la música que desde allí se verterá como cascada de armonías, arrullando en su inspirado sueño de bronce al padre de la Patria. En mi calidad de Vicepresidente de la Sociedad Filarmónica de Bogotá, y propenso como soy a amar todo lo amable y entusiasmarme por todo lo grande y heroico, cuenten ustedes con que yo desempeñaré, con fervor de neogranadino, la parte que quieran asignarme en estas celebraciones. Mi corazón está aquí....

«También es entrante el centro del frente principal del Capitolio de Washington; pero tengo otra razón muy fuerte a favor de mi pórtico hospitalario y republicano. La Plaza de Bolívar pertenece única y exclusivamente a la ciudad y generoso pueblo de Bogotá. No peca de espaciosa; ya se le ha cercenado un tajo considerable por el Occidente para unos portales nada arquitectónicos; y en compensación de este daño, lejos de sustraerle otro espacio u obstruírle otra calle con un egoísta pórtico saliente, deseo que lo obsequiemos allí, a todo el largo de la fachada y volteando por los costados, con un atrio continuo, un altozano más—presente de mucho valor para una ciudad como ésta, donde los frecuentes y traidores aguaceros han establecido el paseo lo más cerca posible de los hogares. Nuestro altozano, aunque menos ancho, tendrá la ganga del contiguo pórtico entrante y galerías del patio, todo cubierto. ¡Plática y chistes bajo pórticos, fruición clásica griega!

«La Cámara de Representantes se hospedará encima del Senado por la tiranía del espacio y por los muros de recinto menor que el Senado necesita. Estas curvas entrantes y buenos cielos y muros espero que les proporcionarán las condiciones acústicas de que carecen la Cámara de Washington, el Senado español y otras Asambleas poderosas. Queda al Senado un decente vestíbulo, y en este ramo de atrios, vestíbulos, etc., en cuya disposición hay variedad y libertad grandes, no se quejará nuestro Capitolio. El de agua y desagües, ustedes ven que está suficientemente provisto. Los techos serán ligeros, de metal.

«Cuatro pésimas cosas observé en Bogotá desde mi llegada, y las he tenido muy presentes: rastros de terremotos o temblores en casi todos los mayores edificios, y particularmente en esta plaza; malos materiales de construcción (excepto la piedra), ya por su naturaleza, ya por la incuria con que ustedes han dejado perder la insigne escuela de edificación española, pues España es la heredera de Aníbal en

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

rocas de tierra pisada y de Roma en puentes y acueductos indestructibles, y sus escaleras son las mejores del mundo. Item, veo que ustedes en sus revoluciones nada respetan, y que en punto a urbanidad callejera, a piedad con las obras públicas, no solamente los pilluelos sino aun los personajes, son iconoclastas sin conciencia ni corazón. Por consiguiente, no pondré azoteas a donde suban cañones que hundan mi trabajo; los muros serán tan espesos como el espacio y recursos lo permitan, y un sencillísimo exterior, conforme decíamos antes, presentará los menos dijes posibles a manos y proyectiles. Debo tratar a ustedes como a niños traviesos, rehusándoles un juguete frágil y que los corte. La columnata tiene que ser vistosa, jónica por sus esbeltas proporciones (como la de los Propileos de Atenas), y porque sus capiteles quedan ras con ras con el muro; estriada, como es de regla, y por lo sensible de un fuste liso; pero con las estrías llenas (con *rudentures)* hasta cierta altura, mientras ustedes no den garantías de no menoscabarlas; y veo que un arbitrio análogo adoptó el respetable hermano Petrés al hacer la fachada de su clara, vasta y placentera catedral. Mis columnas descansarán sobre plintos cuadrados, para apartar un poquito a los transeúntes; y noto con agrado que las tres o cuatro filas que me resultan en frente del santuario legislativo recuerdan las cuatro que abrían paso al santuario en el templo de Júpiter de Atenas; mi patio será una *cella* o *naos* descubierta, y el Senado el *opisthomum* o cámara del tesoro; y si la comparación no fuere exacta, no lo sentiré, pues mi deber no es copiar sino satisfacer el objeto que se me pide, con los medios de que dispongo y con el buen gusto que Dios me haya dado.

«Los terremotos, los sospechosos materiales y adicional inconveniente de que el suelo de esta manzana no es firme, en lo general, sino a una gran profundidad, me obligan a no construír más que un piso alto, alojando en estos dos a todos los huéspedes de la Nación. Los patios no quedan muy espaciosos, y cada cuarta que le alzase al muro, fuéra de lo indispensable, sería un atentado contra la luz y la salubridad de lo interior. Además, por el nivel general, me resultan nueve metros de cimiento Suroeste o de Santa Clara, y si levanto mucho la superconstrucción, peligraría por aquel ángulo todo el Capitolio. Por esto, y en nombre y por autoridad de la ley del arte bien entendida, no subirá más de catorce metros el muro sólido, y las cornisas de las ventanas superiores tocarán al cornisón, estableciendo agradable simetría entre el zócalo y el cornisón, y entre las dos filas de ventanas, por un cordón equidistante de ellas; y aun con este ahorro de altura temo que las piezas les parezcan

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

de cielo muy alto, y en consecuencia, frías. Todas mis filas de ventanas serán impares, porque la vista busca un centro útil, como las dovelas en el arco y los claros en los pórticos; y no llevarán frontoncillos ni columnitas y variaciones menudas, que no son de mi gusto; jambas y sobrejambas rectas tienen que armonizar con el plan rectilíneo del edificio. Nada de ornato fuéra del expresado, que no es ocioso; y de dos grandes estatuas pedestres y de bronce (de Nariño y Santander, por ejemplo), que podrán ponerse contra los dos machones guardianes, ocupando dignamente su parte inferior; y quizá bajos relieves históricos en lo superior, y dos pequeños emblemáticos, sobre las ventanas de abajo, próximas a las columnas. Estas cuatro ventanas tienen forzosa razón de ser: dar luz abundante a las escaleras por donde deben recibirla, que vertical presentaría aquí inconvenientes, y por el otro lado, peores. El terraplén del cimiento sobresaliente, con esa sillería abollada, ofrecerá variedad grandiosa, destacará más imponente y fuerte medio contorno de la construcción, y por contraste, realzará la mole lisa superior de esta dulce y preciosa piedra con que ustedes cuentan, que, cuando nueva, sabe a almendra al paladar de los ojos, y a medida que envejece va convirtiéndose en oro. Esta piedra es el mejor adorno de un muro, y exige grandes macizos para lucir, para que ya el sol, ya la luna, la doren y encanten alternativamente. Hé aquí el ornato menudo que más me satisface, como las rosas y azucenas naturales en la tez de la juventud.

«En el centro de la fachada principal podrá convenirme cubrir lo sobresaliente del Congreso, no talvez con un frontón, sino con un segundo cuerpo que proporcione al alto Gobierno un magnífico palco de donde asistir a celebraciones en la Plaza de Bolívar. Esto lo fijaremos después. Por ahora me gustan esas horizontales continuas, expresión de lo infinito, ese vasto paralelogramo, secreto de tánta obra sublime, esa división en tres grandes partes casi en solo plano, y esa precisión y sencillez que merecen el nombre de absoluta pureza. Lo que sé es que los machones serán capaces de resistir dos grandes grupos de escultura, y la columnata (fácil de completar en el centro) cualquier coronación o segundo cuerpo columnar, que muchas veces construyeron los griegos, inclusive Scopas; y cuyo inconveniente (de espacios excesivos encima, entre columnas menores), queda evitado cuando son estrechos los intercolumnios inferiores.

«Si alguien discurre que las alas son pequeñas para el centro, que me muestren una regla de proporciones que no ceda a las facilidades, necesidades imprescindibles y condiciones preferentes de la obra y a

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

la ley de la expresión por la desproporción misma de las dimensiones. Además, yo no quiero que mi obra *vuele*, sino que quede aquí perpetuamente en memoria mía y de mi predilección por la Nueva Granada. Si un segundo cuerpo sobre el centro les causare extrañeza, examinen docenas de insignes catedrales, o el afamado palacio de Noirmontier, obra de Courtonne, que se cita por modelo; o si no está a la mano, que se vean a sí mismos en el espejo. El cuerpo del hombre es modelo más que autorizado. Observen allí el divino efecto de la cabeza sobre los hombros.

«No quiero que mi obra vuele al soplo de Saturno, ni al de Plutón; por eso la hago bien pesada. La solidez patente, que es una pesadez o gravedad sencilla y expresiva, como la de las obras egipcias o de las fortalezas, no debe confundirse con la pesadez inoportuna, sin objeto ni razón de ser. Esta suele consistir en recargos de ornamento, y es frecuente en el churriguerismo, a vuelta de algunas bellezas.

«La Catedral ocupa situación dominante en la plaza, y absolutamente no podría el Capitolio competir con ella en elevación, ni debería hacerlo. Debido es que la idea de Dios nos mire de más alto, y que eleve nuestras miradas el contemplarla. El templo civil mantiene intereses del mundo, y allí están bien las largas paralelas a la tierra, y el nivel, no muy elevado, de la igualdad democrática. Pero en magnitud útil según el mundo mi obra tiene que aventajar a la Catedral, y en materia de gusto no es culpa de Petrés si me tocó mejor época y mejor escuela; y ciertamente no será mi escuela, precisa y sobria en extremo, la que pueda estragar el gusto de nadie con los artificios, los adornos ociosos y las falsedades, exageraciones y extravagancias características de toda decadencia. En una circunstancia, grata para mí, se asemejarán las dos fachadas: en poderse ver de un golpe en cualquiera dirección. Para una impresión grande y seria creo que sacaré así, dados mi objeto y medios, ventajoso partido de una cuadra de longitud; y en mi noción de nobleza arquitectónica cuento la integridad visible, la forma enteriza de todos los miembros: el patio, las columnas, los macizos, las ventanas. Y como una fachada no es una pintura, no cambio la mía por la famosa columnata de Perrault, muy linda, sí, pero totalmente desentendida de su interior, inarmónica con el restante exterior del Louvre. (Çá est beau, mais ça, n'est pas la guerre!) Francamente, creo hermosa mi fachada, porque lo dice todo, y con sobriedad y energías. No me afané por hacerla hermosa; sino que así me *resultó*, interpretando con el gusto la fatalidad y esclavitud del arte. Así ustedes los bogotanos, por la necesidad de aserrar ventanas

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

incómodas, conciliaron las conveniencias del dueño y las del transeúnte produciendo estas ventanas de pecho de dama que agracian sus calles con la *línea de la gracia*, y que, con mi pórtico republicano, espero sean reconocidas como dos contribuciones de la Nueva Granada al arte arquitectónico, y como ejemplos de que en este arte la conveniencia es madre y contraprueba de la belleza.

«Omitiendo varios pormenores, he explicado a ustedes mi Capitolio; más de ustedes que mío, pues yo no he hecho en mi diseño otra cosa que traducir en su hermosa piedra una necesidad de este pueblo. Preocupándome sobre todo la solidez y la seriedad de la expresión, advierto ahora que me ha resultado una obra un tanto egipcia, democratizada, y como revisada por los griegos, discípulos de los egipcios en arquitectura. Tomen ustedes, por ejemplo, la planta y descripción del antiguo templo de Edfú, a orillas del Nilo. Poniendo en vez de su sombrío y misterioso pilón o propileo, característicos del gobierno y creencias del Egipto, el verdadero pórtico, de tres filas de a seis columnas, que queda atrás en lo interior, y dejando en su propio lugar ese gran patio con galería cubierta en contorno, ahí está toda mi disposición, con la sala hipóstila en donde estaba el pórtico, desempeñando las veces de mi Senado. Hasta mi idea de las dos grandes estatuas contra dos robustos macizos a uno y otro lado del pórtico, es egipcia y oriental, como lo son el orden protojónico y la columna estriada; y ustedes saben las marcadas analogías que los sabios han encontrado entre aquellas civilizaciones y la indígena de Anahuac, de Yucatán, de Cundinamarca y Perú, comparando sus reliquias y monumentos. Según esto, mi Capitolio tendrá un doble carácter nacional, antiguo y moderno, y no ha podido hacer más por ustedes, hijos de Cundinamarca, su apasionado amigo dinamarqués».

Los trabajos quedaron suspendidos por la penuria del Tesoro durante más de veinte años, y el señor Reed, mientras tanto, prestó sus servicios profesionales en diversas obras públicas y privadas, como en la construcción del puente del Carmen, el del río Apulo, en la elaboración del plano del Panóptico y erección de algunas casas, la que ocupa el Banco de Bogotá en la carrera 8.ª, la diagonal a esa misma y otras, de buen aspecto arquitectónico, que levantó en distintos puntos de la ciudad; fomentó al mismo tiempo la instrucción del pueblo en el arte de construír. Una vez que hubo perdido la esperanza de que continuara la obra, se trasladó a la ciudad de Quito, en donde dirigió la construcción del Palacio de Gobierno, y murió allí, más tarde, en el año de 1878.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

El General Eustorgio Salgar resolvió, en la época en que fue Presidente de la República, de 1870 a 1872, continuar con la construcción del Capitolio, que, inconcluso, era denominado por la prensa «ruinas que deshonran». Encargó de los trabajos al señor Francisco Olaya, oficial de arquitectura que había practicado con Reed, pero que por desgracia carecía de conocimientos técnicos en el complicado arte de construír. La obra quedó defectuosa por ese motivo, y fue necesario, más tarde, derribar parte de lo construído. En reemplazo de Olaya quedó al frente de los trabajos el señor Antonio Clopatofsky, súbdito alemán, quien había hecho algunos estudios de arquitectura y era Director de Obras Públicas nacionales.

El Gobierno comunicó entonces las instrucciones del caso al Ministro de Colombia en Italia, doctor José M. Quijano Wallis, en el sentido de que contratara los servicios de un arquitecto competente que viniera a Bogotá a encargarse de la terminación del Capitolio, y al efecto se entendió con el señor Pietro Cantini, natural de Florencia y Profesor competente de arquitectura, quien se comprometió, además, a prestar sus servicios profesionales en otras obras públicas de la ciudad.

Por aquella época, el Secretario del Tesoro, señor Emigdio Paláu, impaciente por ver terminada la fachada del edificio, lo más pronto posible, celebró en 19 de diciembre de 1879, un contrato con el escultor italiano, señor Mario Lambardi, quien gozaba a la sazón de algún prestigio por haber dirigido la obra mediocre del obelisco de la Plaza de los Mártires, y le comprometió a elaborar un proyecto para colocar sobre el cornisamento corrido del edificio una balaustrada, adornada de jarrones, bustos de próceres, estatuas simbólicas y trofeos alegóricos, en piedra arenisca, obra que haría en la cantidad de $ 39,000.

El escultor dio pricipio a su labor, y alcanzó a dejar hecha una parte de la balaustrada y a colocar la estatua simbólica de la Paz, que permaneció muchos años allí, sola y desairada, sobre el costado occidental del Capitolio. Estaba en vía de situar también los bustos de próceres, que había elaborado, cuando, afortunadamente, el señor Gregorio Obregón, Ministro de Fomento, manifestó al Congreso de 1881 su opinión adversa al proyecto, que era censurado por la prensa, como que se oponía a la idea del arquitecto Reed y hacía perder al edificio el carácter de severidad con que había sido concebido por su autor.

Para evitar los perjuicios que pudiera sufrir el escultor, se convino en aplazar la reforma, mientras se oía el concepto del arquitecto Cantini, que fue desfavorable, y el Gobierno compró los bustos hechos, que destinó a los rincones del Parque, que se iba a inaugurar en 1884, en

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

memoria del Centenario del natalicio del Libertador. La Sociedad de Embellecimiento los retiró después de allí en 1918, y los sustituyó con los jarrones que hoy se ven sobre los antiguos pedestales.

Como era natural, el señor Cantini desechó el proyecto elaborado por su compatriota Lambardi, y procedió a estudiar otro, con las modificaciones necesarias para ensanchar los salones de las Cámaras Legislativas y para concluír la fachada. Los trabajos continuaron bajo su dirección, y la obra se adelantó hasta el año de 1885, en que, a causa de la guerra que estalló por ese tiempo, quedó suspendida. Entre las reformas que juzgó necesario introducir al proyecto primitivo de Reed, figura la referente a la gran escalinata central de acceso al atrio del edificio, sobre la plaza de Bolívar, que se desarrolló en la forma que actualmente presenta, pues en el proyecto primitivo, según aparece de la copia elaborada por el ingeniero señor Manuel Ponce de León, se componía de un macizo central frente al intercolumnio, de base rectangular, con escalinatas laterales hacia Oriente y Occidente.

De conformidad con la Ley 72 de 1882, que apropió la partida necesaria, se procedió a demoler la obra arruinada, lo que se hizo con un costo de $ 32,779. En los trabajos hechos desde el año de 1870 hasta 1881, se habían invertido $ 453,201. Ya en el año de 1885 el monto total de lo gastado sin incluír, por no existir constancia, el valor de los honorarios pagados a Reed, llegaba a $ 829,933 en moneda corriente de aquel tiempo, que se cotizaba casi a la par con el oro.

Como dato importante que se relaciona con la historia del Capitolio, haremos conocer lo relativo a la erección de la estatua del General Mosquera, que decretó el Congreso en el año de 1879. Fue contratada en Munich, por el Cónsul de Colombia en Liverpool, señor Manuel W. Carvajal, autorizado por el Gobierno, con el señor Fernando V. Miller, Director de la real fundición en aquella ciudad, el día 4 de junio 1880. La estatua debería ejecutarse en bronce de cañón, y el pedestal, de orden jónico, se haría de mármol rojo, de Trient, y llevaría relieves en bronce; toda la obra se contrató por la cantidad de $ 5,500 oro. La verja que resguardaría el monumento se compró igualmente a la misma casa, a razón de $ 26-25 el metro lineal.

Este monumento se levanta en el centro del patio principal del Capitolio, y conserva aún el brillo o pulimento inicial, que no ha perdido con los rigores de la intemperie, como ha sucedido con la mayor parte de las estatuas de procedencia francesa, inauguradas recientemente en esta ciudad. La verja que la rodeaba en el patio se retiró des-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

de 1908, cuando se cambió el piso de losa arenisca por otro, de baldosín de cemento de pésimo gusto.

Dos de los relieves representan actos importantes de la vida pública del General Mosquera, como la navegación por buques de vapor en el río Magdalena, y la ceremonia de la colocación de la primera piedra del Capitolio. En este último se puede observar que el plano de la fachada del edificio lleva un frontón central, detalle que indica que por ese tiempo había sido ya aprobada la reforma propuesta por el señor Cantini, pues el proyecto primitivo de Reed tenía un gran ático corrido, en toda la longitud del cornisón, según aparece de la copia que dejó el ingeniero señor Ponce de León. Los circunstantes que rodean al General, llevan insignias militares, que les atribuyó el escultor por su propia cuenta, pues no hay constancia de que todos ellos, como el doctor Mallarino, las hubiera usado alguna vez. Las armas de la República y la dedicatoria del Congreso, forman los otros dos relieves del pedestal.

De 1885, en adelante, el Gobierno muy poco se preocupó por continuar los trabajos del Capitolio, aun cuando es de justicia anotar las tentativas hechas en el año de 1896 por el Director de Obras Públicas, señor Alberto Borda Tanco, quien elaboró un proyecto para la terminación de la obra y publicó un folleto sobre el particular; y la del señor Ministro de Hacienda, doctor Carlos Arturo Torres, quien, por Resolución de 17 de junio de 1904, abrió un concurso nacional entre los ingenieros, para presentar los planos y estudios referentes a la reconstrucción y conclusión del edificio. Formuló además un proyecto de ley, de autorizaciones al Ejecutivo, para continuar la obra, que no tuvo cumplimiento.

Es digno de anotar que el señor Eugenio López, conocido constructor, presentó un curioso dibujo acompañado de una memoria descriptiva que, el Ministro, con una ingenuidad propia de un profano en achaques de arte, acogió para ilustrar el informe que presentó a las Cámaras Legislativas en el año de 1904. El constructor proponía, entre otras cosas, que se erigiera sobre el edificio una desproporcionada cúpula metálica, dentro de la cual, como especie de gallinero aéreo, quedarían emplazadas muchas de las oficinas del Gobierno, la que debía colocarse encima de las Cámaras Legislativas, con el fin de indicar el sitio que ocupaba «la cabeza de la Nación», según las propias palabras del autor del proyecto. (Véase Memoria de Hacienda, 1904).

Estudiaba por entonces arquitectura en Europa el señor Julio Corredor L., y envió en 1905 al Ministerio de Obras Públicas, creado en ese

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

año, el trabajo final de estudios que, para optar el título de arquitecto, había elaborado en la Academia Real de Bellas Artes de Bruselas, en 1900, dedicado al General Reyes, a la sazón Ministro de Colombia en Francia, y al gremio de ingenieros de Bogotá.

Dicho estudio, que corre publicado en un folleto especial, representa un trabajo de mucha labor y consagración, pero el edificio proyectado, según puede juzgarse por las bellas acuarelas de las fachadas, cortes, detalles, etc., que reposan en el Ministerio, no era apropiado para el objeto que el Gobierno se proponía, pues era de un estilo difrente, habría sido necesario demoler en su mayor parte lo construído, inclusive la triple columnata jónica, del pórtico central, y era por consiguiente inaceptable. Es más bien un nuevo estudio de Capitolio, que un proyecto para concluír la obra de Reed, que el autor juzgaba con criterio muy severo e injusto.

El edificio sufría diariamente con el abandono en que lo mantenía el Gobierno, sin que éste adoptara resueltamente ningún proyecto. Y de la misma vacilación y timidez adolecía el Congreso, no solamente con ésta, sino para con las demás obras públicas que, como carreteras, ferrocarriles y edificios, necesitaba el país. Aquellos muros inconclusos y en estado de ruina, parecían simbolizar la ineptitud oficial, escrita en piedra.

Afortunadamente, en 1904, se encargó de la Presidencia de la República un hombre de raras energías, que, dejando de mano el formulismo que ahogaba la acción oficial, impulsó al país por la senda del progreso, en que parecía detenido hacía ya largo tiempo. En efecto, la Asamblea Nacional que convocada por él, se constituyó en 1905, en reemplazo de un Congreso, que no alcanzó a elaborar siquiera el Presupuesto Nacional de gastos, ratificó, con carácter de ley, algunos decretos legislativos, entre otros, el número 34, sobre autorizaciones al Ejecutivo para emprender, por administración o por contrato, además de otras obras de importancia, la reparación y terminación de este edificio, y, por medio de la Ley 48, de ese mismo año, acreditó en el Presupuesto del Departamento de Obras Públicas y Fomento, la partida de $ 200,000 anuales, para la conservación y reparación del Capitolio y de otros edificios nacionales.

Una vez que se dio el primer paso eficaz, el Gobierno por segunda vez, contrató los servicios profesionales del señor Cantini, en 16 de octubre de 1906, y eligió, con algunas modificaciones, uno de los tres proyectos que le fueron presentados, que parecía interpretar mejor el estilo severo del proyecto primitivo.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Antes de emprender los trabajos, y de conformidad con el dictamen de los ingenieros que constituyeron como una especie de Cuerpo consultivo y hacían parte del personal del Ministerio de Obras Públicas, se practicaron diversas exploraciones en los cimientos para ver su estado, y se encontraron muy defectuosos, no tánto por la falta de conocimiento en los encargados de la obra cuanto por la mala fe con que ésta fuera ejecutada. También se vio que en dirección de una gran grieta vertical que aparecía en la fachada occidental, sobre la carrera 8.ª, estaba un antiguo y sólido cimiento de la época colonial, que, por haber sido aprovechado para la nueva obra, produjo la grieta referida, pues no cedió con el peso del edificio, como el resto de la fundación. Se procedió a construír una gran alcantarilla central y los caños de desagüe, y se establecieron trabajos de reparación en los muros que habían sufrido algún desplome, los que se aseguraron con ligamentos metálicos, se reparó la techumbre, se retiraron la estatua de la Paz y la balaustrada que había colocado Lambardi en época anterior, y se acometieron formalmente los trabajos de terminación el día 20 de mayo de 1907. Dado pues el empuje inicial, la obra vino a quedar terminada diez años después, con un costo total de $ 1.594,301-56, incluyendo lo invertido hasta 1885, según datos que aparecen en la Memoria del Ministerio de Obras Públicas, correspondiente a los años de 1917 y 1918.

El señor Cantini renunció su puesto, por enfermedad, a principios de 1908, y en su reemplazo fueron nombrados arquitectos los señores Mariano Santamaría y Gastón Lelarge. Correspondió al primero reformar el patio principal, reconstruír y cambiar las pilastras y la arquería rebajada, por el bello adintelado que indica la separación de los dos pisos, concluír el pórtico y el remate de la fachada, proyectar el patio posterior y elaborar otras obras secundarias; y al segundo, dirigir la distribución de los salones legislativos con sus dependencias, reforma adoptada según resolución del Ministerio, de 25 de enero de 1913, como también, las escalinatas del patio sur y las dos principales de entrada, en el tramo norte. Faltan muy pequeños detalles para completar la fachada del edificio y terminarlo, ya sea de acuerdo con el estudio de Lelarge, que proyectó una gran cúpula metálica central y los motivos ornamentales que deben colocarse sobre los dos machones laterales del pórtico de entrada, o de conformidad con otro estudio.

A pesar de la falta de los planos primitivos; de la interpretación diferente que le dieron al estilo del edificio los encargados de la obra; de los errores que se cometieron en los trabajos y de las modificacio-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

nes que se introdujeron en diferentes épocas, puede asegurarse que el Gobierno procuró seguir siempre la huella del proyecto primitivo, y que el Capitolio, dadas la severidad de su estilo, la pureza de sus líneas, y la elegancia del conjunto podría lucir en cualquier ciudad europea, pues se le considera, justamente, como el mejor adorno de la capital.

Es en realidad el único monumento arquitectónico que posee la ciudad, y al rededor de su arquitectura se han emitido opiniones no todas uniformes.

Algunos, como Santamaría, lo juzgan del período clásico, greco-romano; otros, como Costa, el crítico erudito, que nos visitó hace algún tiempo, encuentran en él una mezcla de las disposiciones del arte francés con las líneas de la antigüedad, según el estilo que prevaleció durante el reinado de Luis XIV, con el arquitecto Grabiel; en cambio, Lelarge, juzga que es un monumento de carácter moderno, aun cuando esté inspirado en las proporciones clásicas, y lo considera capaz de llevar una cúpula metálica como remate de la cubierta del salón central.

Para respetar el carácter severo del edificio y terminar la cubierta inconclusa del indicado salón, estudió últimamente el señor Alberto Manrique un proyecto que parece resuelve el problema de la techumbre de modo favorable; y así fue recomendado al Gobierno por la Sociedad Colombiana de Ingenieros, en la consulta que se le hizo por el Ministerio de Obras Públicas.

Para conmemorar el primer centenario del natalicio del Libertador, dispuso la Ley 84 de 1881, que se denominase «Parque de Bolívar» el jardín que por ese tiempo se estaba construyendo en la plazuela de San Diego, el cual se inauguró en 1884, con gran solemnidad. En el centro se levanta un hermoso templete dórico, obra que dirigió el señor Cantini, y que puede servir de modelo de la habilidad, casi natural, en el arte de labrar la piedra, de los obreros nacionales.

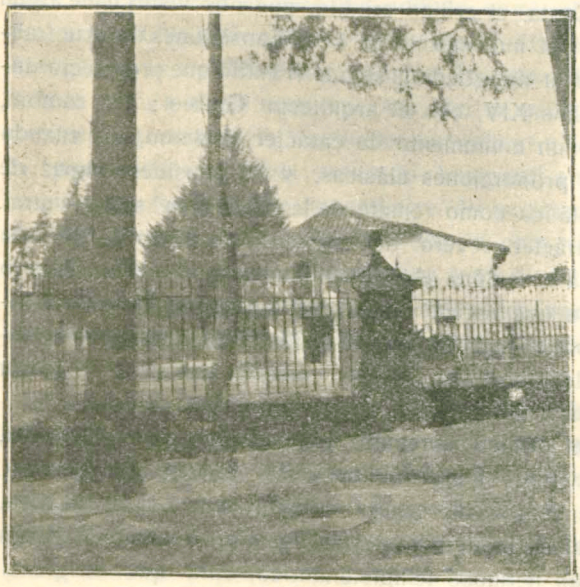
La verja que rodea el jardín merece citarse por ser de los primeros trabajos hechos en la Ferrería de la Pradera, que fundó el señor Julio Barriga, y que, por falta de apoyo suficiente, fracasó. A pesar de la necesidad que el país tiene de conseguir hierro barato para sus construcciones, ahora cuando ya es una realidad la fabricación del cemento, no han podido reorganizarse los trabajos de tan importante empresa, pero algún día volverán a surgir florecientes, para bién de las industrias nacionales.

En 1888 se construyeron en cada esquina del parque, sobre la calle 25, dos pequeñas fuentes, que se alimentaban por la empresa del acue-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

ducto, que hoy es de propiedad del Municipio. Más tarde, en 1910, se demolió una de estas pilas, para levantar allí el busto en bronce de Ricaurte, obra del escultor francés Greber, que fue donación que hizo el Gun Club a la ciudad, con motivo del Centenario de la Independencia.

Este apacible y tranquilo rincón, tenía un aspecto pintoresco, con su vieja casa colonial (figura 16) que ha sido demolida recientemente; y hoy, se ha trasformado en un lugar muy frecuentado, con la proximidad del Teatro Olimpia que allí cerca se levanta.



Un rincón del Parque del Centenario

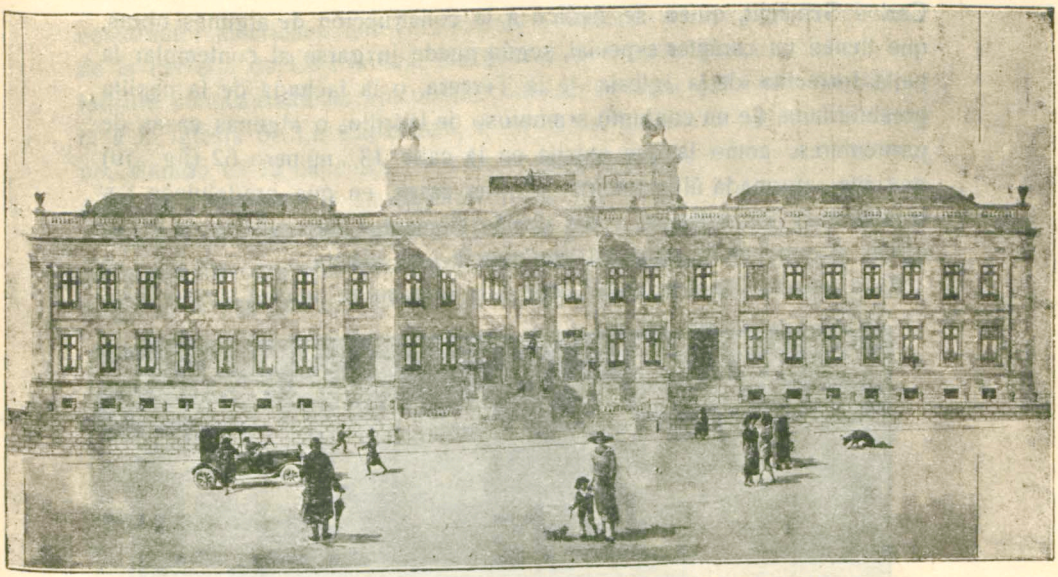
(Fig. 16)

En el solar donde los señores Camacho Roldán hicieron edificar algunas casas, que representan la tendencia del moderno estilo de construcciones bogotanas, se veían, hasta no há mucho tiempo, dos pequeñas y vetustas capillitas, cuyo origen desconocido nos intrigaba. Informaban algunas personas, sin fundamento, que habían pertenecido a extinguidas comunidades religiosas que, huyendo de la persecución de que fueran objeto en épocas pasadas, se habían refugiado en esos rincones.

Otras, aseguraban que habían sido oratorio de una antigua y muy extensa hacienda, de ricos antepasados. Inútilmente consultamos algunas obras de historia, sin hallar la pista, hasta que debido a la amabilidad del señor Francisco Zaldúa V., obtuvimos los siguientes informes:

«El señor Luis Pinzón Currea y su esposa la señora Dolores Zaldúa (tía de quien da este informe), católicos fervientes, edificaron en el solar de la casa de su propiedad, situada en la carrera 7.ª, en el cruzamiento con la calle 22, una capilla dedicada a la Virgen del Car-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia



Capitolio. Fachada sur, según el proyecto de Manrique Martín.

(Fig. 17)

men y una ermita dedicada a Santa Rosa de Lima. La edificación de los mencionados edificios se efectuó el año de 1858. Se dio en ellos culto especialmente a la Virgen en los días 15, 16, 17 y 18 de julio de todos los años hasta el de 1884 inclusive, año en que pasó la casa a poder de otro dueño. La capilla subsistió convertida en alojamiento hasta el año de 1916 en que fue derribada por motivo de la nueva edificación de la citada casa».

La capilla dedicada a Santa Rosa, era de fábrica de adobe; tan pequeña, como una pieza ordinaria de habitación, tenía en la fachada dos minúsculas torrecillas laterales y estaba orientada de Norte a Sur. La consagrada a la Virgen del Carmen (figura 18) era de tamaño mayor, hecha en fábrica de sillería ordinaria, con enlucido de cal y arena. Sobre un costado, se levantaba una pequeña torre lateral que debió servir de campanario y sobre la cornisa había un frontón trilobado, que el tiempo había desfigurado completamente. Hasta hace poco tiempo sirvieron de habitaciones de gentes pobres, y a su alrededor se habían agrupado otras construcciones insalubres que han quedado destruídas, al edificar en aquel recinto magníficas mansiones.

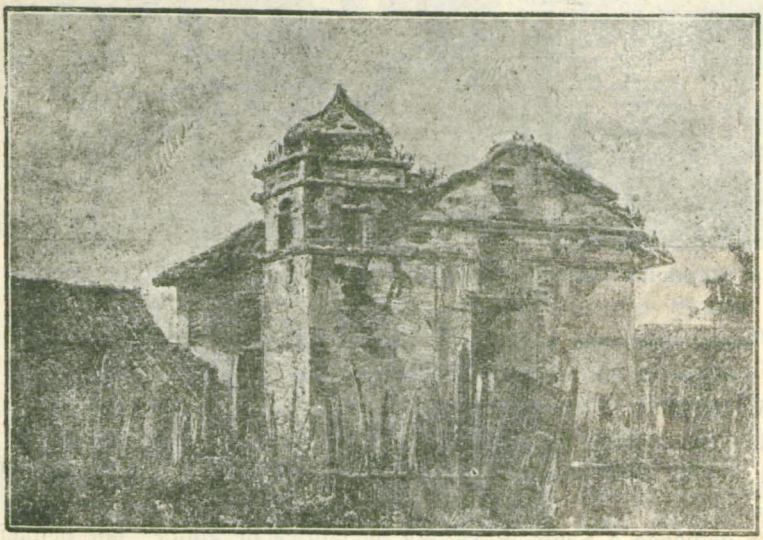
Vamos viendo pues, cómo a medida que transcurre el tiempo, y la ciudad crece, las edificaciones se van extendiendo en diferentes direcciones. Haremos pues un recuento de los arquitectos y constructores que han intervenido en algunas obras, más por curiosidad histórica, que por el mérito que ellas puedan tener.

Además de Reed, vinieron a Bogotá algunos maestros, que colaboraron en la obra del Capitolio y dirigieron los trabajos de carpintería, cantería y cerrajería, como el señor

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Carlos Schlecht, quien se dedicó a la construcción de algunas obras, que tienen un carácter especial, según puede juzgarse al contemplar la bella torrecilla de la iglesia de la Tercera, o la fachada de la capilla presbiteriana, de un conjunto armonioso de ladrillo, o algunas casas de particulares, como la que existía en la calle 13, número 62 (fig. 19) que fue reformada últimamente, y otras casas, en que predominan las estalactitas, los trifolios, y los demás elementos decorativos de estilo ojival, a que parece daba su preferencia este artista.

Esas nuevas construcciones, que hoy carecen de interés, surgían ele-



Capilla de Nuestra Señora del Carmen.

(Fig. 18)

gantes y airosas sobre las apachurradas viviendas y romperían un tánto la monotonía de las antiguas calles bogotanas, según lo hace ver el grabado.

En ese tiempo eran bastante deficientes los servicios sanitarios de la ciudad, pues los desagües de las casas salían al centro de las calles por donde corrían a modo de riachuelos, y aún no se había principiado a construír el alcantarillado. Los pavimentos eran de pequeños cantos rodados, como los que pueden verse hoy en ciudades de segundo orden, y no se había iniciado la pavimentación de asfalto o de ladrillo vitrificado, que tiende a generalizarse por sus ventajas para el tránsito, en todas las calles y avenidas de la capital.

También levantó algunas casas en la ciudad el señor Pedro Brown,

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

constructor americano que vino al país contratado para dirigir las obras de la Ferrería de La Pradera, las que se distinguen por su fábrica de ladrillo cuidadosamente ejecutada, como se ve en la que existe en frente a la iglesia de La Capuchina, o en la del actual Colegio Americano, situado en la calle 20, o en la de propiedad de la familia Vargas, sobre la carrera 8.ª, y en algunas otras.

Durante muchos años figuró el señor Julián Lombana como árbitro de la arquitectura por haber estudiado algo con Reed, al lado del cual adquirió la práctica necesaria en este arte. Dirigió muchísimas obras de carácter civil y religioso, como fueron: el Palacio Municipal, el Asilo de San Antonio, el templo del Sagrado Corazón, la iglesia nueva de Chapinero, la portada del Cementerio, el hospital de la Misericordia, la escuela pública del barrio de Las Nieves; reformó el templo de La Veracruz, construyó la antigua casa del Banco de Colombia, y muchísimas otras, que sería largo enumerar.

Casa número 62 de la calle 13
(*Fig. 19*

El primer arquitecto nacional que tuvo Bogotá, fue el señor Mariano Santamaría, que hizo estudios especiales en Alemania y contribuyó a educar el gusto del público y a modificar los conceptos errados que había sobre arquitectura, entre la generalidad del público. Fue, durante algunos años, Presidente de la Sociedad de Arquitectos, que se fundó en 1905, y bajo su competente dirección se levantaron: el Teatro Municipal, el Bazar Veracruz, la residencia de Kopp, en el barrio de Chapinero; la airosa casa de propiedad de la familia Calvo, sobre la carrera 9.ª, conocida con el nombre de templo *calvino*, por su aspecto monumental; las elegantes mansiones de las familias Umaña, en la carrera 8.ª, número 346, y Uribes, en la carrera 7.ª, número 850. Intervino en la conclusión del Capitolio y fue autor de muchos

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

proyectos de arquitectura, como el de la portada para el Parque del Centenario, el del Pabellón de Industrias, que se levantó cerca de la estatua de Bolívar, en el Bosque; el de la fachada de la Estación del Ferrocarril de la Sabana y algunas otras mansiones.

El señor Pedro Cantini, según vimos ya, vino contratado por el Gobierno para terminar el Capitolio, y en asocio del señor Klopatofsky, que tenía algunos conocimientos de Arquitectura y era Director de Obras Públicas Nacionales, continuó los trabajos de esa obra y erigió el hermoso Templete central del Parque del Centenario. Más tarde edificó el Teatro de Colón, que fue ricamente ornamentado interiormente por sus compatriotas Mastellari y Menarini. Bajo su dirección se hicieron muchas obras, como la Biblioteca de la Lengua, en frente a la estatua de Caro; el Colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón, en las orillas del riachuelo del Arzobispo; la cúpula metálica del templo de Santo Domingo; los trabajos del Hospital de San José, por los planos que elaboró el ingeniero señor Diódoro Sánchez, y varias casas particulares.

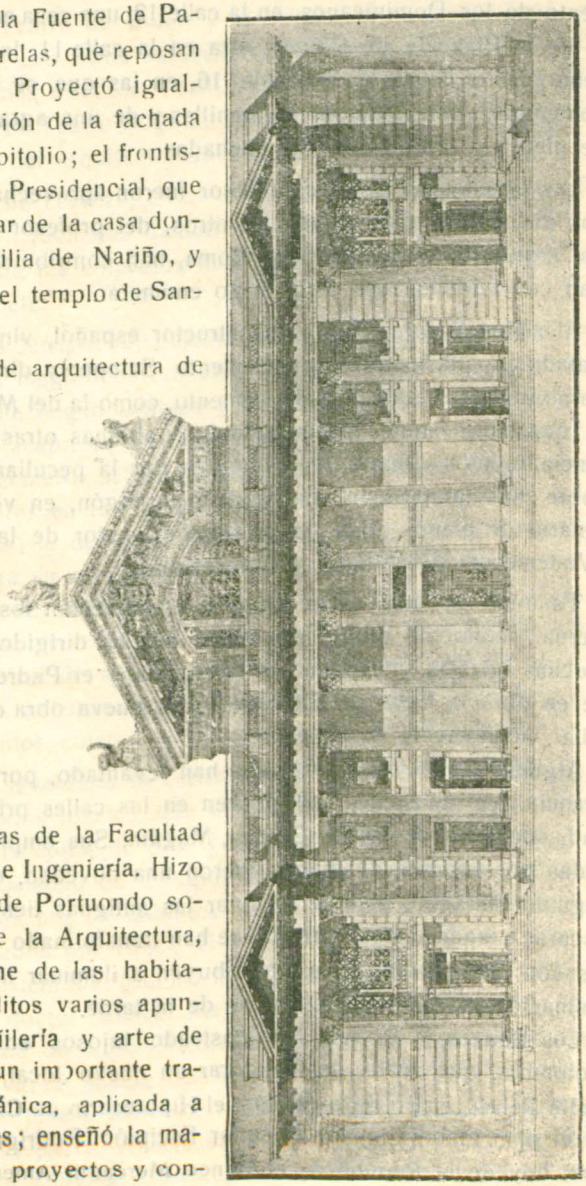
El ingeniero español, señor Alejandro Manrique, construyó el mercado de Carnes; varias casas privadas; principió la obra del Pasaje Rufino Cuervo y refaccionó algunas fachadas de iglesias, entre otras la Capilla del Sagrario, cuyas espadañas estaban en estado ruinoso.

El señor Gaston Lelarge, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de París, fue el iniciador de un estilo más armonioso y risueño que el que venía usándose en la ciudad, según puede observarse de las obras que se ejecutaron por sus planos y en las cuales comenzó a usarse la mansarda metálica, que tánto contribuye al embellecimiento de los edificios. El hotel Atlántico, en la carrera 7.ª; la casa de la familia Echeverri, situada en frente al Observatorio Astronómico; la obra que ocupa el costado occidental de la Plaza de Bolívar, que no se concluyó en conformidad con el plano original; la casa de la familia Zapata, inconclusa aún; la de la familia Vargas, en el costado oriental del Parque de Santander; la Escuela de Medicina (fig. 20), en el Parque de los Mártires; el Convento de la Presentación y el Asilo para sacerdotes ancianos; la casa de estilo morisco, de propiedad de la familia Bonnet; el Palacio de la Gobernación de Cundinamarca; la fachada posterior del Capitolio; el local de la Librería Colombiana en la calle 12; el Pasaje Hernández y muchas más, que sería prolijo enumerar, son obra de este distinguido arquitecto. Es de lamentarse que muchos de los proyectos que elaboró no hubieran podido ejecutarse, de

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

los cuales mencionaremos el Pabellón de Colombia para la Exposición de París de 1900, de estilo *pseudo chibcha*, que podría aprovecharse hoy para construír un museo de arqueología pre-colombina; el mercado de la Concepción; la Escuela de Bellas Artes; la Universidad Nacional; la Fuente de Padilla y otras acuarelas, que reposan en los archivos. Proyectó igualmente la conclusión de la fachada principal del Capitolio; el frontispicio del Palacio Presidencial, que ocupa hoy el lugar de la casa donde vivió la familia de Nariño, y el altar mayor del templo de Santo Domingo.

Los estudios de arquitectura de la Universidad Nacional se hicieron incompletos hasta 1897, fecha en que llegó a Bogotá el ingeniero español Sr. Lorenzo Murat Romero, quien en buena hora, fue nombrado profesor de algunas asignaturas de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería. Hizo conocer la obra de Portuondo sobre la historia de la Arquitectura, enseñó la higiene de las habitaciones, dejó inéditos varios apuntes sobre albañilería y arte de construír, editó un importante trabajo sobre mecánica, aplicada a las construcciones; enseñó la manera de redactar proyectos y con-



Fachada del edificio para la Facultad de Ciencias Naturales y Medicina. (Fig. 20)

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

tratos y puso a sus discípulos en capacidad de concurrir a los concursos que por aquella época se abrieron para algunas obras públicas, como el Matadero municipal, el Mercado de La Concepción, y varios proyectos, para edificios particulares, etc. Dirigió las obras del Convento de los Dominicanos, en la calle 12, una casa en la esquina noreste de la Plazuela de Caldas, otra en la calle 11, la de propiedad del señor de la Torre, en la calle 16, en las que se hizo uso de arcos apareados, sostenidos por columnillas y de una agradable combinación de piedra y ladrillo para las fachadas.

Las enseñanzas de este profesor fueron aprovechadas por varios de sus discípulos, que, al lado de otros, del profesor señor Alberto Borda, arquitecto que estudió en Roma, han contribuído a mejorar la ciudad con edificios que sería largo enumerar.

El señor Mauricio Jalvo, constructor español, vino a la ciudad contratado por la empresa de Cemento Samper y dirigió algunas obras para vulgarizar el empleo del cemento, como la del Molino de La Unión, la que hace esquina en la calle 24 y algunas otras, de menor importancia, todas las cuales se distinguen por la peculiaridad de descansar sobre una plataforma continua de hormigón, en vez del cimiento ordinario de piedra. Este empresario es autor de la obra denominada «Vademécum del Albañil y Contratista».

También se han dedicado a la construcción los señores Acevedo Bernal, conocido pintor bogotano, que ha dirigido la reparación de muchas iglesias y capillas de la ciudad, y el Padre Arnaud, que tiene en obra la Casa de Ejercicios y la nueva obra del Seminario Conciliar, actualmente en suspenso.

Algunas casas de comercio, han levantado, por planos traídos de Francia, los almacenes que poseen en las calles principales de la ciudad, como las de Jouve, Bonnet, Maguin. Sus amplias vitrinas, protegidas por cortinas de hierro, fueron una novedad, que después se ha seguido imitando, para refaccionar las antiguas tiendas de comercio, oscuras e inadecuadas, que hoy se han transformado en elegantes locales con muestrarios, que contribuyen a iluminar la ciudad y a darle animación en las primeras horas de la tarde.

Los Bancos, a su vez, han costeado lujosos edificios como el de Colombia, que acaba de inaugurar un nuevo local, construído por el señor Ferrer, empresario catalán; el Hipotecario de Colombia, que adoptó el plan elaborado por el señor Escipión Rodríguez. El Banco López, hoy de la República; el Banco Mercantil Americano; la Casa de

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

la Compañía Colombiana de Seguros, hecha por el señor Eugenio López, autor de otras obras, como la que denomina el público *La Morada del Altísimo*, por la colosal altura del propietario y el color violáceo de los estucos de su fachada.

Además del Teatro de Colón y el Teatro Municipal, cuenta actualmente la ciudad con otros salones recientemente construídos para dar en ellos funciones de Cine, como el Teatro Olimpia, el Cinerama, el Teatro Caldas, el Teatro Bogotá, y últimamente, el elegante y cómodo Teatro Faenza, del arquitecto González Concha.

Las fábricas de cerveza, como Bavaria y Germania, tienen magníficos locales con fachadas llamativas de ladrillo prensado. Otro tanto puede decirse de las empresas molineras, de aguas gaseosas, de curtido de pieles, etc.

Las empresas férreas, igualmente han contribuído al embellecimiento urbano, con los magníficos edificios que han levantado, como la de la Sabana, a donde llegan también los trenes del Ferrocarril del Sur; la del Norte, que acaba de terminar su estación sobre la calle 17, dirigida por el ingeniero señor Andrés Santodomingo Navas, quien ha hecho otras obras en la ciudad, como las suntuosas mansiones de las familias Dávilas; la del Ferrocarril del Nordeste, que acaba de adquirir un lote para su estación, y la del tranvía municipal.

Merecen citarse los edificios hechos por distintas entidades para colegios y escuelas, como el de las Hermanas del Sagrado Corazón, la Escuela Central de Artes y Oficios, el Gimnasio Moderno, la Universidad Libre, en proyecto, las capillas y colegios de Salesianos y algunos conventos, como el de Franciscanos, en Chapinero.

También ha levantado la caridad pública numerosos edificios en hermosos y cómodos locales, que merecerían una descripción completa, como son: el Hospital de San José, en la Plaza de España, obra a cargo de la Sociedad de Cirugía, que la ha patrocinado con las donaciones hechas por ciudadanos, cuyos nombres aparecen en los pabellones costeados por ellos; el Asilo de San Antonio y la capilla, apoyados y sostenidos gracias a la labor incansable de su fundador, el benemérito doctor Manuel María Camargo, Canónigo de la Catedral; el Hospital de la Misericordia, para niños desvalidos, fundado por la señora María Josefa Cualla de Barberi y sostenido por su esposo el doctor José I. Barberi; la Escuela para Obreros, al Sur de la ciudad, fundada por el Arzobisdo doctor Bernarpo, Herrera Restrepo; la Escuela para Obreras y su capilla, al Occidente de la Plaza de

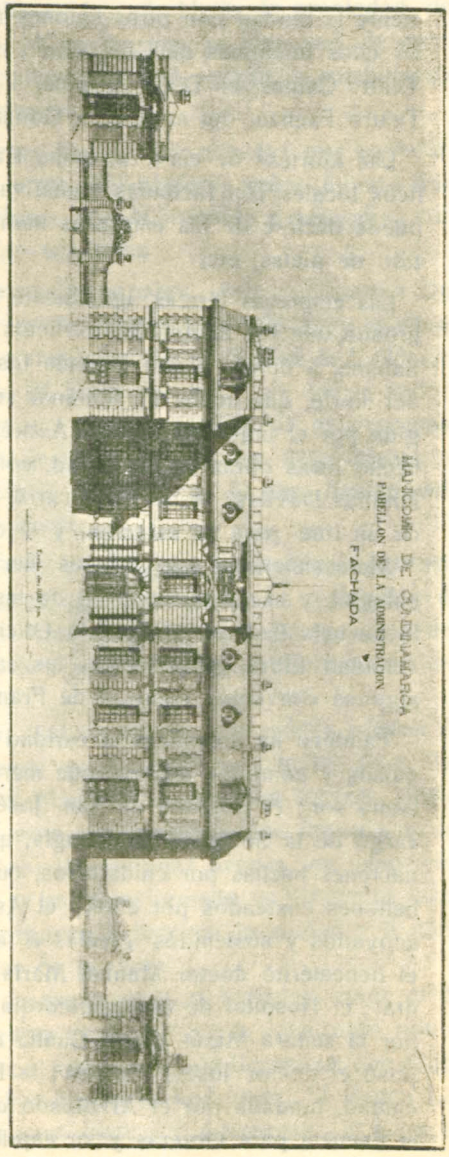
Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

España, costeada por el señor Lorenzo Cuéllar, fuéra de otros asilos para niños, fundados por la caridad, que, con el tiempo, llegarán a poseer edificios apropiados, como las Salas de Asilo, la Cruz Roja y el Asilo de Preservación.

La Sociedad de San Vicente de Paúl ha formado pequeños barrios de casas para familias pobres, de los cuales merece citarse el que formó en la calle 10, que se compone de casas de dos plantas, muy bien distribuídas, de hermosa apariencia, hechas por el señor Borda Tanco.

La Beneficencia de Bogotá sostiene también numerosos locales para la asistencia pública, algunos de ellos actualmente en obra, como son: el Hospital de La Hortúa, el Hospicio de Aguas Claras, la Colonia de Mendigos, el Asilo de Niños Desamparados, el Asilo de Mujeres Indigentes, el Asilo Especial para Niñas, el Asilo de Locas, el Manicomio del Tablón y el de Bogotá.

Este último (figura 21), es un magnífico edificio que se compone de dos departamentos: uno para hombres y otro para mujeres, separados de la administración. Cada departamento tiene cuatro pabellones de dos pisos, con diez y seis salas bien aereadas y orientadas. La administración comprende: el alojamiento para las Hermanas de la Caridad;



Pabellón de Administración del Manicomio de Cundinamarca (Fig. 21)

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

el despacho para el Médico y el Síndico; la sala de fiestas y la biblioteca, droguería, locutorios, capilla, cocina, comedores, graneros, ropería, baños y lavandería. Tambiéne tndrá talleres, enfermería, planta eléctrica, cochera, depósito de cadáveres, jardines, huerta y amplios corredores y patios. El presupuesto de esta obra, que se comenzó bajo la dirección del Ingeniero señor Ramón J. Cardona, autor del proyecto, se calculó en $ 900,000.

Iglesia de San Francisco.

(Fig. 22)

Si el desconocido artista que enfocó el objetivo de su cámara en dirección de la hermosa torre de San Francisco, cuando no había sido afeada con la descomunal muestra que hoy lleva, volviera de nuevo al mismo sitio de donde tomó hace cuarenta años la vista que el grabado reproduce, (fig. 22) encontraría tres grandes edificios, debidos al adelanto arquitectónico de la ciudad, a saber: el Palacio de Gobierno, el Pasaje Rufino Cuervo y la Casa de López.

El primero, se está ejecutando de acuerdo con los planos del arquitecto Lelarge y será uno de los más bellos monumentos de la capital. El segundo, que ocupa el sitio donde se ven esas cabañas pajizas, fue principiado por el arquitecto español señor Alejandro Manrique; se continuó más tarde, bajo la dirección del ingeniero departamental, señor Julio Garzón Nieto, con el producido de la renta de timbre de Cundinamarca, que dio magníficos resultados y que nacionalizó después el Gobierno. Posteriormente, el Ministerio de Obras Públicas se hizo cargo de los trabajos, que continuaron por algún tiempo, dirigidos por el ingeniero señor Manuel J. Peña y después por don Diego Páez, ingeniero del mismo Ministerio. La obra en verdad no hace honor a ninguno de los profesionales que intervinieron en su dirección, como que se reciente de falta de unidad, tanto en su dis-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

tribución como en las fachadas, de las cuales, tal vez la mejor es la de Manrique, que da a la carrera 7.ª

El tercer edificio (figura 23) ha sido hecho en cemento y acero, según el estilo americano, y la obra fue dirigida por el señor R. M. Farrington, autor de los planos. Se levantó sobre la carrera 8.ª y la calle 14, en el sitio que ocupaba una antiquísima casa, que la leyenda aseguraba que había servido para alojar al Mariscal Quesada. Esa finca pasó a manos de un piadoso santafereño que la donó, en su tiempo, a la cofradía de la Veracruz, para que ésta tomara a su cargo el cuidado de acompañar a los reos al cadalso y los ayudara a bien morir. Sobre su portada tenía un medallón barroco, que llevaba en la parte superior una corona, en el centro el monograma de la Virgen, al rededor la leyenda *Santisima de gracia, ora pro nobis*, y en la parte inferior, la fecha 1771. Esta piedra se conserva aún sobre la fachada lateral del nuevo edificio.

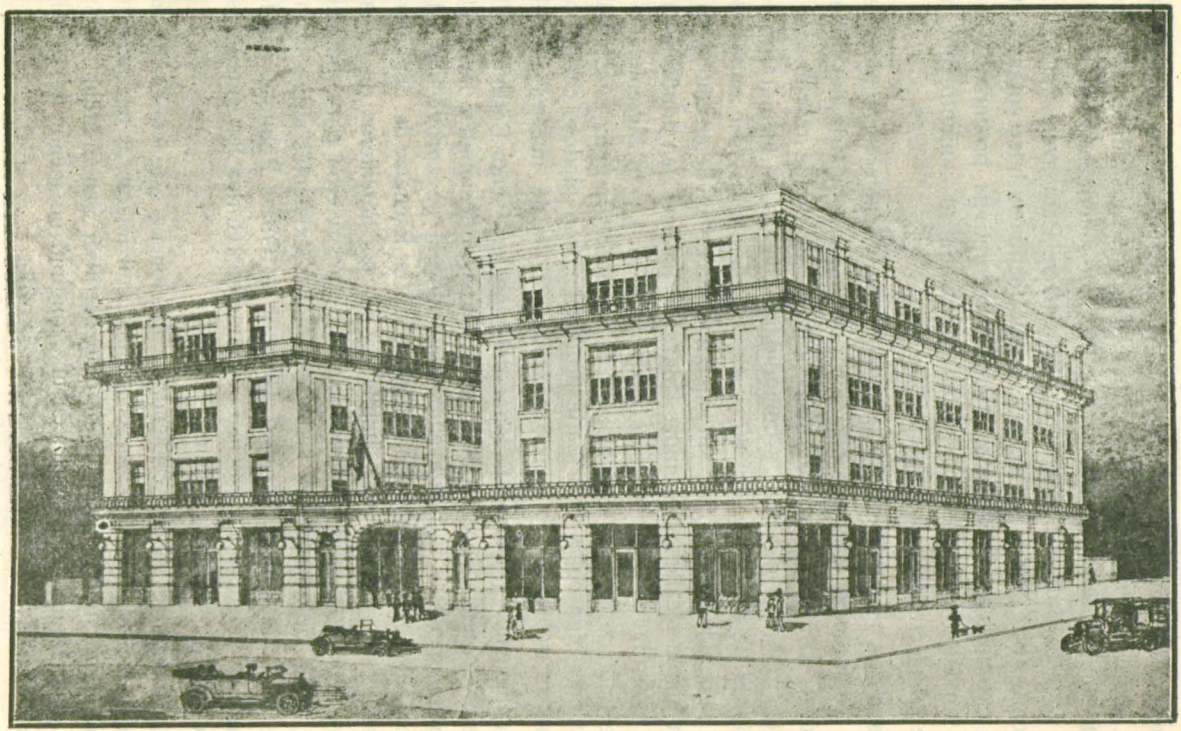
La obra se emplazó sobre una superficie de 4,300 varas cuadradas, y es uno de los locales más espaciosos y capaces que se han hecho en Bogotá. Fue su propietario el señor Pedro A. López, quien fundó allí el Banco de su nombre, hoy Banco de la República, por haber pasado a ser de propiedad nacional.

Vemos pues, así, a vuelo de pájaro, el eclectismo que hay en Bogotá en arquitectura, que puede considerarse como una mezcla abigarrada de estilos de toda clase, ejecutados con más o menos gusto, sin un carácter propio y definido.

En las reformas y nuevas obras que se han hecho, se habría podido obtener mejor efecto estético, si hubiera prevalecido un criterio bien entendido, y tal vez, con un costo menor, la ciudad contaría con los amplios edificios coloniales, que, sin que amenazaran ruina, fueron demolidos para construír sobre sus cimientos otros modernos. Así, por ejemplo, el Teatro de Colón, el Palacio de Justicia, el Palacio de Gobierno de Cundinamarca, la Escuela de Derecho, el Colegio de San Bartolomé, se hubieran podido levantar en otros sitios, más adecuados, sin dejar de ser centrales, como hay tántos en abundancia, en todos los barrios de la ciudad.

Este defecto provino de la falta de un plan de urbanización, en que se tuvieran en consideración las modernas reglas, preconizadas por maestros en la materia, como Stubben, por ejemplo, quien formuló algunas, en las cuales aconseja la adopción de cuatro especies de calles, a saber: radiales, angulares, diagonales y transversales, en las que de-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia



Edificio que construyeron los señores Pedro A. López y Cía. y que es hoy de propiedad de la Nación.
(Fig. 23)

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

ben tenerse en cuenta la orientación y la adopción de ciertas líneas, curvas, para facilitar la belleza arquitectónica de los edificios, generalmente oculta por esas calles largas, de estilo americano, que han merecido el justo título de *Boulevares del Spleen.* Para avenidas de trayecto corto, este autor aconseja el trazado rectilíneo, interceptando sus puntos extremos por edificios suntuosos y decorativos, procurando conservar aquellos que aporten una nota agradable al conjunto, por razón de su efecto estético y pintoresco.

Estas reglas causarán escándalo a nuestros consejeros municipales, que no comprenden otra urbanización que la eterna y fría del tablero de ajedrez, a la cual sujetaron a Bogotá, y de donde resultó que la ciudad perdiera en atractivo y comodidad. Además, se aminoraron sus condiciones de salubridad, al erigir elevados edificios, sin ampliar las calles, en debida proporción, sin sujetarlas a un plan de ensanche futuro, con amplias calles y avenidas, plazas y jardines, en donde se hubieran consultado lo natural y lo bello, lo racional y lo higiénico, y el cual se hubiera desarrollado al lado de la ciudad antigua, sin modificarla y más bien como para darle protección, con piadoso cariño, por guardar las tradiciones y leyendas de tres siglos de nuestra historia.

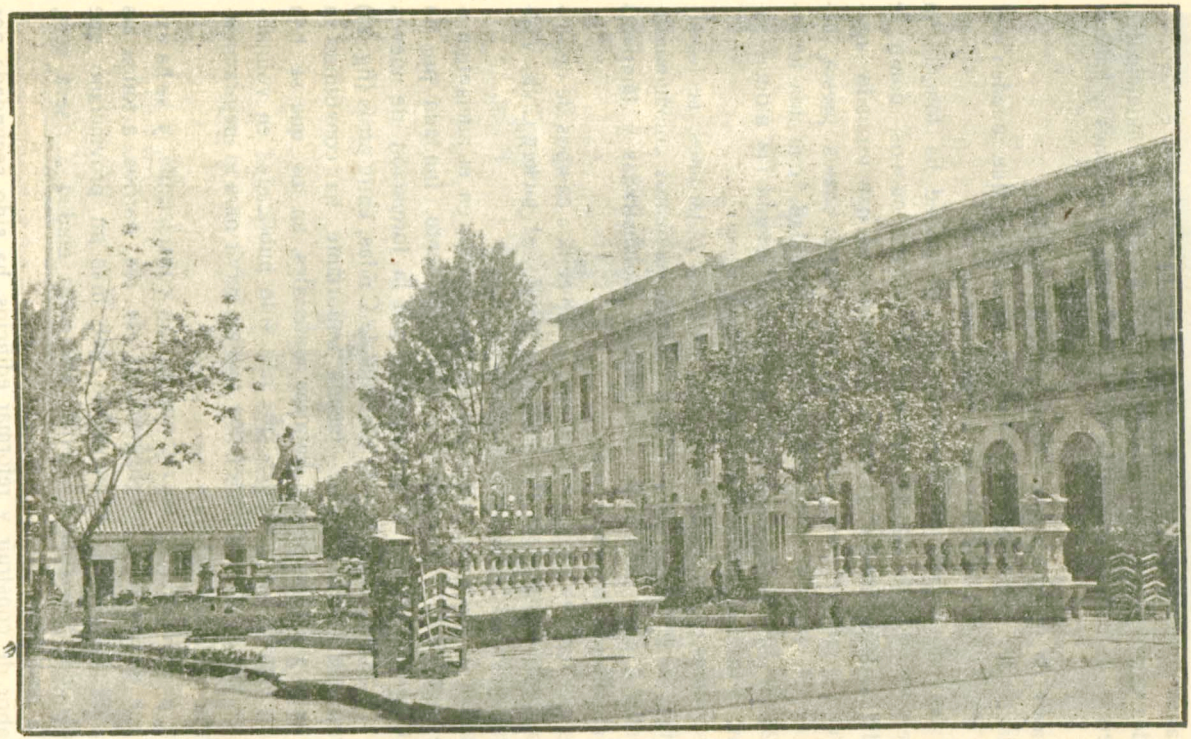
Recientemente, gracias a la labor del ingeniero señor Enrique Uribe Ramírez, y con el concurso de algunos otros profesionales, se ha elaborado un plano de la futura ciudad, en el cual se aprovecharon los estudios anteriores, hechos por alumnos de la Escuela de Ingeniería, que habían sido compilados y ampliados por los ingenieros de la casa Pearson, y se agregaron otros documentos, que sirvieron para completar la obra. A fin de adaptarla a las disposiciones existentes sobre la materia, el señor Joaquín E. Cardozo, Director de Obras Públicas que fue del Municipio, elaboró un extenso acuerdo que reforma los anteriores y permite adoptar el nuevo plano.

En la actualidad se está haciendo la edición de este interesante trabajo, que ha sido acogido por el público con interés, y que permitirá desarrollar la ciudad desde el apartado barrio de San Cristóbal, al Sur, hasta el de Usaquén, al Norte, en una longitud no menor de 15 kilómetros.

Según este proyecto, se clasifican las plazas en cuatro tipos, así:

1.º Plazas artísticas, que son centros cívicos administrativos, en los cuales pueden agruparse los siguientes edificios: de Gobierno, de la fuerza pública, de la instrucción pública, de la beneficencia, diversiones, religiosos y de habitaciones.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia



Plazuela de Caldas.

(Fig. 24)

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

2.º Plazas comerciales; que son centros de este carácter, en las cuales pueden establecerse los siguientes edificios: servicios municipales, de comercio, industrias, empresas de transportes, diversiones y habitaciones.

3.º Plazas de mercado, que tienen este solo destino.

4.º Plazas de concentración y cambio de tráfico, que pueden ser también adoptadas como centros comerciales.

En la segunda década del presente siglo, la ciudad ha tomado un ensanche considerable, con la apertura de barrios nuevos, donde se están edificando quintas elegantes y suntuosas, se han formado lugares de recreo, con parques, jardines y lagos, a los cuales presta servicio la red de tranvías, electrificada en su totalidad, con una longitud de 25 kilómetros, los que mueven por año, según las últimas estadísticas, cerca de siete millones de habitantes.

En las plazas, plazuelas y avenidas, parques y jardines, se levantan estatuas de bronce, bustos de próceres, monumentos conmemorativos, fuentes y pilas metálicas, candelabros, balaustradas y lámparas para el alumbrado incandescente.

En los alrededores de la ciudad, hay establecidos campos de deporte, como los que tienen el Polo Club, el Golfo, el Jockey Club, y algunos establecimientos de educación.

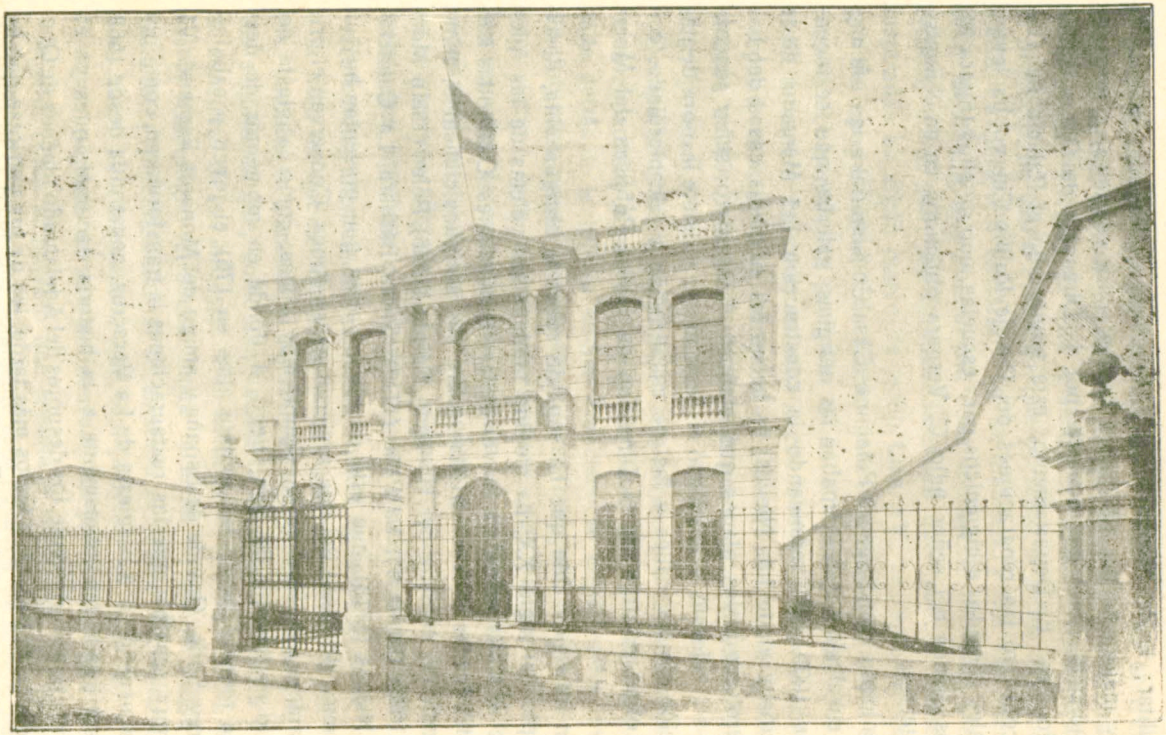
De manera eficaz y desinteresada ha colaborado, en el adelanto material de la ciudad, la Sociedad de Embellecimiento, fundada por un grupo de caballeros, que ha propendido por la formación de nuevos jardines y terrazas, como el de la Plazuela de Caldas, entre otros (fig. 24)

Un grupo de particulares, no menos importante, ha constituído la reunión de dos Congresos de Mejoras materiales, en los que se han presentado estudios interesantes, que han sido publicados en volúmenes que contienen disposiciones que pueden servir para el mejoramiento de otras ciudades del país.

En una palabra, el afán de reforma es tan considerable, y se ha extendido con el apoyo de los Inspectores de los barrios, a todos los rincones, que justifica la exclamación que hizo un provinciano que llegó a conocer y visitar la capital: «Hermosa ciudad..... será esta, cuando la terminen».

Esta labor de construír y reformar edificios, ha sido secundada por los Gobiernos, y así vemos que el de la nación, además de la obra del Capitolio, ha hecho locales nuevos, que sirven para las Facultades de Ingeniería y de Derecho, según los planos del arquitecto señor Arturo Jaramillo; el Palacio de Justicia; el Instituto Pedagógico; la Es-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia



Edificio de las Escuelas Públicas Departamentales.

(Fig. 25)

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

cuela Militar; la de Medicina; el Laboratorio de Higiene; atiende al arreglo y mejora de las oficinas y locales para cuarteles, y otros de su dependencia, obras que acomete por la Dirección de Obras Públicas Nacionales. El Departamento, está terminando el Palacio de Gobierno, concluyó las reparaciones del Pasaje Rufino Cuervo, ha levantado locales cómodos e higiénicos para escuelas, uno de ellos (figura 25) según los planos del señor Julio C. Vergara obtenidos en un concurso de arquitectos.

El Municipio, construye su Palacio o Casa Consistorial y las oficinas anexas, en el sitio que ocupaban las antiguas galerías que se incendiaron en 1900, está terminando la construcción del Mercado de la Concepción y el de Las Nieves, ha hecho las primeras casas del barrio obrero, según los planos que elaboró el ingeniero señor Joaquín E. Cardoso, reformó y ensanchó el cementerio, acomete la obra de pavimentación de las calles y las de canalización y alcantarillado, con algunas otras, a cargo de la Direccion de Obras Públicas del Municipio.

El afán de renovación que ha soplado sobre la antigua villa, desde el principio del siglo XX, ha movido también las veletas de las iglesias, que se han resentido a su vez de las innovaciones. Casi todas han sido modernizadas o reconstruídas sobre sus antiguos cimientos, como ocurrió con las capillas del Hospicio, Egipto (1556), Belén (1580), Monserrate (1626) (figura 1); La Peña (1717); Santa Bárbara, La Candelaria, Las Nieves (1713), que está en obra, y otras, que presentan hoy un aspecto muy diferente del que tuvieron en su época. Conservan el primitivo carácter, sencillo de su tiempo muy pocas, como la iglesia del extinguido monasterio de San Diego, a donde en momentos de despecho, se retiró a pasar sus últimos días en 1761, el joven y caballeroso Virrey Solís, Grande de España y amigo del Monarca Fernando VI, y sería muy sensible que las restauraciones la transformaran, como por desgracia ocurrió ya a la iglesia de La Veracruz, construída desde 1562, la que está ligada tan íntimamente a la historia nacional, pues ya en 1597, recibía transitoriamente, los despojos del Adelantado Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá, y siglos más tarde, los de los patriotas que fusiló el Gobierno español en la Revolución. La iglesia había sido ensanchada en 1631, y quedó reedificada en 1748, según el aspecto que hasta há poco conservó. En 1827 sufrió con el terremoto de ese tiempo, y en 1904 se reconstruyó totalmente.

Debido a la iniciativa del Párroco del Barrio de San Pablo, que era

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

el virtuoso sacerdote doctor Nepomuceno Fandiño, fue abierto un concurso entre los arquitectos de ese tiempo, para que presentaran el mejor plano de reformas de esta iglesia, y el Jurado de calificación eligió el proyecto, de estilo bizantino, que presentó el señor Mariano Santamaría. La obra, sin embargo, no se hizo así, y fue encomendada al señor Lombana, que ejecutó una cosa totalmente diferente, plagada de errores, como son: las ventanas laterales que parecen hubieran sido inspiradas en algún marco de estilo Luis XV; la torrecilla, que en lugar del apoyo lateral, más propio para sustentarla, se eleva sobre un ángulo del frontón; la profusión de estucos, colores, dorados, que ostenta, a manera de salón mundano, con que se le decoró, para que correspondiera mejor a la categoría de Panteón Nacional, como fue decretado en 1910, le hizo perder totalmente el carácter religioso que antes poseía.

Desapareció, con la reforma, el sentimiento que inspiraba esa carcomida espadaña, ennegrecida por los años, que, modestamente escondida detrás de la iglesia de San Francisco, se erguía sobre los tejados, ya doblados por la pesadumbre de su musgosa techumbre. Callaron para siempre esas campanas y esquilones que marcaron con sus dobles los instantes de angustia que pasaron los próceres que allí iban a ser sepultados, en tanto que en los pobres y escuetos muros del interior resbalaron muchas veces, lentos y quejumbrosos, los acentos del *miserere* que entonaba la cofradía que les ayudó a bien morir.

De noche, mientras un clamoreo sonoro se levanta sobre la ciudad, a la hora en que las campanas elevan como una plegaria por los muertos, llamaba la atención el tañido, cascado y destemplado, de esos viejos esquilones que, como una voz de la desaparecida Santa Fe, se unía al concierto de los bronces. Y al escucharlo, la imaginación, rápida como el relámpago, retrocedía hasta la fecha en que se erigió el campanario; y parecía como si se asistiera al desfile interminable de generaciones ya extinguidas, que, semejantes a un bajo relieve de Bartholomé, pasaran en una no interrumpida procesión, hacia la tumba.

Fueron como el polvillo que levanta el viento, sin que de ellas haya quedado ni el recuerdo. Solamente esos pedazos de bronce habían permanecido allí por más tiempo y parecían advertirnos, con su apagada voz, que ya mañana no seremos.....

Y esa fiebre de novedad que lo arrasa todo, se ha extendido por el mundo, como una epidemia, y así vemos que en México, don Toribio Esquivel Obregón, con tristeza, anota lo que sigue:

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

«En el frontispicio de la riquísima Biblioteca de la Universidad de Columbia en Nueva York, se halla una inscripción en que se dice que aquella célebre institución fue fundada, bajo el nombre de Colegio Real, en el siglo XVIII, por el Rey Jorge II de Inglaterra. ¡Cuán orgullosos estaríamos nosotros los mexicanos de ostentar ahora la Universidad fundada en México por el Emperador Carlos V en el siglo XVI, conservada por más de tres siglos y que, en lugar de ser reformada, fue destruída por un partido que por una anomalía de nuestro vocabulario político se ha llamado Partido Liberal y Progresista!» *

O es Martínez Vivot, quien, desde Buenos Aires, dice: «.... el antiguo colegio de San Carlos, creado en 1778 como primer arranque de la vida escolástica y de los estudios superiores, no es respetado por las ideas nuevas de mandatarios sin escrúpulo y amor a los recuerdos históricos de arte y civilización; destruyen obras tan magnas y típicas que por su contextura parecían querer desafiar muchos siglos, para levantar el actual Colegio Nacional que en estos momentos se termina».

Y también, V. M. Carrio, que escribe desde La Paz: «Produce dolor y algo así como reproche las exigencias contemporáneas que edifican nuevas y progresistas ciudades sobre los restos de las antiguas. Prohíbase la destrucción de los viejos edificios, de las iglesias coloniales repletas de tesoros de un arte infantil, del arte del renacimiento interpretado por clérigos de ultramar y ejecutado por inexpertos indígenas, en cuyas naves flotan todavía las cántigas de los fieles color cobrizo, que entonaban sus alabanzas a la Virgen, en música gregoriana e idioma quichua o aymará; de ciudades que hacen revivir el pasado oscuro y polvoriento, con la muda elocuencia de muros, ventanales y callejuelas, cuyas piedras reflejan clara y vagamente las fatigas de los siglos y de las almas que fueron.....»

En Bogotá está ocurriendo lo mismo, pues el espíritu reformador invadió ya todos los campos y amenaza acabar diariamente con las obras que nos legó la colonia. El misticismo que se desprende en el interior de esas viejas iglesias, ejecutadas por artistas sinceros y creyentes, se evapora ante el sello impertinente de las refecciones modernas, que, con sus dorados y estucos, acentúan una nota, en desacuerdo con la pátina que el humo del incienso puso sobre sus tallas de madera, ricamente ornamentadas.

El antiguo estilo español, de manifestaciones pesadas y de una severidad casi monástica, está desapareciendo rápidamente, y el artista o el

* En Colombia la éra demoledora le tocó al Partido conservador.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

poeta que deseen evocar el pasado, tendrán que ir a ciudades como Tunja o Cartagena, que no han sufrido aún modificaciones sustanciales, donde hallarán esas vetustas mansiones que en las noches de luna se iluminan misteriosamente y viven como envueltas en añejas y melancólicas leyendas.

No somos enemigos de las obras modernas; únicamente queremos que se armonicen las exigencias del progreso con las conveniencias del público, sin descuidar la estética ni la salubridad; que si se acomete una obra, se siga un plano bien estudiado y se haga la construcción sin modificiones, hasta terminarla, y sin defraudar el buen gusto, como ocurrió ya en la obra de las galerías, que aún tiene inconclusa su cubierta, o con el Palacio de la Carrera, en donde faltan los adornos y grupos escultóricos que proyectó el arquitecto; que si se cultiva con esmero un jardín, no se tale mañana; que si se hace un edificio para determinado fin, no se destine a otro objeto, como ocurrió ya un caso; que si se levanta aquí una estatua, no se retire después a otro sitio, que parece mejor; que si se han cometido errores, que sirvan para ejemplo de las nuevas obras o monumentos que deban levantarse más tarde, y, más bien, que se procure disimular los defectos con arte, sin apelar a la demolición; que no se defraude a las generaciones futuras de los monumentos coloniales que aún quedan, como el patio del Convento de Santo Domingo, la iglesia y la torre de San Francisco, que algunos proponen que sean demolidos, sin objeto justificable. *

Muy lamentable ha sido el error que se cometió al involucrar dentro de una ciudad antigua otra moderna, con sus servicios complicados de canalizaciones de agua, eléctricas y de desagües, y con sus medios de comunicación, que han quedado defectuosos y la hacen impropia para la vida activa y la seguridad de sus habitantes.

Estas consideraciones que no son el producto de un sentimentalismo literario, se han hecho ya, en otras naciones, por personas muy competentes y estudiosas, a las cuales se debe prestar atención. En efecto, en el primer Congreso Internacional de Arquitectos, que tuvo lugar en el Uruguay en el año de 1920, se dejó constancia acerca de ellas en las siguientes líneas, que juzgamos oportuno reproducir:

«EDIFICACIONES URBANAS.—REFORMA DE LOS PLANOS COLONIALES. El Primer Congreso Panamericano de Arquitectos llama la atención de los Gobiernos nacionales y locales sobre la imprevisión y falta de estudio de las condiciones de higiene, estética y economía de tráfico

* Igual cosa puede decirse de las Murallas y Castillos de Cartagena.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

que se observa en la generalidad de las ciudades americanas, lo que ha ocasionado un estado de cosas en extremo defectuoso, y cuya corrección será tánto más difícil cuanto mayor sea el tiempo que se pasa sin abordar el estudio y resolución de los múltiples problemas que tienen relación con el progreso urbano, considerando:

Primero. Que el medio positivo y racional para subsanar los defectos producidos por la imprevisión y los errores del pasado, y para poder preparar las ciudades del futuro en condiciones propicias para la vida es el establecer un plano regulador general de las reformas y ensanches de cada uno, completado por un cuerpo de ordenanzas que reglamenten las distintas modalidades de aplicación;

Segundo. Que es necesario que las ciudades de América, de origen y formación igualmente colonial y cosmopolita, y cuyos planos responden en general al mismo criterio de uniformidad geométrica, realicen en sus reformas y ensanches los principios de urbanización moderna ya adoptados universalmente, con evidentes ventajas prácticas y estéticas;

Tercero. Que hay conveniencia en asegurar por medio de un organismo central el intercambio de ideas, proyectos y observaciones experimentales entre las ciudades de América y en establecer inmediatamente un plan de propaganda que tienda a despertar el interés del público fomentando y encauzando el estudio de los problemas de urbanización en sus múltiples aspectos.

Hace votos porque las autoridades nacionales y locales de todos los países de América legislen en forma práctica y perentoria y consideren como obligación inicial el estudio y la adopción de planos reguladores de todo centro urbano, recomendándose que sólo por excepción se siga el sistema de cuadrículas uniformes que ha predominado hasta ahora, y se determine el emplazamiento, disposición y extensión de los parques, jardines y casas, previéndose la ubicación necesaria de los edificios públicos y los monumentos, y, como complemento necesario, se formule un cuerpo de disposiciones que reglamenten la aplicación de los planos en todos los aspectos. Hace votos porque las facultades y escuelas de arquitectura incluyan en sus programas un curso especial de urbanización, y que las sociedades de arquitectos creen clases libres y gratuitas para la divulgación de sus principios. Hace votos también porque se constituyan sociedades de arquitectos en cada ciudad de América, y ligas, con el fin de despertar, dirigir y estimular la iniciativa oficial para los problemas más im-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

portantes y la confección de un plan orgánico de centros urbanos. Hace votos, por último, porque se funde una Liga Panamericana de Ciudades».

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE LA ARQUITECTURA EN AMÉRICA.— El mismo Congreso aprobó el siguiente acuerdo:

«El Primer Congreso Panamericano de Arquitectura considera de necesidad, como complemento de la enseñanza de la Historia de la Arquitectura que den las Universidades americanas, y por consiguiente como complemento de la educación y cultura artística del arquitecto americano, un mejor conocimiento de la Historia de la Arquitectura de América.

«Cada Universidad o cada Facultad de Arquitectura del continente desarrollará con especial interés la arquitectura y el arte propio del país y de las regiones que abarca, construyéndose así, por complementación, las grandes obras de historia de la Arquitectura de América».

HABITACIONES BARATAS.— HIGIENE, SEGURIDAD Y ESTÉTICA.—Se aprobó también el siguiente programa de habitaciones obreras:

«Primero. Fomentar la construcción de habitaciones higiénicas y baratas por medio del apoyo moral, legal y pecuniario de los Gobiernos y de las Municipalidades e instituciones particulares;

Segundo. Difundir la edificación individual y familiar en los alrededores de los barrios fabriles e industriales, dotándolos de fácil acceso a los centros urbanos y recomendando la edificación de casas colectivas en los centros densamente poblados;

Tercero. Exigir como condición previa para la edificación de condiciones baratas, que los terrenos destinados a este objeto estén dotados de servicios sanitarios, luz y pavimentación;

Cuarto. Solicitar a las Municipalidades y reparticiones de obras sanitarias de la nación, provincias y Gobernaciones, las modificaciones de los reglamentos de construcción en vigor, adaptándolos a las necesidades económicas requeridas para los trabajos sanitarios y altura de las habitaciones, y afrontando las menos costosas, con el fin de obtener con ello economía en su ejecución, sin faltar a las reglas de higiene, seguridad y estética edilicia;

Quinto. Indicar como conveniente la fundación en cada país del Banco Nacional Constructor de casas económicas, a cuyo fondo deberán contribuír los patrones, industriales y comerciantes, capitalistas y hacendados pudientes, con excepción de aquellos que se hayan suscrito a una iniciativa privada de construcción de casas de la misma índole;

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Sexto. Señalar como obra de caridad y previsión social la construcción de refugios nocturnos para los indigentes que llegan periódicamente a las grandes ciudades, sin encontrar lugares baratos y respetables en qué hospedarse».

CREACIÓN DE FACULTADES ESPECIALES DE ARQUITECTURA.—El Congreso aprobó, por último, también la siguiente conclusión:

«Considerando que la arquitectura es un arte esencialmente intelectual y creador y que sólo puede realizar sus concepciones sometiéndose a las leyes que rigen la materia y a las que les son impuestas por su fin utilitario, que esta particularidad exige al arquitecto conocimientos artísticos y científicos para poder concebir, proyectar y construír los edificios, respondiendo así a las exigencias primordiales de su utilidad, solidez y belleza, circunstancia que hace de estos conocimientos una especialización bien definida; que la íntima relación que debe haber entre los estudios de índole artística y científica necesarios al arquitecto hace indispensable que se desarrollen en un ambiente absolutamente distinto del puramente científico que predomina en las Facultades de ciencias exactas, o del puramente artístico de las escuelas de Bellas Artes; que la creación de las distintas profesiones es sin duda el factor más importante para su progreso, por cuanto con ello se facilita la reúnión con fines de estudio y mejoramiento de las personas que se interesan en el cultivo de la ciencia y el arte, creándose así una emulación y un ambiente favorables para su desarrollo; que la experiencia adquirida, especialmente en los países de América que han creado facultades o escuelas de arquitectura, confirma suficientemente las ventajas que se obtienen cuando los estudios para arquitectos se hacen en institutos especiales; por todas estas consideraciones, el Primer Congreso Panamericano de Arquitectos declara: 1.º Que es indispensable para el debido progreso de la arquitectura en los países de América la creación de facultades y escuelas especiales de arquitectura, en las que deben figurar los estudios artísticos, técnicos y científicos necesarios al arquitecto, porque reconoce que sólo así es posible dar la enseñanza completa y adecuada necesaria para el ejercicio de aquella profesión y prepararlo para que sea un factor eficiente en la cultura de los pueblos; y 2.º Que conviene que las sociedades de arquitectura de cada país aborden el estudio de esta cuestión y lo propongan a sus institutos de enseñanza, para el progreso y la buena orientación de los estudios de arquitecto».

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

La amplitud que ha tenido el progreso urbano, no debe considerarse solamente por la belleza que tengan las fachadas y monumentos ni por el lujo de sus habitaciones. Las ciudades, como centros de agrupación humana, se encuentran sometidas a las prescripciones de la ciencia sanitaria que impone reglas de ornato e higiene, que eran completamente desconocidas en la vieja Santa Fé. Veamos, en efecto, la pintoresca relación que el Virrey, señor Mendinueta, hizo en 1803, del estado general en que se hallaba la ciudad por ese tiempo:

«A pesar de la situación favorable de la ciudad, de la abundancia de aguas que la riegan y de otras proporciones debidas sólo a la naturaleza, se advierte con admiracióu y no sin fastidio, lo sucio de las calles y plazuelas; lo incómodo de los empedrados y embarazadas las aceras con los muebles y vasos destinados a la fábrica de chicha, con la ropa y con los desperdicios de las casas y las tiendas. No hay método ni orden en abrir las cajas de agua y descubrir las cañerías, se hacen fosos profundos en las calles y duran abiertos semanas enteras no sin peligro de las gentes, como lo ha acreditado la experiencia, y sin contar con la abundancia de perros; es cosa muy común ver de noche y aun de día por las calles los burros que andan sueltos buscando su alimento entre los caños y guareciéndose de la lluvia en los zaguanes o arrimados a las paredes con incomodidad de los vecinos».

Hoy, gracias al aumento de la riqueza pública, debido al desarrollo de las industrias, como la del cultivo del café, que es una de las principales del país; al mayor grado de cultura de sus habitantes; a los viajes frecuentes al Exterior; a la circunstancia especial de ser Bogotá la capital de la República y ser asiento de los altos poderes civiles y eclesiásticos y residencia del Cuerpo diplomático y consular; al desarrollo de las vías férreas y carreteras, que permiten mayor afluencia de visitantes, se han obtenido importantes mejoras que han cambiado la fisonomía de la antigua capital del Virreinato, según puede observarse de la descripción ya hecha, y de la apariencia de cualquier calle de la ciudad, como la que reproduce el grabado de la Plazuela de Caldas, por ejemplo. (Figura 24).

La construcción del alcantarillado de la ciudad, obra que se emprendió en 1886, vino a sustituír el pésimo sistema de desagües sobre la superficie de las calles, y con ayuda del acueducto tubular de hierro, que por esa misma época se hizo, se pudieron instalar, en todos los edificios los servicios sanitarios, indispensables en todo centro urbano.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Además, por la trascendencia que tiene para la salubridad pública, merece citarse la canalización de los riachuelos que atraviesan la ciudad, que vendrán a quedar convertidos en colectores cubiertos del alcantarillado. Esta importante mejora pública fue iniciada en 1908, y principió a ejecurarse en la Plazuela de Ayacucho, bajo la dirección del ingeniero Sr. Pedro Uribe Gauguin. En vista del resultado que se obtuvo y gracias a los esfuerzos de los señores Liévanos, la obra se continuó hacia el Occidente, en donde se abrieron varias amplias avenidas, con elegantes edificios que se construyeron en lo que antes eran las riberas infectadas del riachuelo de San Agustín.

Con el auxilio que decretó el Congreso, se acometió después la obra de canalización del río San Francisco, entre las calles 11 y 12, y actualmente se ha emprendido la terminación de ella, hacia el Oriente, con lo cual, quedará abierta una vía central amplia y cómoda, que ayudará a descongestionar el tráfico de las calles y dará acceso a lotes de terreno, que podrán edificarse por la situación ventajosa en que han venido a quedar; y otro tanto ha ocurrido con el río San Agustín, en donde están adelantados los trabajos. La pavimentación de las calles merecería también una historia especial, desde los empedrados de cantos rodados que los patriotas, bajo el látigo del Pacificador Morillo, hicieron en algunas calles y plazas, hasta los modernos de ladrillo vitrificado, o de asfalto, que han sustituído a los empedrados de adoquines y a los pisos de macadams, de las avenidas y calles, que se emplearon en el siglo pasado. La obra de pavimentación moderna, iniciada durante el gobierno del señor Alvaro Uribe, como Gobernador del Distrito Capital, en 1908, comenzó con el asfaltado de una carrera y el enladrillado de una calle, de las de mayor tráfico. El ensayo duró en buen estado por varios años, sin exigir reparaciones urgentes, lo que fue un halago para las autoridades, que han adoptado después, para todas las calles de Bogotá, estos pavimentos.

Entre las mejoras acometidas recientemente en favor de la raza, figuran la adquisición de las zonas hidrográficas de los lechos de los riachuelos que proveen a la ciudad de agua potable, la arbolización y aislamiento de las mismas y la instalación de plantas de cloro, para la purificación de las aguas, con lo que se ha disminuído la propagación de la fiebre tifoidea y de otras enfermedades de análogo origen, que deberán desaparecer completamente, cuando esté más perfeccionado nuestro rudimentario sistema sanitario.

En efecto: a pesar del adelanto obtenido, falta mucho por hacer en

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

favor de la salubridad, pues subsisten aún, en las faldas de los cerros que rodean la ciudad, las covachuelas inmundas, que no solamente por razones de higiene y moralidad debieran demolerse, sino por conveniencia pública, como que son focos infecciosos que dominan la población y ocupan el lugar en donde debieran construírse magníficas residencias de recreo que cuentan con el Paseo de Bolívar como acceso y tienen un magnífico panorama desde esa altura.

Faltan también barrios obreros en donde se pueda alojar, en condiciones favorables, una gran masa de población, que vive y trabaja en locales inadecuados, como son las oscuras y mal ventiladas piezas y tiendas que en la actualidad ocupa, con peligro de su salud y de la del vecindario.

Necesita un matadero municipal, que sustituya el local antiguo, construído desde tiempos de Santafé, y que es una verdadera afrenta para la ciudad. Varias tentativas infructuosas se han hecho para levantar un matadero que merezca ese nombre, y por lo pronto recordaremos que cuando fue Alcalde de Bogotá el señor Higinio Cualla, cuyo nombre se halla ligado a muchas mejoras públicas, y por iniciativa del ingeniero municipal, que era el señor Zoilo Cuéllar, se abrió un concurso de arquitectos para que se presentara un proyecto de matadero público. Entre cinco trabajos importantes, fue elegido, por el Jurado de Calificación, el proyecto del arquitecto español señor Murat Romero, pero a causa de las dificultades financieras de ese tiempo, agravadas por el régimen del papel moneda y por la guerra civil, no pudo realizarse la obra y los trabajos se perdieron en el incendio de la Casa Consistorial, que ocurrió en 1900.

Posteriormente, durante el gobierno del General Reyes, el autor de estas líneas hizo, por encargo del Gobernador, señor Uribe, un estudio completo, para centralizar la matanza de ganado mayor y menor, en un local amplio, provisto de aguas en abundancia, con facilidad para el transporte de la carne y su desprese, con aprovechamiento de los despojos, que hoy no tienen aplicación y que pueden usufructuarse ventajosamente, el cual estaría provisto de aparatos para los sistemas que se emplean en los establecimientos similares.

Los planos, con la aprobación de la autoridad sanitaria, se pasaron en consideración de los ingenieros de la casa de Pearson & Son, de Londres, que tenía celebrado un contrato para la construcción de obras importantes en la capital, y fueron aprobados por ellos y se incorporaron entre los proyectos que presentaron al Gobierno. Por desgracia,

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

estaba destinado este trabajo, junto con los demás sobre saneamiento, a permanecer indefinidamente entre el polvo de los archivos, en donde han quedado después de que terminó la progresista administración de Reyes, tan combatida por todos, pero no superada por ninguna.

La falta de hornos crematorios, para la basura que produce la ciudad, se hace sentir cada día más, principalmente cuando, por ignorancia, se permite arrojar los despojos en los alrededores de la población, en vez de enterrarlos en zanjas que deben cubrirse con tierra, para evitar la propagación de la mosca doméstica, responsable de muchas epidemias que transmite.

También ha llegado ya el tiempo de que se provea a la ciudad de plantas depuradoras de aguas de alcantarillado, que van a contaminar las aguas de la Sabana y a llevar gérmenes nocivos, que luégo regresan a causar flagelos terribles, principalmente entre los niños, que se alimentan con la leche de los hatos ribereños.

Todas estas deficiencias tienen necesariamente que subsanarse con el tiempo, pues ha llegado la época de que se dejen de mano los gastos de lujo, y se acometan decididamente los que corresponden al saneamiento.

«El desarrollo de Bogotá ha sido siempre unilateral. Ha visto crecer su población por factores de inmigración; ha visto extenderse su desarrollo material, pero en cambio su higiene está en estado primitivo», dice en un interesante artículo sobre salubridad de Bogotá un distinguido facultativo. *

Es digno de anotar, sin embargo, que la Junta de Higiene ha dictado importantes disposiciones que indican que sabe velar por la higiene y la salubridad públicas, pero a las cuales falta aún el apoyo decidido de la autoridad, para que se cumplan con toda severidad y eficacia.

Además, en las entidades que constituyen los Consejos, se discuten ya problemas administrativos que, poco a poco, han ido desalojando las cáusticas discusiones bizantinas de la política, y llegará el día en que éstas hayan desaparecido por completo. Los temas sobre administración pública habrán absorbido la atención de las corporaciones, ante los progresos diarios de la ciencia y de la industria, en los ramos del Gobierno, que no será raro oír una discusión en los siguientes términos, parafraseando a un humorista francés:

---

* Doctor Jorge Bejarano. «El Tiempo», de 21 de junio de 1924.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

—El gran partido liberal construirá un kiosko para música, en el barrio Sur de la ciudad.

—Pues, el ilustre partido conservador, no puede permitir que se tale el Parque de Santander!

Y otros, por el mismo estilo.

Los materiales de construcción de que disponen hoy los arquitectos, han mejorado en Bogotá, en donde hay establecidas industrias nuevas, que eran desconocidas en la Colonia, como son: la fabricación de ladrillo, teja y tablón, prensados; de baldosines de azulejos y de terracota; de tubos de gres para desagües, sifones, lavabos, tazas de retretes, de loza vidriada; de ladrillo vitrificado, para pavimentos; de cementos y cales hidráulicas y sus derivados, como tubos, baldosas y baldosines; de mosaicos de madera (parquet), para pisos interiores de las habitaciones, que han sustituído a las esteras y alfombras, tan contrarias a la higiene. Además, se han desarrollado otras, como las de cerrajería y fundición, las de construcción de cocinas, estufas, calentadores y baños; de ornamentación en cemento y en yeso; fabricación de estucos; de vidrios para tejas, planos y baldosas, para claraboyas y sótanos. Como elemento de primer orden, figura la instalación de plantas eléctricas para suministrar luz, fuerza y calor, montadas por dos compañías diferentes como son la de Samper y la Nacional de Electricidad, que tánto contribuyen al progreso.

Todas estas circunstancias exigen hoy que las obras sean mejor estudiadas y que en su ejecución se eviten los costosos errores que se cometen cuando están encargadas de dirigirlas personas no muy competentes, según ocurrió ya en el Capitolio y en otros edificios importantes, en los cuales se notan defectos que no escapan a los ojos del conocedor de buen gusto.

Como ejemplos, podemos citar algunos casos en que hubiera podido darse mejor apariencia, con el mismo costo con que se hizo una obra, y se hubieran evitado errores como los que se ven en obras recientes. Así, la fachada del edificio que pertenece a la Compañía Colombiana de Seguros, sobre la calle 12, se desarrolló en un plan vertical, uniforme, sin un cuerpo saliente que hubiera justificado el frontón del coronamiento. Deplorable efecto causa también su rica escalera de mármol, soportada por mesquinas columnillas de fundición, en vez de una bóveda elegante. Muchas observaciones por este género se pudieran hacer en otros edificios importantes, en los que se ha tratado de disi-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

mular la pobreza de ingenio del constructor, apelando al criterio del ornamentador.

Para corresponder mejor a las exigencias de renovación que predominan en la actualidad, juzgamos que el arquitecto podría iniciar una restauración del estilo colonial, adaptándolo a las necesidades modernas y a la calidad de los materiales de que dispone; y que, volviendo la vista al pasado, se supiera inspirar en la antigua arquitectura española, rica en tradiciones moriscas, ojivales, del Renacimiento y de la época de decadencia, de que hablaremos después. Quizás en esas fuentes pudiera hallarse un estilo latino-americano, que responda mejor a las necesidades de cada región, sin tener que echar mano de imitaciones serviles que solamente revelan pobreza de imaginación y no llegan a caracterizar un estilo propio, nacional.

En Bogotá principia a iniciarse ya una especie de culto por la conservación de los muebles antiguos, que se está siguiendo también a los edificios. Véase en efecto el hermoso proyecto de residencia que hizo elaborar el distinguido caballero señor Alberto Samper, por desgracia fallecido recientemente, sin que hubiera podido llevarse a cabo el proyecto (fig. 26).

Quizás es Méjico el país que posee edificios más suntuosos y ricos del período colonial, como lo demuestran sus numerosas iglesias y templos de estilo churrigueresco, no igualados por los que se construyeron en Sur América. La Argentina parece que no cuenta con obras importantes, según se desprende de las siguientes líneas:

«Nuestro estilo colonial no tiene origen auténtico de los ya característicos y bien definidos estilos de buena cepa española. Del Plateresco, del Morisco, del Churrigueresco sólo tiene el colonial las reminiscencias del criollo y el mal recuerdo forjado por las mentes de aquellos españoles que con manos inexpertas levantaron los primeros edificios.

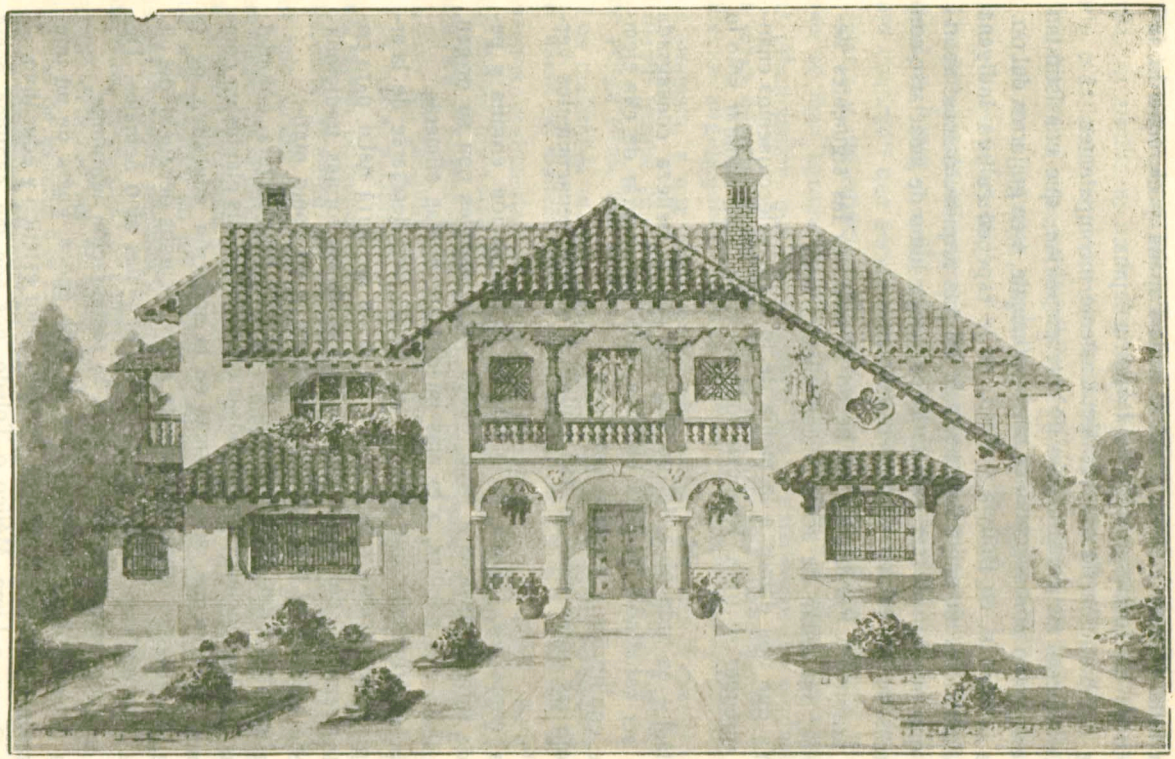
Así nuestro estilo colonial pobre en sus elementos constructivos, ha nacido del alma de los hijos de españoles, los que tenían de la línea sólo el concepto hereditario que sus padres trajeron como recuerdo de las lejanas tierras». *

Según el Profesor Kronfus juzga, el origen de los motivos coloniales fue el siguiente:

---

* («Reseña histórica de la arquitectura colonial en la ciudad de Buenos Aires», por Raúl Martínez Vivot, 1916).

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia



Proyecto de estilo colonial del Arquitecto De la Cruz

(Fig. 26)

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

1. La falta de una cultura igual a la de España y el recuerdo incompleto de las formas usadas en la patria lejana.

2. La colaboración de obreros técnicamente incompetentes.

3. El material de construcción de que disponían, que consistió tan pronto en granito poroso, como en barro solamente, o en guijarros del río.

4. La influencia, en Bolivia y Perú, de la especial cultura indígena que contaba con un pequeño tesoro de formas arquitectónicas aborígenes, que no dejó de ser característica y que hubo de mezclarse con las formas de los estilos barroco-españoles».

Y el arquitecto Pablo Hary ha hecho al respecto las siguientes deducciones, que están de acuerdo con nuestra tesis:

«1. Ya que nos damos a la manía de lo viejo, seleccionemos cuando de aprender se trata. Respetar todo lo viejo, pero admirar sólo lo bello.

2. Clásica es toda obra del pasado que por su belleza consagrada merece ser estudiada, no para imitarse, sino para retirar de ella ejemplos de equilibrios y armonía estéticas.

3. Sólo las obras clásicas han podido provocar renacimientos verdaderos.

4. La copia lisa y llana de lo clásico, la adaptación erudita y pedante de formas clásicas a necesidades incompatibles con su origen, los neos, en una palabra, a lo más pueden ser modas efímeras.

5. Ningún arquitecto que ame su arte puede desinteresarse de la arqueología monumental y menos aún de la de su tierra natal, para conocer los recursos del suelo y la evolución de las formas tradicionales. Debe estudiar el punto como arquitecto y no como pintor.

6. La manifestación más elevada de nuestra arquitectura colonial: nuestras iglesias, encierran provechosas enseñanzas; sus plantas en combinaciones de bóvedas, son clásicas en la acepción educativa de la palabra. Se adaptan maravillosamente a los recursos del suelo, del clima y a las creencias religiosas no sólo coloniales sino actuales. Debemos unirnos para defenderlas de toda restauración ignorante.

7. La decoración predominante es de baja época. Fuéra de un interés altamente pintoresco, carece de todo valor estético y educativo.

8. El Cuzco o Lima, Méjico o Toledo, nos son tan exóticos como La Meca. No podemos remontar la amplia corriente que nos arrastra hacia la tendencia Latino-Americana-Europea. Tendencia incompatible con la España de Felipe II. El pasado colonial americano es de exclusiva incumbencia del historiógrafo, del literato o del poeta.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Puede inspirar la Gloria de don Ramiro o «Les Conquerents» de Heredia. Al arquitecto no le inspiraría sino escenografía, si quisiera aplicarlo prácticamente a nuestras necesidades actuales».

Haremos una descripción breve de las características principales de la arquitectura colonial, según aparecen en los pocos edificios que van quedando en la ciudad.

Las primeras viviendas que los Conquistadores levantaron en la nueva ciudad, en 1538, formaban, según las costumbres de la época, un recinto cuadrado que servía de plaza pública, sobre la cual, al lado de la iglesia y del edificio consistorial, las casas de los vecinos principales se iban agrupando. Esta disposición venía a ser el principio de una urbanización, que poco a poco iba desarrollándose, conforme a las leyes edilicias españolas, las cuales han sido alabadas por los arquitectos anglosajones, quienes critican el método que usaron ellos en la Conquista, y que puede traducirse: «cada cuál para sí mismo y que el diablo cargue con los demás», * o como decimos en español, «el que venga atrás, que arrée».

Los materiales usados serían los que la región podía suministrar, como varas de madera que se hincaban en el suelo, a manera de pies derechos, y sostenían los parales o mesas para la tirantería. Esta, a su vez, recibía las varas en posición oblicua, que debían dar apoyo a la cumbrera y formaban un triángulo indeformable, como temples, para sostener las costillas. La cubierta era de paja.

Los muros y tabiques se formarían con *chusque*, amarrado con *cuan*, para formar un enlistonado, que luégo se cubría con barro mezclado con paja, extendiéndolo con ayuda de una llana, para darle pulimento. Una vez que estaba seco, se le daba un revoque con arena rodada, fina, mezclada con arcilla y agua, que luégo se blanqueaba con lechada de cal y tierra arcillosa. Esta manera de construír, llamada de *bahareque*, que aún subsiste en los predios rústicos, ha servido de precursor a los enlistonados metálicos, que hoy se usan para tabiques, cielos y cubiertas, empleando el cemento y la arena para cubrirlos. Los pavimentos debieron ser de tierra apisonada, sobre la cual se colocaban esterillas de esparto que los naturales llamaban *huche*.

En la localidad abundaban las arcillas, la piedra de labor, la cal, la arena y otros materiales de buena calidad; así fue que más tarde se pudieron hacer casas de mejor apariencia, como la del licenciado Pedro de Colmenares **, encomendero de Bosa y Soacha, que fue la

* Every body for himself and the devil take the hindmost.
** Muerto en 1563. (Ibáñez. «Crónicas»).

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

que primero se cubrió con teja de barro y estaba situada en la carrera 7.ª, entonces calle de la Carrera. El primer tejar lo fundó Antonio Martínez por ese tiempo, y la industria se generalizó más tarde.

PLANTAS Y FACHADAS.—El plano de las habitaciones se desarrollaba sobre una superficie muy amplia y estaba constituído, según la moda hispano-morisca, por una serie de habitaciones que rodeaban un gran patio central, del cual estaban separadas por corredores anchos, con arcadas de medio punto, en los pisos bajos, y carpanel, en los altos. Los techos eran bajos, y por consiguiente las casas eran abrigadas y recibían mejor los rayos solares. Los constructores modernos han incurrido en el error de elevar los muros y reducir la superficie de los patios, disposición que está en desacuerdo con el clima y las reglas higiénicas que prescriben para las habitaciones la mayor cantidad de luz directa del sol, para evitar la humedad y el frío.

Las fachadas no llaman la atención por su apariencia arquitectónica, y se componían de muros lisos, coronados por alguna moldura débil, en el arranque de los aleros. La práctica general heredada de la Edad Media de la disposición de hastial para el muro de fachada fue abandonada, debido a los inconvenientes que presentan los faldones de la cubierta en las épocas de lluvias, y así pocos son los modelos que conservan esa disposición. Las portadas, ventanas y los balcones que se abrían en la fachada merecen una descripción más detallada que haremos adelante.

MUROS.—Estos eran de diferente material, desde la tierra pisada, el adobe y el ladrillo, con su revoque correspondiente, hecho de mezcla de cal y arena y blanqueado con arcillas coloreadas, hasta el carretal de piedra tosca o la sillería, para los templos. Se distinguen por su exagerado espesor, impuesto por la naturaleza del suelo, sujeto a frecuentes temblores de tierra. A esta causa obedecen los pesados contrafuertes, o bastiones en talud, que protegían los edificios importantes y que después se han derribado como inútiles.

En las fachadas de los templos muy antiguos, como en San Carlos y La Candelaria, se ven las andanas de nichos para las efigies de los santos, que parece no llegaron a colocarse. También hay nichos u hornacinas en las iglesias dedicadas a la devoción especial de algún patrono celestial, como en Santa Clara (fig. 27), San Agustín, San Francisco y otras.

CUBIERTAS.—Para sostener los tejados se empleaban las bóvedas de

* La Catedral tiene casquetes esféricos en la nave central y bóvedas por arista, en las naves laterales.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

cañón en los templos principales y en otros, cerchas de madera. En las casas particulares el peso de la techumbre y el del entremado se recibía sobre los espesos muros de cargue por medio de una disposición sencilla en que se suprimía la tiranta y se podía utilizar la misma cubierta como techo, en la forma que se denominó artesonada, por su forma quebrada. Las vertientes tenían bastante inclinación y estaban protegidas por teja de forma española, que descansaba sobre buena capa de barro, colocada encima del cañizo, formado de *chusque* amarrado *con cuan.*

Puerta de Santa Clara

(Fig. 27)

Los aleros tenían poco vuelo y las últimas tejas estaban soportadas por una ligera moldura, formada de triple hilera de ladrillos, que constituían una cornisa denticular en las iglesias, y de forma triangular en los edificios civiles. Más tarde, se le dio al alero mayor vuelo para proteger al transeúnte de la intemperie, disposición que oscureció la vía y dio a los edificios una apariencia desapacible.

No fueron de uso las azoteas, propias de los climas cálidos, y habrían quedado en desacuerdo con el aspecto montañoso del fondo, formado de líneas altas y onduladas, que guardan mejor armonía con la mansarda, que hoy trata de generalizarse, desde que las hizo conocer en la ciudad el arquitecto Lelarge. Las bóvedas esferoidales se emplearon para cubrir el crucero de los templos, y estaban coronadas de una linterna de vidrios, con su correspondiente cruz de remate.

Las torres de las iglesias remataban también en bóvedas esféricas, cuando no en chapiteles, con su bola y veleta correspondiente.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

PORTADAS Y PUERTAS

Observó que los clavos de las puertas figuraban cabezas de leones.

LARRETA

Las pesadas hojas de las puertas y portadas coloniales, de encina o roble, se decoraban profusamente de clavos, en múltiples hileras, horizontales y verticales, según la moda de Castilla, quizás usada como una reminiscencia de los grandes clavos que sujetaban las planchas de bronce de las antiguas catedrales. Quedan aún en la ciudad algunos ejemplares de estas puertas, en las que puede observarse que los clavos variaban de forma y de material, y así, son ovoides y estria dos, hechos en bronce, como los que brillan bajo el dintel de entrada al Palacio de Relaciones Exteriores, que fue del Licenciado Francisco de Porras de Mejía en 1604, de que hablámos anteriormente. En las puertas de la Basílica, son a modo de flores, hechas en fundición. También los tienen otras, de chapas de metal, planas, sencillas en unos casos, superpuestas en otros, cortadas en forma cuadrilobada, como de estilo ojival, por lo cual no es raro que aparezcan acompañadas de las grandes visagras góticas flordelisadas características de ese período de arquitectura.

Puerta de Santa Inés *(Fig. 28)*

No hay tradición que indique que en Santafé estaban organizadas las industrias de arrepujado y fundición, y por tanto es de suponer que los clavos serían traídos de ultramar, junto con las grandes alda-

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

bas de cabeza de león que vemos en muchas puertas. El arte criollo alcanzaría cuando mucho a fabricar los clavos de hierro de cabeza plana que los hidalgos poco acomodados ponían sobre sus puertas, para seguir la moda de la época. También se harían aquí los goznes, fallevas y cerrojos que se hincaban a la madera por medio de puntillas de formidable longitud, como para asegurarse larga permanencia. Las heridas que dejan en el maderamen cuando a causa de su deterioro se las retira de allí, obligan a desechar la puerta, que pasa a ocupar lugares secundarios en las entradas de las dehesas y corrales que rodean la ciudad.

Pórtico de la Capilla del Rosario

(Fig. 29)

El jambaje dentro del cual se hallan las puertas, varía de forma con la calidad de los materiales empleados en su fábrica, y así, es un hermoso pórtico plateresco tallado en piedra arenisca como el de la Capilla del Sagrario (figura 2) o una portada, de terracota, como el de la iglesia de Santa Clara (figura 27) o bien, es de estilo del Renacimiento, como la de la iglesia de San Francisco, que tiene en los nichos de la fachada la venera característica de ese período, o como la principal de la iglesia de Santa Inés (figura 28). También hay un bello pórtico en la fachada de la Capilla del Colegio que fundó el ilustre Arzobispo Fray Cristóbal de Torres en 1653, del cual haremos una descripción más detallada ahora que por virtud de restauraciones no bien ejecutadas, corre peligro de desaparecer. En el tímpano que hay sobre la puerta (fig. 29), sostenido por columnas estriadas, que llevan complicados dibujos platerescos en el tercio inferior del fuste, aparece una composición de

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

figuras de terracota, que fueron estucadas para imitar la piedra y que figuran:

«....La Virgen del Rosario con el niño Jesús en el brazo izquierdo y en actitud de entregar el Rosario a Santo Domingo, que es la figura que está a su derecha; al lado izquierdo de la Santísima Virgen está, como en místico éxtasis, Santa Catalina de Siena, la sapientísima hija de Benincasio, el humilde tintorero de Siena, y a su izquierda se ve el angélico doctor Santo Tomás de Aquino, figura que queda al frente de la del Ilustrísimo fundador, doctor Fray Cristóbal de Torres, quien está representado de rodillas y con las manos juntas, en humilde oración, a la derecha de Santo Domingo. Todas estas figuras, en alto relieve y de tamaño natural, están esculpidas en piedra y tienen hermosas y correctas facciones, y hay en ellas mucha soltura y naturalidad. Fueron ejecutadas por el escultor Antonio de Pimentel en 1695, y en cumplimiento de la voluntad del fundador, bien que no del todo se cumplió, ya fuera por falta de recursos, ya por otra causa cualquiera. Adornan igualmente la puerta las armas del Ilustrísimo señor Torres, que están divididas en dos cuarteles iguales separados por una vertical; el de la derecha tiene tres estrellas de oro en campo de gules, y el de la izquierda cinco castillos de plata en campo negro o de sable y sirve de cimera el sombrero arquiepiscopal». (Pedro A. Herrán, *Papel Periódico Ilustrado*, número 71).

El conjunto, tanto escultural como arquitectónico, es muy armonioso y tiene un marcado sabor románico, ya por el perfil de sus capiteles, de forma de pirámide invertida, como por el agudo piñón de las vertientes, que fue modificado y perdió totalmente su carácter.

En las casas particulares la portada se componía de dos pilastras que sostenían un pobre entablamento, de molduras toscas, ejecutado en adobe o ladrillo y en el cual el artífice procuraba recordar los modillones, triglifos y demás motivos ornamentales, cuyo recuerdo vagamente conservaba. Si el propietario era rico, la portada se ejecutaba en piedra, y en ese caso la línea de separación entre el arquitrabe y el friso estaba cortada o interrumpida por el escudo señorial, generalmente inventado por el conquistador o por sus herederos, y concedido como merced por el Rey.

A falta de un título nobiliario, el piadoso santafereño se contentaba con erigir sobre la portada una hornacina para el santo de su devoción, que de noche se alumbraba con un candil o un farolillo de vidrio, más tarde con un pico de gas y hoy con una bombilla eléctrica.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Las portadas religiosas llevan, encima de la cornisa, el escudo de su orden (figura 30), cuando no, sobre la clave de los arcos, si la puerta es cintrada.

El espíritu moderno ha acabado con esas distinciones, y hoy solamente se ve clavado en el dintel, un prosaico número, que sirve para dar la dirección del inquilino.

En cuanto a las puertas interiores, y en veces las exteriores, se decoraban según el estilo mudéjar, con numerosos tableros realzados, labrados a mano, algunos de bello efecto, como los de la puerta principal de la iglesia de La Tercera, construída por Rojas Sandoval en 1780, y ornamentada por el maestro tallista Pedro Caballero. Y si algunos templos antiguos como el de Santo Domingo, que por haberse incendiado en 1761, reedificó Petrés, o el que rehizo el bachiller Solanilla en 1713, presentan molduras superpuestas sobre las tablas, puede asegurarse que esa innovación se verificó en época más reciente, según lo atestiguan las cabezas de los clavos de hierro que asoman ya por detrás de la cubierta de lata que se puso para darles mejor aspecto y protegerlas de la intemperie. Tal vez, el único ejemplo que pudiera citarse de molduras y clavos colocados desde su primitiva erección, es la puerta del templo de San Agustín, hecho en el año de 1668.

Portada de Santa Inés

(Fig. 30)

El arte industrial del siglo pasado dejó de mano la costosa labor de los tallistas e impuso las molduras corridas, clavadas a la madera, co-

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
FONDO
GERMAN Y GABRIELA ARCINIEGAS

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

mo se ve en el ventanaje del Observatorio Astronómico, que terminó Petrés en 1803, y en otras obras de su época. Este sencillo método de decoración perduró en los tiempos de la República, si bien se inició alguna reforma a la llegada de los arquitectos que vinieron en 1847 a dirigir la obra del Capitolio, como se observa en las que construyó Schelegt para algunas casas, de las cuales la más hermosa es la que exonera la del Hotel Europa, en la calle 11, número.... de estilo ojival.

La dificultad de interpretación con que luchaban los constructores nacionales, no muy bien preparados en el arte, hizo que se volviera de nuevo al sistema sencillo de los rectángulos de molduras, que se prodigaron en exceso. Es cierto que en ocasiones imitaron con madera torneada, los clavos coloniales, para algunas puertas, como las laterales de la iglesia de La Capuchina, las de la Capilla del Convento de La Enseñanza, cercano al Palacio Presidencial, y la principal, del templo del Sagrado Corazón que puede mostrarse, como un bello modelo de arte moderno.

A la llegada del arquitecto francés M. Lelarge, se abandonó en Bogotá, para las mansiones de lujo, esa manera de decoración y se la sustituyó por una obra de talla fina, en combinación de grandes molduras, trabajos que se generalizaron y de los cuales algunos hay que prestan mérito suficiente para acreditarlos como obra de ebanistería, dada la esmerada ejecución con que han sido hechos.

VENTANAS Y REJAS COLONIALES

Al frente de un balcón blanco y dorado
Obra de nuestro siglo diez y nueve,
Hay en la estrecha calle una muy vieja
Ventana colonial....

SILVA

Para dar luz a las habitaciones que daban sobre las calles, se abrían en los espesos muros de tapia pisada o adobe de las casas de estilo colonial, huecos que luégo se protegían con enrejados rectangulares de hierro, en ocasiones salientes fuéra del paramento; otras, embebidos, según costumbre heredada de los moros, por recelo a la mujer, o bien fuéra por el natural temor a los desmanes donjuanescos de donceles de capa y espada, propios de esas épocas.

En las habitaciones modestas, se sustituía la madera al hierro, y la ventana se formaba de un marco con barrotes toscamente labrados, detrás de los cuales, en tiestos, o tarros de hoja de lata, los claveles

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

disputaban el puesto a la olorosa rama de mejorana, o de toronjil, cerca de la jaula de cañizos que guardaba la mirla o el toche. Y como si aún quisiera impedirse la entrada del aire y la luz, por el frente, se colocaba el ramo bendito, recuerdo del último domingo de Ramos, o la seca y polvorienta cruz de mayo, junto al farolillo de mecha de sebo que, en solemnes víeperas solía encenderse.

Es característica propia de este estilo, la falta completa de simetría en la distribución de las ventanas, las cuales iban a diferente altura del piso, como colocadas al acaso. Un tejadillo volado les servía de protección contra los rigores del tiempo, y lo mismo iban en los pisos altos que en los bajos, según puede verse aún en los pocos ejemplares que van quedando de ellas.

Poetas y escritores han sabido inspirarse, con sentidas frases que enriquecen la literatura hispana, en esas viejas mansiones «impregnadas de poesía, entre cuyos apolillados tirantes gime el viento con voces de otros mundos, como si reprodujeran las fatigas de los desaparecidos moradores, ventanas enrejadas donde la intemperie y la orfandad han hecho crecer ahora raquíticas florescencias, y que fueron las confidentes de los amores de los antepasados»..... como dice Carrió.

Con el espíritu demoledor del presente siglo quedarán borrados muy en breve los pocos ejemplares que aún quedan de la antigua Santa Fé, y el artista que quiera conocer ese estilo, en verdad más pintoresco que de bellas manifestaciones arquitectónicas, tendrá que recurrir a fotografías y documentos antiguos que puedan ilustrarlos. Entre éstos merece citarse una acuarela a la tinta de China elaborada por el señor Eladio Vergara, que, aunque un tanto defectuosa, permite formarse idea de las fachadas laterales del antiguo convento de dominicos, como se veía en 1864, antes de las reparaciones que se le hicieron para adoptarlo a oficinas públicas, la cual reposa en el archivo del Ministerio de Obras Públicas.

Terminada la Colonia, los construcctores de la época de la República modificaron la forma de la ventana, haciendo redondeada su parte inferior, con el fin de evitar los topetazos que en esas oscuras y mal empedradas calles solían darse los nocturnos trasnochadores. Esta modificación le llamó la atención al arquitecto señor Reed, según el informe que rindió sobre el proyectado Capitolio Nacional de que fue autor, en que dijo: «Así ustedes los bogotanos, por la necesidad de aserrar ventanas incómodas, conciliaron las conveniencias del dueño y

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

las del transeúnte produciendo estas ventanas de pecho de dama que agracian sus calles con *la linea de la gracia*, y que, con mi pórtico republicano, espero sean reconocidas como dos contribuciones de la Nueva Granada al arte arquitectónico, y como ejemplo de que en este arte la conveniencia es madre y contrapueba de la belleza».

Por muchos años estuvo en boga esa forma de ventana, que se hizo de madera, de hierro, o bien de una combinación de ambos materiales, sin que variara mucho en su estilo, que llegó a ser banal en fuerza de repetirse.

El temor a los rateros impidió que se usara otra disposición arquitectónica en lugar de la tradicional ventana. El señor Julián Lombana, constructor bogotano, que fue de los reformadores del estilo colonial, y más tarde, los arquitectos españoles señores Alejandro Manrique y Murat Romero, lograron introducir la actual moda de los balcones para los pisos bajos, los cuales, con sus jambas y guardapolvos, antepechos y cartelas decoradas, están en armonía con la edificación moderna, más o menos llamativa, según el gusto del arquitecto y las posibilidades del dueño de la obra.

BALCONES.—Estos tenían dos disposiciones diferentes, según que sirvieran para uno o para varios vanos. En el primer caso, eran de poco vuelo y estaban soportados por mensulillas de hierro o por modillones de madera. El pasamano estaba sostenido por barrotes metálicos, o bien, por rejas de fundición, de dibujos sencillos. En el segundo caso, eran galerías corridas, a lo largo del muro, con su cubierta de teja como una prolongación de la del tejado, sostenida por una mesa, de donde arrancaban los canecillos del alero, la que se apoyaba sobre varias columnas ventrudas, que a su vez, descansaban sobre el piso del balcón. El barandal era de madera y estaba formado con tableros decorados, sobre los cuales arrancaban los barrotes que sostenían el pasamano. Algunos balcones estaban protegidos por bastidores de vidrios y recibían el nombre de gabinetes, con que aún se les distingue. Los de los conventos se denominan camarines.

Para dar sólido sostén a los balcones y las galerías se empotraban en el muro, una, dos y hasta tres hileras de canes, puestos en retirada, unos sobre otros, a manera de mensulas que avanzan hasta el arranque del antepecho y recibían, a veces, alguna talla como decoración.

La práctica moderna ha suprimido las galerías corridas y da a los balcones mejor apariencia, de acuerdo con el estilo arquitectónico del edificio.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

CIELOS.—La mayor parte de las iglesias y capillas levantadas en la época colonial, tenía hermosos cielos artesonados, de complicados dibujos, matizados de azul, rojo, y oro, llamados *alfarjes*, que también se usaron en ese tiempo en algunas mansiones particulares y de los cuales quedan ya pocos ejemplares, debido a las restauraciones torpemente ejecutadas que no han sabido conservarlos.

Estos cielos eran traídos de Castilla, pero después se fabricaron en la ciudad, como el de la iglesia de La Tercera, hecho en nogal por el maestro Pedro Caballero, o los de la cúpula de la escalera principal del convento de los Dominicanos, que la tradición atribuye el haber sido fabricados con la madera de los nogales que abundaban en la altiplanicie. (*)

PAVIMENTOS.—Tienen poca importancia. En general son pisos de tierra cocida, para los patios y corredores, y entablados ordinarios en las habitaciones altas. No sabemos que se hubieran empleado los azulejos sevillanos que en esa época tenían mucho auge en España.

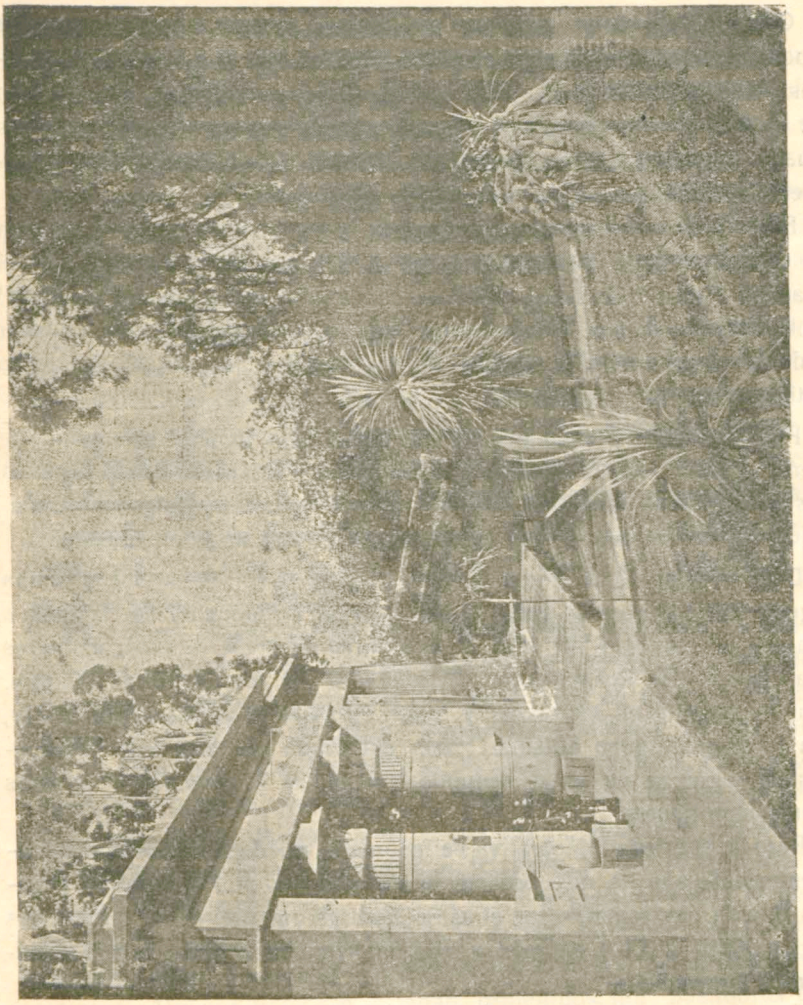
DECORACIÓN.—Los muros exteriores eran poco decorados y tenían ligeras molduras en la parte superior, en el arranque de los tejados, a manera de cornizas, sin friso ni arquitrave. El perfil de estas molduras era clásico, del Renacimiento, si intervenía el arquitecto en la obra. Por lo general, es incorrecto y tosco, formado de masas superpuestas, sin carácter ninguno artístico, como elaborado por maestros incompetentes, según se ve en el segundo cuerpo de la catedral y en otras obras importantes.

Pero la sobriedad decorativa de los muros, quedaba compensada suficientemente con la rica ornamentación interior de los templos (figuras 6 y 7), de acuerdo con el estilo *barroco* que prevaleció durante los siglos XVIII y XVII, del cual, y para finalizar este trabajo, vamos a ocuparnos brevemente.

Cuando se verificó la colonización de Sur América, la arquitectura española se hallaba ya bajo la influencia del Renacimiento, que había nacido en Italia a fines del siglo XIV, se difundió con una actividad prodigiosa en Occidente, y tomó en cada pueblo un carácter propio, según las tradiciones y costumbres correspondientes. El movimiento artístico comenzó con la escultura, que se adelantó a la pintura, y más tarde a la arquitectura. Volúmenes enteros se han escrito ya sobre es-

(*) Una descripción detallada de estos techos ha sido hecha por los ingenieros señores Cristóbal Bernal y Darío Rozo, en una interesante monografía publicada en «Anales de Ingeniería», correspondiente a agosto y septiembre de 1918.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia



(Fig. 31)

Pabellón del Bosque de la Independecia.

te período y sobre sus obras, hechas por artistas que buscaban un renacimiento en la antigüedad clásica (*).

Correspondió a Florencia la gloria o el mérito de haber impulsado ese gran movimiento espiritual, que en arquitectura se inició en la

(*) Para informaciones más completas sobre la arquitectura del Renacimiento, pueden consultarse en la Biblioteca Nacional algunas obras, como la «Arquitectura de Florencia», de Giuseppe Bernard, en 4 tomos, y algunas otras, que tratan de los monumentos hechos por Miguel Angel, Ammannati, Orcagna, Buontalenti, Alberti, Tasso y otros artistas notables.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

iglesia de Santa María de las Flores, principiada por Talenti desde 1298, y terminada en 1695. Este edificio, con su rica decoración de mármoles, habría pasado desapercibido para la historia del arte, si no fuera por su monumental cúpula y su campanario. La primera, fue comenzada en 1418 por Brunelleschi, que no pudo verla terminada, pues la primera piedra de la linterna se colocó en 1445, y él falleció al siguiente año. El campanario, que se considera como una joya admirable, fue proyectado, según dice la tradición, por el Giotto.

Brunelleschi, dirigió además muchas obras importantes en Florencia y como hombre de genio, no se contentó con imitar fríamente a los clásicos, sino que imprimió en sus monumentos el sello de su propia inspiración. Fue el primero en colocar sobre el capitel de la columna el entablamento con las molduras del arquitrave, friso y cornisa, para soportar el arco, según la disposición que se ve en el interior de la catedral de Bogotá.

Saltando a España, encontramos que ya en 1529 comenzó la construcción de la catedral de Granada, por Diego de Siloe y se proyectó la portada del Alcázar de Toledo, por Covarrubias, de orden de Carlos V, obras, religiosa una y civil la otra, hechas de conformidad con los nuevos principios de arquitectura. A estas siguieron en la peninsula muchísimas otras, entre ellas la del Escorial, ejecutada, según unos, de acuerdo con los planos de Vignola, o por el proyecto de Juan de Toledo, quien dio principio a los trabajos de 1563. La obra fue modificada por Herrera, a quien tocó trazar y dirigir los trabajos del templo para ese grandioso monasterio.

Las líneas frías y severas de la antigüedad, se adaptaban mejor que a los edificios religiosos, a los palacios y monumentos civiles, y quizas por esa circunstancia tomó tánto auge el estilo plateresco, el cual, a su vez, fue como precursos del arte barroco, sin que sea fácil decir dónde principia el uno y dónde acaba el otro. Se sabe sí que este nuevo movimiento artístico, salió de Italia y se difundió por el mundo durante los siglos XVII y XVIII.

Pujoan, en su *Historia del Arte*, importante obra que seguiremos citando, juzga que los temas decorativos de la arquitectura plateresca son principalmente italianos, del estilo usado en Lombardía a fines del siglo XV o cuatrocentista. En efecto, aparecen las columnas de fustes con ensanchamientos y collares, los arabescos o grotescos, los nichos son bóvedas en forma de pechina, las peanas y recuadros, los

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

candelabros decorativos, todo esto, repartido profusamente en cresterías y como coronamiento de las pilastras.

Otros atribuyen su origen a la influencia de los orfebres y plateros que ejecutaban retablos, custodias y ornamentos, para las iglesias y catedrales y llegan hasta señalar a Enrique Arfe, habilísimo orfebre establecido en Castilla, a principios del siglo XVI, como iniciador del arquitecto Egas, en este nuevo estilo, original de España, que más bien es ornamental que arquitectónico.

Según Pujoan, «por *barroco* entendemos acumulación de formas de cualquier estilo que sea, exceso de decoración, superposición de elementos ornamentales, curvados y transformados, cada elemento prestando un servicio para el que en un principio no estaba destinado».

«Definido así el barroco es más fácil precisar su origen y punto de partida en el Renacimiento. Hasta hace poco se supuso que el barroco era una creación de los espíritus del siglo XVII; se señalaba al Bernini y al Borromini como padres del barroco en Italia, cuando en realidad no fueron más que sus propagadores entusiastas. Actualmente se empiezan a notar síntomas del barroco a principios del siglo XVI, y hasta se hace a Miguel Angel casi responsable de la novedad..... Miguel Angel en su arquitectura monumental, como en el ábside de San Pedro, se atuvo naturalmente a las reglas canónicas de los estilos clásicos, fijadas por Vitrubio; pero en sus obras menores, como en la decoración del panteón de los Médicis en San Lorenzo de Florencia; en algunos de sus basamentos y relieves para acompañar la escultura, es francamente *barroco*.... Otro discípulo inmediato de Miguel Angel, Giacomo de la Porta, es el autor de la fachada de la iglesia de Jesús, en Roma, que ha sido considerada como el punto inicial del arte *barroco* en arquitectura. Allí aparecen ya los frontones superpuestos, los medallones retorcidos; y como el estilo barroco fue adoptado por los jesuítas, y en alguna ocasión se ha llegado a establecer una relación excesiva entre este estilo y el adoptado por la Compañía, la iglesia de Jesús de Roma ha sido tenida por mucho tiempo como la primera obra *barroca*. La verdad es que acaso Roma empezó en la iglesia de Jesús a tener conciencia del estilo que se iba formando».

El nuevo estilo que al principio no debió llamar mucho la atención, fue modificándose sucesivamente por sus propagadores y tomó de ellos el nombre. Así, en Italia se llama Borrominesco, debido a las licencias que tomó Borromini, rival del caballero Bernini, quien acudió a

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

detalles de pésimo gusto para disimular su falta de ingenio y terminó atravesándose con su espada. En España se denomina churrigueresco, por Churriguera y sus dos hijos, arquitectos de Salamanca (1599 a 1677) que lo difundieron sin ser sus creadores. En Francia también hace su aparición en la decoración y se llama *rococo*, que varía en cada uno de los reinados de los tres Luises hasta caracterizarse definitivamente en el período de Luis XV, de 1724 a 1774, con la falta completa de simetría (*) y la abundancia de guirnaldas, rocailles, festones y amorcillos (**).

En Alemania figura el arquitecto Dietterlin, de Estrasburgo, (1550 a 1559) como exponente de una arquitectura fantástica que no hemos visto citada en ninguna obra. Sus dibujos, que pudimos ver en el Instituto Cooper de Nueva York, guardan mucha semejanza con las portadas de los libros musicales de origen alemán.

Pronto este estilo, que algunos califican de decadente, olvidó los elementos de la técnicos y se redujo a una agrupación de follajes, paños, formas caprichosas, hojas, mascarones, frontones partidos, volutas, entablamentos ondulados y columas salomónicas (***) prodigados en exceso. Después se hizo confuso y solamente el estípite es el único elemento definido de arquitectura que puede apreciarse en medio de tánta forma complicada, asimétricamente distribuída. Con los descubrimientos arqueológicos de Pompeya y Herculano, que favoreció el monarca Carlos III, surgió un nuevo renacimiento clásico, que en España fue propagado por el arquitecto Ventura Rodríguez, y más tarde por Juan de Villanueva y sus discípulos, para no citar otros arquitectos.

Algunos fanáticos de los estilos clásicos, han llegado hasta lamentar que España hubiera participado del movimiento *barroco* que consideran como un error incalificable, como una aberración indigna que no merece la atención. Jalvo, en su *Arquitectura*, pasa como sobre brasas,

---

(*) En una mansión suntuosa que se levanta sobre la carrera 7.ª, aparece en su portada una decoración de estilo rococo, a la que el arquitecto quitó su verdadero carácter, pues dio simetría a sus elementos, como conchas, palmas, etc., que producen un efecto deplorable.

(**) Algunos, como Bernal, juzgan que ese estilo recibió la influencia del churrigueresco; otros le atribuyen origen chinesco, importado por los viajeros de esa época, que visitaban el lejano Oriente.

(***) Se atribuye la introducción de la columna salomónica, de que tánto se abusó después, al arquitecto italiano Allegrini, que vivió de 1587 a 1663.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

al llegar a este período del arte, y ni siquiera da el nombre de don Juan de Churriguera. En cambio otros, principalmente Schuvter, se han ocupado en su estudio y han publicado tratados sobre la arquitectura *barroca* de España. Igual atención se está prestando en los Estados Unidos a los monumentos del período colonial español, que fueron levantados en California y Nuevo México, y que se consideran de tánta importancia, que algunos autores, como el señor Montgomery Schuvter (Architecture of México City) llegan a proponer la institución del «Prix de Mexico» para los alumnos aventajados de arquitectura, quienes, según ellos dicen, pueden aprovechar mejor su tiempo en estudiar las obras de México que las de Italia.

Los artistas y arquitectos americanos han encontrado en esa fuente una vena de inapreciable valor estético y han llegado a construír ya algunos monumentos típicos del *barroco* español, según se vio en la última Exposición de California, en donde se presentaron ejemplares bellísimos muy bien interpretados. Actualmente se ha organizado una gran sociedad de arquitectos, que cuenta con elementos arquitectónicos de un valor artístico extraordinario, como son los productos de terracota, de infinidad de formas y de variada coloración, que responden a las exigencias del estilo más refinado y que llegan a considerarse como los materiales ideales de construcción en la actual centuria. (Véase *Architectural Terra Cotta Standard Construction*, álbum suministrado por la National Terra Cotta Society de Nueva York). Esta sociedad, por encargo del Perú, ha elaborado todos los elementos principales de una edificación de estilo *barroco*, que remitirá a ese país.

Tenemos, pues, que el *barroquismo* fue el estilo que prevaleció durante la dominación española en América y aun cuando se abominó de él, se ha infiltrado tan hondamente, que aún hace su aparición inopinadamente. Así, por ejemplo: tenemos que es *barroco* el pedestal de la estatua del Libertador, que se levanta en la Plaza de Bolívar. *Barroca* es la fachada de la Escuela de Ingeniería, con su pórtico de entrada y la inversión de los elementos sustentantes: pilastras dóricas, en el primer cuerpo, que sostienen machones pesados en el segundo cuerpo, exageradamente decorado. *Barrocos* son los candelabros que se han colocado en la Avenida de Colón, por sus columnas y bases; y *barroca* está quedando la obra del Palacio de Gobierno de Cundinamarca, con la aglomeración de elementos decorativos que le sirven de remate.

La arquitectura es una ciencia compleja, que exige conocimientos técnicos y sentimiento artístico en los que la ejercen. No todo el que usurpa

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

Ferrocarril del Norte — Estación Central

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

el título puede llamarse arquitecto, aun cuando construya obras costosas, pero desprovistas de carácter estético. El arquitecto no debe desentenderse del estudio de los clásicos, no para copiarlos servilmente, sino para formarse un gusto basado en la armonía de la proporción.

El medio social en que vivimos no es aún favorable a la misión del arquitecto, pues es necesario que haya mayor cultura artística en el público, para que éste sepa corresponder a los esfuerzos que demanda un largo estudio, que nunca termina. El Gobierno debe también estimular al profesional que se dedica al noble arte de construir, que es el exponente que marca el grado de cultura a que ha llegado un pueblo y que se aprecia y valora en la contemplación de las obras arquitectónicas que éste crea.

Para terminar, no dejaremos de llamar la atención hacia la reunión de los Congresos de Arquitectura, como los que han ocurrido en estos últimos años, integrados por altos elementos culturales de cada nación, que tienden a fines muy elevados, tanto especulativos como relacionados con la profesión, en los cuales se presentan estudios interesantes de una finalidad altamente provechosa, social e individualmente considerada.

ALFREDO ORTEGA

BIBLIOGRAFIA

(1) *Historia del Nuevo Reino de Granada.*—Juan de Castellanos. Tunja, 1601.
(2) *Geografía General de los Estados Unidos de Colombia.*—Felipe Pérez, 1863.
(3) *Compendio de la Historia Patria.*—J. M. Quijano Otero, 1883.
(4) *Memoria de la Nueva Granada.*—José Antonio de Plaza, 1850.
(5) *El Dorado.*—Doctor Liborio Zerda, 1883.
(6) *Historia General de los Chibchas.*—Eugenio Ortega, 1891.
(7) *Narraciones. Capítulos para una Historia de Bogotá.*—Eduardo Posada, 1906.
(8) *Crónicas de Bogotá.*—Pedro M. Ibáñez, 1915.
(9) *Boletín de Historia y Antigüedades.*
(10) *Alfarjes Santafereños.*—Cristóbal Bernal, Darío Rozo, 1917.
(11) *Revista Contemporánea,* 1905.
(12) *Bogotá Ilustrado,* 1908.
(13) *Anales de Ingeniería.*
(14) *Historia del Arte.*—J. Pujoan.
(15) *Historia de las Bellas Artes.*—F. Clement.
(16) *Vademecum del Albañil y Contratista.*—Mauricio Jalvo.
(17) *The Architectural Record,* 1912.

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
FONDO
GERMAN Y GABRIELA ARCINIEGAS

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia

a1190280

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA

BNC0256036

Digitalizado Biblioteca Nacional de Colombia